



Ingrid Tartakowsky

# EL MUNDO ESPIRITUAL DE LA AYAHUASCA

Prólogo  
José Carlos Bouso

*Ulice*

EDICIONES EXPANSIVAS

Ingrid Tartakowsky

# **EL MUNDO ESPIRITUAL DE LA AYAHUASCA**

Prólogo  
José Carlos Bouso

Edición a cargo de  
Juan Carlos Usó



EDICIONES EXPANSIVAS

Dedicado a todas las mujeres que,  
a pesar de las infinitas dificultades,  
deciden terminar relaciones de pareja  
en las que reciben violencia y manipulación  
para dar un nuevo rumbo a sus vidas

Primera edición digital  
Julio 2025

© 2025 Ingrid Tartakowsky

© Ilustraciones y fotografías  
Ingrid Tartakowsky

Diseño gráfico y maquetación  
*de la casa*

ISBN  
978-84-09-73654-6

**Ulises Ediciones Expansivas**  
[www.ulises.online](http://www.ulises.online)  
[ediciones@ulises.online](mailto:ediciones@ulises.online)

## Índice

Prólogo de José Carlos Bouso.....	11
Nota introductoria de la autora.....	21

### Primera parte

Los mayores misterios de la experiencia humana explicados por una vegetalista.....	29
Las experiencias con drogas psiquedélicas como vías de conocimiento y conexión espiritual.....	31
La injusticia e ineficacia de la prohibición.....	45
El corazón de la ciencia indígena y los espíritus de la Naturaleza.....	55
La “Consciencia Eterna” o el mundo espiritual de la ayahuasca.....	81

### Segunda parte

Mi encuentro con el vegetalismo.....	103
Reducción de riesgos y daños.....	105
La guerra contra las drogas.....	109

En las trincheras.....	115
El mito de la adicción.....	123
Cannabis y políticas sobre drogas.....	131
Una luz de esperanza.....	135
Consagración académica.....	139
Psiconautas y psicoterapeutas.....	143
Dudas razonables.....	147
Ayahuasca y vegetalismo.....	151
Psicoterapia asistida con plantas chamánicas.....	161
Recomendaciones bibliográficas.....	167
Índice de ilustraciones.....	175



## Prólogo

Es un honor para mí prologar este libro de mi amiga desde hace décadas y colega de profesión, la psicóloga clínica Ingrid Tartakowsky. Conocí a Ingrid cuando vino (como cuenta en uno de los epígrafes de este libro) a realizar una pasantía al Centro de Investigación de Medicamentos del Hospital de Sant Pau, donde entonces yo trabajaba con el Dr. Jordi Riba en estudios sobre la farmacología de la ayahuasca, y de sus efectos psicológicos y neuropsicológicos a largo plazo en personas que la tomaban regularmente en contextos ritualísticos, principalmente miembros de la iglesia de origen brasileño del Santo Daime, pero no solo. Se fue forjando entonces una relación de amistad y de colaboración que se materializó en su tesis de Magister (Máster) titulada *Psicoterapia asistida con LSD, psilocibina y MDMA. Descripciones realizadas por los terapeutas en torno a los procesos clínicos*, en la que, con una mezcla de responsabilidad y orgullo, fui su profesor guía<sup>1</sup>. Ingrid estuvo también durante un tiempo colaborando en ICEERS, la institución de la que soy Director científico y desde que nos conocemos siempre hay algún proyecto científico que mantiene unida nuestra amistad y colaboración. En mi habitación tengo colgada una preciosa tela shipibo que me regaló la última vez que tuve la oportunidad de, aprovechando un viaje a Chile, visitarla. Ingrid siempre sorprende por la mirada oblicua que tiene sobre los temas que aborda, penetrando en ellos hasta llegar a sus raíces para, una vez desenterrados y sacados a la luz, permitirnos comprenderlos en su más incisiva profundidad.

Esa mirada oblicua, divergente y convergente y siempre penetrante, desde la que analiza los fenómenos con su peculiar visión, ha ido no obstante transformándose con los años, no tanto en cuanto a la pecu-

1- <https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/135079/Tesis%20Magister%20Ingrid%20Tartakowsky.pdf>

liaridad de la visión, sino desde dónde se visiona. Cuando la conocí, aún en la década de los 2000, su mirada era la de una psicóloga clínica académica. La peculiaridad de su visión se manifestó en su tesis de Máster, no precisamente por preocuparle los resultados de las incipientes investigaciones y ensayos clínicos que empezaban a realizarse entonces con MDMA, psilocibina y LSD —de lo que ya se ocupaban los interesados en los datos—, sino con cómo trabajaban las personas que trataban a los y a las pacientes en dichas investigaciones. Es decir, de lo que nunca aparece en los *papers* donde se publican los resultados de los ensayos clínicos, de lo que sus autores y autoras no explican en las conferencias académicas que dictan y de lo que, por tanto, los que estamos a este lado del telón, fuera de las salas de máquinas, nunca llegamos a conocer. Digamos que Ingrid se introdujo en el *backstage* de los y las terapeutas, teniendo como guía un marco teórico que, como buena científica, construyó ella misma y tan escaso hoy día en el mundillo medicalizador de los psiquedélicos, sobre el que, con metodologías de investigación cualitativas (algo raro en una psicóloga clínica), luego salió para contárnoslo.

La procedencia de la mirada oblicua de Ingrid en el presente libro ya no es el de la psicóloga clínica. Ni le interesan más los ensayos clínicos porque, en el plano en el que ella está, como que son de otra época, están desfasados y en un nivel de conocimiento que se queda corto comparado con el conocimiento indígena sobre cómo funcionan estas plantas. El conocimiento viene de otro lado, de quienes *saben*. Digamos que, en mi opinión y leyendo su libro, Ingrid se ha despojado de esa identidad cienticista (aunque no del todo, nadie puede desprenderse del todo de la influencia que le imprimió el lugar de donde viene y en el que se formó profesionalmente, y eso está bien), adoptando poco a poco otra mucho más peculiar y, por qué no decir (como ella misma cuenta en este libro), improbable por lo impredecible. Como les pasa a otras personas que se inician en el mundo del vegetalismo —sobre todo no tanto a las que se inician, sino a quienes recorren concienzuda y sistemáticamente ese tortuoso, aunque supongo que satisfactorio camino—, digamos que la visión que se les va formando va despojándoles de su ropaje antropocéntrico, para vestir-

les con un ropaje cada vez más alejado de lo  *sintético*: se podría decir que *vegetal*. Habría de ser (no tendría, *habría*) muy pretenciosa una persona para titular a un libro con el infinito título de *El mundo espiritual de la ayahuasca*, a no ser que realmente esa persona efectivamente *habite* en dicho mundo. A quien no lo habita, pero presume de habitarlo, se le pilla enseguida. Leyendo el libro es obvio que Ingrid *habita* en él. Y donde mejor lo manifiesta es en las respuestas a las cuatro preguntas que le plantea nuestro amigo común, el Dr. Juan Carlos Usó, cuatro preguntas que habíamos respondido previamente una serie de colegas y que dio lugar a su delicioso libro *El sol salió anoche y me cantó. El Experimento de Viernes Santo. Espiritualidad, ciencia y consciencia expandida* (2023).

Ingrid y Juan Carlos se conocieron virtualmente (no que virtualmente se conocieron, *sino* que se conocieron virtualmente), después de que él ya hubiera publicado el mencionado libro. Y menuda providencia. Porque gracias a que la petición de responder a las preguntas se produjo *a posteriori* es por lo que ahora tenemos la fortuna de poder tener entre las manos (o, mejor dicho, en la pantalla) un libro propio de Ingrid, la mitad del cual son precisamente las respuestas detalladas a las cuatro preguntas dichas, que a algunos nos trajeron por un tiempo por la calle de la amargura para tratar de responderlas estando mínimamente a la altura de lo que se espera de nosotros cuando se nos hacen preguntas cuyas respuestas dicen más de cómo es quien las responde, que de lo que se responde literalmente. Y ahora con Ingrid la cosa no es menos: en sus respuestas no solo tenemos los conocimientos tangibles de Ingrid con relación a las preguntas, tenemos todos los conocimientos intangibles que no son ni más ni menos que la exposición de ella misma en su más *esencial* (de esencia) mismidad. De todo el entramado ontológico que alberga fruto de su comunicación, me atrevería a decir incluso de relación íntima en cuanto al intercambio de conocimiento, durante ya más de una década, con las plantas. Toda la esencia que se puede aprehender en algo más de una década en la selva, comunicándose con las plantas, intimando con ellas, aprendiendo de los *maestros* y de las *maestras* que *saben*, está condensado en esta primera parte de

este libro. Y no es tarea fácil. Condensar un conocimiento infinito en la finitud de unas decenas de páginas es el principal logro que tiene este libro. Y su principal fuente de disfrute y de aprendizajes. Cuando se termina de leer esta primera parte, uno solo puede asentir con relación a lo acertado de un título con un riesgo altísimo de derrapar. No es que uno no confiara en que, viniendo de Ingrid, el contenido no fuese a hacer honor al título, pero no por ello no se deja de tener el alma en vilo hasta que, efectivamente, se termina la lectura, y entonces uno solo puede asentir y disfrutar con lo aprendido. Como después de leer cada buen libro, tras su lectura uno sale un poco más y mejor transformado.

A algunos (muy pocos, y sin pretender hacer de esto un motivo de orgullo), nos gusta referirnos a las plantas psicoactivas y a las drogas psiquedélicas como alucinógenos. Es una palabra maldita y proscrita para referirnos tanto a estas plantas y compuestos, como para sus efectos (alucinógenos). En otros sitios he defendido el término, pero como aquí no he venido a hablar de mi libro dejo a quien esté interesado en el porqué de esa presunta trasgresión que lo busque por su cuenta. Por supuesto, quienes más frontalmente se oponen al término de alucinógeno son los propios indígenas y vegetalista. Pero también, y en eso coinciden, la mayor parte de la comunidad psiquedélica, incluyendo la científica. Precisamente porque el término alucinógeno erróneamente se ha asociado con fenómenos que no existen en la realidad, cuando el mundo de la ayahuasca es todo lo opuesto a lo *i-real*. Si el mundo de la ayahuasca es *real* es precisamente por su dimensión *espiritual*. Ese *mundo espiritual* que forma parte del título de este libro y que su indagación es su dimensión más nuclear. Un mundo espiritual lleno de caminos erróneos, de tropiezos y de torpezas, precisamente porque transitar en él, debido a la realidad fenoménica de su existencia, requiere de una férrea, implacable e impecable disciplina en su aprendizaje. Como ocurre en el mundo alucinatorio, que es el mismo que el espiritual, solo que con otro nombre. Quien se tambalea en su propio ego cae. Y no siempre es una cuestión volitiva. Solo quienes rehúyen las adulaciones permanecen. Y no son muchos ni muchas. Ingrid es una de las que per-

manece, o lo está siendo al menos, porque, como decía antes, el camino es infinito, nunca termina. Nunca se llega a ningún sitio, pero se transitan muchos, o al menos eso es lo que me cuentan quienes *saben*, pues yo no tengo ni idea, la verdad. Qué gusto leer desde la mirada oblicua de Ingrid sus reflexiones acerca de los misterios ontológicos de la existencia, contados desde el conocimiento que da la comunión íntima con las plantas. Se nota que *ellas* hablan a través de *ella*. La comunión íntima con las plantas solo puede dar lugar a un nuevo paradigma epistemológico, que es el que, en definitiva, se disecciona en este libro. Paradigma que encaja perfectamente con un mundo alucinatorio en el que las alucinaciones son fuente de sabiduría, con sus trampas. Luego es *real*. Pero olvidense del término si quieren, entiendo que no lo consideren apropiado. Para mí no hay diferencia con el término espiritual. Pero no voy a ahondar más en el tema, para eso está este libro de Ingrid.

En la segunda parte del libro, más narrativa que la primera, Ingrid nos hace un recorrido por su periplo vital e intelectual. Su trasiego empieza trabajando en asociaciones dedicadas a la reducción de riesgos. Y, claro, una cosa lleva a la otra. De ahí al cuestionamiento (paso lógico) de las políticas de drogas y de las posturas oficiales sobre los problemas derivados de su consumo, de su devenir académico como psicóloga clínica y, como los caminos del señor son inescrutables, de cómo termina imbuida radicalmente en el vegetalismo amazónico. Lo más interesante de esta segunda parte del libro, sin desmerecer otros aspectos que ahora comentaré, es asistir a cómo lo más fascinante que une un inicio con un final (final que, obviamente, para Ingrid no es más que una parada más, en el momento en el que se hace esta foto fija), o por ser menos categórico, lo que une dos puntos, no es una línea recta, sino los diferentes meandros que va surcando el río. Sobre el contenido de esta segunda parte, supone toda una introducción a mundos diversos, pero bastante desconocidos por el público general, como es el análisis del fenómeno de las drogas y de toda la turbulencia, repleta de ignorancia, que lo rodea. Magistralmente, como buena magíster (*maestra* es la acepción académica de magíster), Ingrid deconstruye dicha turbulencia que para el y la no iniciado

e iniciada en estas lides, ilumina, de nuevo, desde su mirada oblicua, la oscuridad del fenómeno. Iluminar en este contexto es *ilustrarlo*, destilar de las tinieblas aquello que queda de *razón*.

En conclusión, no puedo por menos, llegados hasta aquí, no recomendar la lectura de este libro en el que la complejidad de los fenómenos que aborda se resuelven didácticamente con la sencillez (que no simplicidad) de quien habla sabiendo de lo que habla no solo desde el intelecto, sino también desde su vivencia más radical.

En lo personal, gracias Ingrid porque tu libro me ha conectado con partes de mi trasiego vital e intelectual por las que transito en estos tiempos, y por re-conectarme con otras que transité en el pasado y que tenía algo olvidadas. Siempre es bonito que a uno le recuerden que lo que una vez hizo en su vida siempre está con uno. Y más bonito todavía es seguir aprendiendo de sus amigos y de sus colegas. ¡Salud!

Desde la madriguera, 2 de abril de 2025,  
José Carlos Bouso.





## Nota introductoria de la autora

Hace algunos años conocí a Juan Carlos Usó en las redes sociales y, a partir de una referencia bibliográfica que le solicité, comenzamos a establecer un vínculo más cercano. Fueron varias las conversaciones que sostuvimos por mensajes sobre psiquedélicos, prohibicionismo, historia, etimologías, cosmovisiones indígenas, plantas medicinales y tantos otros temas.

Al poco tiempo de publicar su libro *El sol salió anoche y me cantó. El Experimento de Viernes Santo. Espiritualidad, ciencia y consciencia expandida* (2023), me contó que había tomado como pretexto el ensayo que se realizó en los años sesenta en Estados Unidos, en el que se administró psilocibina —molécula psicoactiva presente en algunos hongos conocidos por sus efectos psiquedélicos— a estudiantes de teología de la Universidad de Harvard. Además de referirse a este evento, Juan Carlos entrevistó a diversas personalidades vinculadas a la ciencia, la filosofía, la cultura y los estados de consciencia propiciados por prácticas como la meditación y el uso de psiquedélicos, haciéndoles cuatro preguntas. Me interesé por el asunto y amablemente me las envió.

Transcurridos unos meses, en abril de 2024 comencé a responder estas preguntas, en las que Juan Carlos planteaba interrogantes complejas sobre diversos aspectos de la existencia y sus vínculos con los psicodélicos. Me resultaron difíciles, no sólo por la naturaleza intrincada de los términos que utiliza para formularlas —conceptos que el ser humano ha intentado responder hace siglos—, sino que también porque yo llevaba casi diez años vinculándome de forma estrecha con el mundo indígena amazónico, lejos de los saberes de la ciencia occidental en que estas consultas se enmarcaban.

Su interés por determinar cuestiones como el rol de las alucinaciones en la experiencia psiquedélica, la función del cerebro en la conexión espiritual que posibilitan estas sustancias, la evidencia científica de la presencia de dios, las pruebas de la existencia de una “Consciencia Eterna” y externa al dominio de nuestro sistema nervioso, parecía provenir de una realidad paralela comparada con las vivencias amazónicas que venían influyendo mi forma de ver la vida y apreciar la realidad.

Pronto me di cuenta que no tenía otra forma más que el acercamiento hacia las cosmovisiones indígenas de América para intentar dar respuesta a estos dilemas. Con diversos estudios antropológicos y etnobotánicos, innumerables tomas de plantas y dietas amazónicas (retiros tradicionales) y múltiples aprendizajes obtenidos de los procesos psicoterapéuticos que realicé con pacientes y en combinación con los tratamientos con plantas que proporcionaron curanderos vegetalistas, me sumergí en esta tarea<sup>2</sup>.

Valoro mucho el resultado, a pesar de ser simplemente un intento por comprender profundas interrogantes occidentales desde lo que humildemente he ido entendiendo lo que podría ser el punto de vista de las cosmovisiones nativas. La belleza de esta sabiduría me ha arrebatado el corazón, y es ese sentimiento de cercanía lo que ha inspirado estas páginas.

Las cuatro preguntas del libro de Juan Carlos Usó encuentran respuesta en el mismo orden en que se formularon y de forma correspondiente en los cuatro ítems de la Primera parte de este libro. La Segunda parte aborda el recorrido que me ofreció la vida para llegar a conocer el mundo espiritual de la ayahuasca, y terminar escribiendo estas líneas. He aquí las preguntas:

*1º Para empezar, nos interesa la realidad ontológica de la experiencia... ¿Qué opinas acerca de las experiencias con drogas psiquedé-*

*licas (LSD, mescalina, psilocibina, DMT...)? ¿Representan vías de conocimiento y conexión espiritual o simplemente producen alucinaciones sin ningún valor?*

*2º ¿Piensas que las personas a las que podríamos calificar de «buscadoras espirituales profundas» en la actualidad están más abiertas a valorar las experiencias con drogas psiquedélicas o siguen igual de refractarias que en 1962?*

*3º ¿Crees que experiencias intensas como la oración contemplativa, la meditación y la experiencia con drogas psiquedélicas, pueden inducir la percepción de que estamos conectados con un poder superior? Dicho de otro modo: ¿cabe la posibilidad de que estas experiencias intensas activen una parte del cerebro diseñada para ser un canal de conexión entre el ser humano y la divinidad?*

*4º Con independencia de que futuros estudios del lóbulo frontal del cerebro puedan ser la clave para demostrar científicamente la existencia de Dios, hoy por hoy, algunos científicos dicen que no existe ninguna prueba de que la consciencia se genere en nuestro cerebro. ¿Es posible que exista una Consciencia Eterna que se manifieste a través de nuestro cerebro, que lo utilice a modo amplificador?*

Antes de finalizar, quiero hacer un reconocimiento a aquellas y aquellos que han colaborado de forma directa o indirecta con este proyecto.

Agradecer a mis amados padres, Sergio e Iris, por todas las enseñanzas y valores que durante mi vida me han ofrecido con generosidad, permitiéndome de este modo prosperar en mi desarrollo hasta convertirme en la mujer que soy hoy en día. Gracias infinitas por quererme y aceptarme, por su amor y apoyo incondicional y absoluto durante este sinuoso trayecto que comenzó en abril de 2024 y que ha posibilitado transformar mi vida, e inundarla de esperanza y tranquilidad. Sin su cobijo nada de esto hubiese sido posible.

2- <https://ingridtartakowsky.cl/>

Agradecer a mi querido amigo y editor Juan Carlos Usó por ocupar un lugar tan importante en mi vida con su invaluable amistad, comprensión y compañía desde que nos conocimos, y por animarme a seguir adelante cuando más oscuro se veía el camino. Gracias por ser un pilar fundamental en la reconstrucción de mi trayecto. Además, la verdad es que sin él este libro jamás hubiese existido. Infinitos agradecimientos por la impecable edición que ha realizado para mejorar mi escritura, y por haber dedicado tanto tiempo a mi trabajo de forma desinteresada. Gracias por todo el constante apoyo que me ha brindado y por mostrarme aspectos de mí que desconocía, como es expresarme con libertad y desde el corazón sobre las dimensiones vegetales de la existencia, ¡así como tantas otras cosas más!

Agradecer a mi querido amigo y mentor José Carlos Bouso por nuestra recíproca amistad durante todos estos años, por siempre haber confiado en mis ideas y proyectos, y porque su presencia me ha permitido contar con un admirado referente de rigurosidad, honestidad y disciplina para mi trabajo. Muchas gracias por siempre aportar de forma desinteresada con generosos conocimientos, con tanta claridad y sabiduría en mis escritos, mejorándolos con creces. Gracias infinitas por regalarme el prólogo más lindo que he leído en toda mi vida, y porque con su mirada profunda y su sensibilidad ha podido acompañarme al comprender cómo anidaron las plantas en mi corazón.

Agradecer a mi querido amigo Xavier Vidal por llegar a mi vida en un momento en que su presencia ha sido fundamental para rearmar mi camino, por alegrar mi corazón con su constante entusiasmo y estar siempre disponible para intercambiar algunas risas. Gracias infinitas por el cálido y desinteresado recibimiento que me ha dado en el Universo Ulises, por darme la oportunidad de publicar este libro y por su dedicado compromiso en su materialización.

Agradecer a mi amado y admirado hermano Sergio, que junto a mi querida Lore y mis sobrinos habitan fuertemente en mi corazón.

Gracias por su constante presencia, por acompañarme en todas mis decisiones de vida, por su generosidad, apoyo y amor incondicional. Me siento muy afortunada de que sea mi hermano.

Agradecer a mi apreciada y admirable Mónica Martínez por acompañarme con firmeza y de forma incondicional en las dificultades más íntimas y profundas, por ayudarme a acercarme más a mí misma y orientarme cuando he necesitado despejar con luz la oscuridad.

Agradecer a mi tan amada y hermosa perrita Mari por amarme con tanta dulzura, por ser mi compañera incondicional, por tener un espíritu tan travieso y tierno, y por colmar mi corazón y mi vida de maravillosos sentimientos.

Agradecer a las lectoras y los lectores que con ávidos deseos de acercarse al mundo espiritual de la ayahuasca han confiado en este escrito.

Agradecer a mi tan amada y prodigiosa Selva del Amazonas por permitirme respirar la vida misma cada vez que la visito, por su generoso recibimiento desde un principio y por convertirse en un territorio donde la profundidad de mi crecimiento personal se ha podido amplificar. Gracias infinitas a los espíritus que alberga, y que mantienen las dinámicas de su existencia.

Mis más vastos agradecimientos a las Plantas Maestras que tantas veces con su hálito de vida me han ayudado a mirarme con más transparencia y claridad. Gracias infinitas por sus imborrables enseñanzas desplegadas a partir de mis heridas y por su compañía cotidiana anclada en todos los cambios que he materializado en mi vida.

Gracias infinitas a las Grandes Antiguas Maestras Curanderas y a los Grandes Antiguos Maestros Curanderos Indígenas de la Amazonía, que con su sensibilidad y observancia científica descubrieron que la Selva entera está habitada de Espíritus. Gracias, porque esa tarea debió implicar mucho esfuerzo, coraje y determinación como para decidir entrar una y otra vez, una y otra vez, y una y otra vez a este universo que en un principio fue desconocido y que siempre fue re-

## El mundo espiritual de la ayahuasca

gido por fuerzas intangibles y extraordinarias. Mis más profundos respetos y agradecimientos hacia esta ardua labor, porque originó vínculos duraderos con los seres sensibles que hoy nos transmiten su sabiduría cuando nos internamos en las profundidades del denso follaje del Mundo Espiritual de la Ayahuasca.

Ingrid Tartakowsky  
Santiago, marzo de 2025



## Primera parte

### Los mayores misterios de la experiencia humana explicados por una vegetalista

Los cuatro ítems que componen esta Primera parte se corresponden con las respuestas a las preguntas que realizó el Dr. Juan Carlos Usó en su libro *El sol salió anoche y me cantó. El Experimento de Viernes Santo. Espiritualidad, ciencia y consciencia expandida* (2023), y que abordan algunas de las complejas dimensiones de la existencia desde un punto de vista indígena y vegetalista. Cada ítem responde a una de esas interrogantes, y siguen el mismo orden que en su publicación.



## **Las experiencias con drogas psiquedélicas y sus alucinaciones como vías de conocimiento y conexión espiritual**

Las drogas psiquedélicas permiten vivir una experiencia que es distinta de las que se tiene en la vida cotidiana, porque con ellas se puede acceder a una forma de ser y estar en el mundo que es de otro orden, que escapa de lo conocido y rutinario. Por eso se dice que modifican la consciencia, ya que propician una manera diferente de sentirse a uno mismo, al entorno y la vida misma.

Cuando se habla de vías de conocimiento, se refiere a las formas que tengo para acceder a algún tipo de saber. Por ejemplo, nuestros sentidos permiten conocer el mundo externo por medio de su percepción: se escucha, se palpa, se ve. En el caso de los psiquedélicos, como estos modifican nuestro acercamiento a la realidad, posibilitan que nos vinculemos con el mundo —tanto interno como externo— de otra manera. Esa diferencia es la que concede una cognición que antes de la experiencia no se tenía, justamente por estar nuestros sentidos, percepción y consciencia constreñidos a las reglas de funcionamiento cotidiano. Salir de ese proceder habitual, es sinónimo de vivir una experiencia “extra-ordinaria”, que estará enriquecida con aspectos, dimensiones, sentidos y profundidades que no están o no son parte de una vivencia común y corriente. Por eso los psiquedélicos son sendas distintas hacia un conocimiento, como ya se dijo, sobre uno mismo, el entorno y la vida, porque muestran aspectos que no logran ser captados cuando se está en un estado ordinario de consciencia.

Este es el caso de la ayahuasca —aunque no me gusta llamarla psiquedélico—, pero la menciono porque es una vía de conocimiento diferente de las ordinarias. También la cito porque tengo un vínculo cercano con ella. Bajo su influjo, algunas naciones indígenas logran ob-

tener más información sobre su realidad, no sólo una mayor cantidad de conocimientos, sino además de una calidad que les ayuda a sobrevivir en la Amazonía. Un ejemplo es la toma de ayahuasca para encontrar caza. Esto puede sonar muy raro para un occidental, pero, la verdad, es bastante lógico y simple. Desde la antigüedad ha sido fundamental poder encontrar animales para cazar y alimentarse, y en muchos casos se ha considerado una “enfermedad” el hecho de tener problemas para ello y volver al hogar con las manos vacías. Es un padecimiento que demuestra una carencia de salud porque conduce a la muerte si no se resuelve. La cacería se vuelve un aspecto fundamental que hay que atender en la vida cotidiana, para la cual se fueron gestando ritos y tomas de plantas que colaboraran con esta labor, como ha ocurrido con la cocción que denominaron ayahuasca.

En general, en la antigüedad indígena americana (y me refiero al continente América, no a Estados Unidos que se apropia del término), era el curandero el que consumía plantas como la ayahuasca para encontrar este tipo de respuestas. Bajo la influencia de esta cocción vegetal, cambia la capacidad y forma de percibir, se amplifican y agudizan los sentidos, quedando el chamán más despier-to y receptivo consigo mismo y con el entorno. Además, como la ayahuasca opera sobre el cuerpo, también lo limpia por medio de su purga, liberando de contaminantes físicos, espirituales y emocionales que estorban ese despertar y esa receptividad. Esto implica que se vuelve más accesible la información que necesita sobre sí mismo y su contexto para resolver el problema. También cambia la capacidad cognitiva, emocional y de consciencia, mejorándolas, por lo que puede ver un poco más allá de lo que alcanza a entender en un estado ordinario. Accede a un saber distinto del que obtiene de forma rutinaria. Y si bien el chamán ya cuenta con cierto conocimiento espiritual y material sobre el funcionamiento de la Amazonía (dónde suelen estar los animales, los caminos que recorren, las épocas en las que migran, y, en definitiva, cómo se vinculan con la selva), con ayahuasca logra saber más de lo que ya comprendía, al tener más abiertas y disponibles sus vías habituales de acercamiento a la realidad.

En concreto esto significa que obtiene respuestas específicas sobre lo que le falta considerar, y por lo tanto saber, para poder encontrar animales. Por ejemplo, podría percatarse que algo distinto está ocurriendo en la quebrada en la que solían cazarlos en esa época, diferencia que hace que esos animales ya no vengan. Esa observación, esa atención añadida sobre un detalle que pudo pasar desapercibido en estado ordinario de consciencia, es lo que encuentra con ayahuasca: una solución que optimiza el desempeño de su pueblo en su propio medio, permitiéndole y asegurando su sobrevivencia, liberándolo de la enfermedad. La información sobre la selva que ya tenía el curandero —registrada y atesorada tanto en su mente, cuerpo, corazón y espíritu—, con ayahuasca queda aún más disponible. De esta manera detecta o accede a un conocimiento inédito, no sólo a partir de cosas nuevas que nota, sino que también debido a la sinergia que se genera al “despertar” y vincular lo novedoso con lo que ya sabía y almacenaba en todo su organismo. Por esta razón los curanderos podían y pueden realizar adivinaciones o encontrar objetos perdidos a través de la ayahuasca (tal como ocurrió en junio del 2023 en la selva colombiana, donde gracias a ella se encontraron a unos niños perdidos tras un accidente de aviación).

Esto claramente cuenta con una cualidad divina, que es aquello “extra-ordinario” que permite comprender y reorganizar lo ordinario, así como también corresponde a lo que está un poco más allá de lo común y rutinario. En este sentido, estas experiencias permiten una conexión espiritual, ya que se encuentran respuestas importantes que no se conocían, se nutren los significados, se gestan nuevos aspectos tanto propios como de la realidad externa, y muchas cosas toman un nuevo sentido, enriqueciéndose la existencia. Y si se pone atención, se puede notar que esto es muy parecido a lo que ocurre en un proceso de aprendizaje cualquiera. Se podría decir que en definitiva se aprende más sobre uno mismo y el entorno. Por eso los psiquedélicos mejoran el desempeño en la vida cotidiana, te preparan de mejor manera para enfrentarla y superarla; y al decir desempeño no me refiero a algo necesariamente productivo, sino que más bien a nuestra forma de ser y estar en el mundo, a cómo nos desenvolvemos.

Sin embargo, los procesos espirituales no son equivalentes a cualquier aprendizaje, ya que cuentan con una cualidad muy particular: te hacen sentir conectado con la divinidad. Y esto es difícil de explicar si no se ha vivido. El sentimiento de lo sagrado que se tiene con psiquedélicos es total, abarca todos los ámbitos humanos, es decir se siente como una verdad que irrumpe en la mente, el cuerpo, el corazón y el espíritu, y se vive con profundidad y sin reparos. La cabeza con su constreñida razón no es capaz de comprender esto a cabalidad, y en ese momento tampoco puede resistirse, porque lo espiritual supera la racionalidad y lo que puede ser explicado, es inefable. A la mente no le compete entender este suceso, no está completamente capacitada para ello, porque esta vivencia no se reduce a lo racional, y muy por el contrario escapa de ella. Ocurre que conmueve un sentimiento de lo divino que tiene un alto impacto, siendo muy significativo y notoriamente distinto de lo que se vive a diario, generando mucho asombro la magnitud de lo sagrado. De hecho, los acontecimientos de mayor intensidad con psiquedélicos han sido llamados experiencias místicas, porque permiten percibirse y saberse unido a lo divino, sintiéndolo como una totalidad sacra que se funde con la persona, y que se evidencia anclada en todos nuestros ámbitos, con una certeza innegable. No sólo se despierta la convicción de que lo sagrado se encuentra en nosotros y en el mundo, sino que también estremece sentir la seguridad de que ha sido así desde el origen de los tiempos, manifestándose lo divino con un atributo de eternidad. Esta es la fuerza que se vive durante este suceso “extra-ordinario”.

En el caso del curandero amazónico, la información que obtiene por medio de la ayahuasca también es divina, ya que esta experiencia se inserta en su propia vida y cosmovisión. Desde su cultura, son las fuerzas espirituales de la selva las que le permiten resolver los problemas que pueden tener sus cazadores para triunfar en la cacería, son estos seres sensibles los que colaboran en la mejoría de la enfermedad, y por lo tanto le dan las respuestas que necesita. Entonces para obtenerlas, se vincula con el espíritu de la ayahuasca, ingiriéndolo e incorporándolo en un ritual que le permite tener un mayor contacto con el mundo de los espíritus. En el caso de un occidental moderno

que consume un psiquedélico, la explicación que tiene para comprender esta vivencia también se condice con su propia realidad (tal como le ocurre al chamán), explicándosela con el bagaje cultural que tiene, pudiendo por ejemplo determinar que su experiencia se debe a la acción de ciertos neurotransmisores en el cerebro, y que la divinidad no es más que un estado que propicia la química de la consciencia.

Se aprecia que en ambos casos —el curandero y el occidental moderno— las explicaciones sobre el acontecimiento espiritual son distintas, pero comparten el hecho fenomenológico de obtener o conectar con una vivencia “extra-ordinaria” de alto contenido y significancia, que además a ambos les permite mejorar su desempeño en su medio. Con la cacería, ya explicamos cómo opera esto para el chamán indígena. Por su parte, el occidental moderno, también accede a más y mejor información sobre lo que ocurre consigo mismo y con su entorno, logrando desenvolverse de mejor manera, mejorando su calidad de vida. Por ejemplo, puede sentir emociones que estaban bloqueadas, recordar memorias olvidadas, reflexionar desde nuevos puntos de vista, resolver problemas, potenciar sus vínculos, encontrar su propio camino y sentido de vida, implementar novedosas acciones ante una determinada situación, etcétera, dándose cuenta o volviéndose consciente sobre aquello que lo enferma y pudiendo tomar acciones al respecto (tal como lo hace el curandero con sus cazadores enfermos).

Por esta razón los psiquedélicos actualmente se están aplicando en el tratamiento de diversos problemas de salud mental, y su efectividad y seguridad se refleja en el cúmulo de evidencia científica que se ha encontrado respecto de los beneficios que aportan a la vida cotidiana moderna: colaboran con la mejora de síntomas y enfermedades que si no son tratados conllevan una cierta disfuncionalidad o inoperancia de la persona en su medio, además de mucho sufrimiento (al igual que le ocurre al curandero y a sus cazadores enfermos). Ejemplos de ello son los estudios realizados con hongos psilocybe, ayahuasca, LSD y MDMA aplicados a personas que sufren adicción al tabaco y otras drogas, estrés postraumático, y diversos trastornos, como los

del ánimo (depresión y ansiedad), los alimenticios, del sueño, borderline, obsesivo compulsivo, dismórfico corporal, entre otros.

Considerando las convergencias entre ambas situaciones (la del chamán y la del occidental), se evidencia que los psiquedélicos permiten resolver problemas acordes a la vida de aquel que los ingiere, y con independencia de si su bagaje cultural es nativo amazónico o de Occidente moderno. De hecho, este es uno de los beneficios centrales que ofrecen: su ayuda en la resolución de conflictos de la vida cotidiana. Y esto también se vincula con la espiritualidad, o más bien es una de sus formas.

La espiritualidad no se trata exclusivamente de vivencias inefables, como son las experiencias místicas o de alto impacto que propician los psiquedélicos. El misticismo con el que te conectan, también tiene un aspecto muy terrenal y ligado a la parte más material de nuestra existencia. Si se presta atención a los grandes maestros espirituales de la historia —como Jesucristo o Buda sin ir más lejos— y en sus enseñanzas, lo cierto es que ellos hacen recomendaciones para la vida cotidiana, y hablan de cosas bien concretas: de nuestros actos, relaciones, pensamientos e intenciones, de cómo llevamos la vida, hacia dónde la orientamos, lo que guardamos en nuestro corazón, etcétera. Y esto se corresponde con la espiritualidad que promueven: con una forma de saber vivir en armonía con uno mismo y el entorno, pero alineados con la existencia, no resistiéndonos a ella. Es decir, en paz con la vida. Esto implica dejar de quejarse sobre lo que disgusta o ha hecho sufrir, y hacerse cargo de los temas que están pendientes por resolver (y la terapia es muy buena para colaborar con esto, punto que retomaré más adelante). Entonces cuando logro darme cuenta de lo que me está tratando de enseñar la vida, en vez de seguir peleando en su contra, me vuelvo receptiva y amorosa con ella. Y cuando eso pasa, pienso que se alcanza un estado de armonía y respeto hacia uno, hacia los demás y la existencia misma, que permite una comunión de tal profundidad, certeza y satisfacción, que la espiritualidad se materializa y se vuelve parte del día a día. Por eso creo que no todo lo que concierne a la espiritualidad es puramente “extra-or-

dinario”. Habitar un estado de armonía y respeto con la existencia, permite integrar sus enseñanzas y plasmarlas en lo más cotidiano, alineado con uno mismo y con el medio externo. En definitiva, y retomando las enseñanzas de los grandes maestros, la espiritualidad que enseñan promueve una forma de saber vivir y disfrutar la vida. Y los psiquedélicos son una vía de acceso a este conocimiento.

Así como los grandes maestros del misticismo —que a lo largo de la historia de la humanidad han hecho recomendaciones sobre la mejor forma de encarar la vida—, de igual forma los psiquedélicos ofrecen sus consejos. Cuando por ejemplo se toma ayahuasca, ella sugiere ciertas acciones que mejoran los vínculos que se tienen con las personas, hace observaciones sobre el estado anímico y sobre lo que se está transitando o sintiendo, así como también muestra y libera de aquello que no permite vivir con plenitud. Por eso en la Amazonía a la ayahuasca se le considera una planta “maestra”, porque es un ser espiritual que “enseña” (al igual que los grandes maestros místicos de la humanidad).

Y en este sentido pienso que la espiritualidad no es sólo un discurso teórico sobre lo divino, o una práctica con actos rituales específicos, o una forma de vestirse y mostrarse al mundo (como les pasa a muchos), sino que tiene una parte muy material vinculada con nuestra existencia más cotidiana, y es la forma con la que nos desenvolvemos en el mundo. Sobre esto enseñan los grandes maestros místicos y los psiquedélicos, sobre nuestro vínculo con nosotros mismos y con el entorno. Desde esta perspectiva, la espiritualidad no es algo que se hace exclusivamente por fuera de lo cotidiano o en un espacio de tiempo especial, reducido y acotado para ello (como sería alzar un rezo, visitar un templo, concretar un rito) sino que sería también la vida misma, lo más ordinario y rutinario, nuestra forma diaria de ser y estar en el mundo. Y lo cierto es que mientras más y mejor información tengamos sobre nosotros y la realidad, mejor será nuestro desempeño y nuestra forma de ser y de estar. De algún modo se puede decir que los psiquedélicos permiten habitar una vida “extra-ordinaria”, al ampliar lo que ya se sabía, y al mejorar y enriquecer nuestra existencia.

En este punto creo importante hacer una diferencia entre el bienestar inmediato que los psiquedélicos pueden propiciar, versus la sanación que permiten alcanzar con un trabajo terapéutico de por medio (me refiero a la psicoterapia asistida con psiquedélicos). Hago esta diferencia porque pienso que para cobijar una vida espiritual como se plantea, se necesita sanar las heridas de la propia historia, es decir los traumas y experiencias difíciles por las que se ha transitado; lo que claramente implica un camino y recorrido distinto del que hace aquel que sólo busca o se satisface con el bienestar inmediato de los psiquedélicos (que podrían ser los consumos recreativos y las terapias superficiales mal hechas).

Para disfrutar una vida espiritual con plenitud y satisfacción, primero se deben resolver los propios problemas, porque evadirlos pasa la cuenta, y no le permite a la persona sentirse realmente en paz con ella ni con su entorno. Tampoco puede haber un encuentro profundo y cotidiano de la persona consigo misma si evita una parte de sí, porque eso hace que no cuente con ese ámbito, que probablemente necesita para resolver sus dificultades, para tomar decisiones, y orientarse respecto de lo que quiere hacer con su vida. En muchos casos, esa parte que se esquiva corresponde a emociones que son difíciles de sentir ya que suelen estar vinculadas con situaciones traumáticas de la biografía, razón por la cual el organismo genera defensas, como forma de sobrevivencia, y las reprime. Tratar de existir con una parte sofocada, es como intentar caminar con un pie escondiéndolo: no se caminará con confianza ni soltura, ni mucho menos se caminará con rectitud, el recorrido será penoso, con dificultades y probablemente habrá caídas. Pienso que no puede haber cosas pendientes en el camino de la curación, porque un trabajo de sanación profundo y bien realizado permite disfrutar una vida espiritual como aquí se plantea, en comunión consigo mismo y el entorno.

En este sentido, también es una forma de espiritualidad el hecho de aprender a vivir para lograr deleitarse con la vida, y es un conocimiento que se cultiva y que se incorpora cuando se está alineado con la existencia. Por eso me referí a la psicoterapia más arriba, porque

se requiere sanar para alcanzar esta forma de misticismo que se puede habitar en el plano cotidiano y terrenal. Y como la espiritualidad es un estado total, implica también una disposición absoluta del individuo hacia la curación; por eso no puede haber temas pendientes.

También otro aspecto importante que propician los psiquedélicos y que se relaciona con el acceso al conocimiento sobre uno y el mundo, son las alucinaciones. En Occidente, han estado históricamente vinculadas con la psicopatología, es decir con problemas de salud mental, y sobre todo con la psicosis. Por esta razón en la actualidad se ha tratado de desvincularlas de los psiquedélicos, ya que se ha evidenciado que estos mejoran la salud en vez de perjudicarla (cuando se usan con responsabilidad y consciencia, cabe enfatizar, ya que tampoco son inocuos). Sin embargo, lo cierto es que las alucinaciones son un componente fundamental de los efectos que se pueden obtener con psiquedélicos, de la transmisión de enseñanzas e información sobre uno y el entorno. Son también parte de las experiencias místicas que se pueden tener con ellos.

Antes del siglo XVIII, se consideraba que las alucinaciones eran mensajes o presagios para el que las vivía o para su entorno, hasta que en esa fecha se medicalizaron —y por lo tanto se patologizaron—, pasando a formar parte de la medicina de Occidente con los estudios que realizaron los alienistas para tratar la locura. En un comienzo las catalogaron como enfermedades en sí mismas, y luego en el siglo XIX pasaron a ser consideradas como síntomas, que es lo que se mantiene hasta hoy en día en psiquiatría. Menciono este breve recorrido porque permite apreciar que este fenómeno se ha ido comprendiendo de diversas maneras a lo largo de la historia. Y en la actualidad parece estar ocurriendo una nueva conceptualización, que se aleja de las consideraciones de la psiquiatría: las alucinaciones propiciadas por los psiquedélicos pueden ser consideradas como una manifestación de su poder beneficioso y transformador, porque se pueden vincular con una mejora del estado de salud y con la espiritualidad —ambos aspectos fundamentales para el desarrollo de la vida humana—, en la medida en que son la forma bajo la cual los

psiquedélicos hacen recomendaciones para la vida cotidiana, entregando valiosa información sobre la persona y su entorno.

Si bien las alucinaciones pueden ser auditivas, visuales, táctiles, gustativas u olfativas, en el campo de los psiquedélicos se hace mucho énfasis a las de tipo visual, que coloquialmente se les denomina visiones, probablemente porque nuestra cultura occidental prioriza la imagen y la vista por sobre otros sentidos. Este punto es interesante porque si bien el ser humano cuenta con una capacidad mucho más amplia de producción de imágenes —que incluye los sueños, los recuerdos y la imaginación— esta aptitud no es tomada en cuenta al momento de abordar y comprender las imágenes que propician los psiquedélicos. Sus visiones han quedado estigmatizadas por estar vinculadas al término alucinación, que está patologizado por el dominio que ha ejercido la psiquiatría sobre el concepto (definiéndola como una convicción perceptual que ocurre en ausencia de un estímulo externo). Sin embargo, nadie se refiere a sus sueños o producción onírica como alucinaciones, así como tampoco cuando se habla de recuerdos o de lo que se imagina. Estas tres últimas formas de imágenes no cargan con un estigma en el presente, a pesar de que en la historia hubo momentos en los que algunas sí se vincularon con procesos de enfermedad. Este es el caso del llamado onirismo en el siglo XIX, término psicopatológico que determinó que personas que padecían delirium (alucinaciones y delirios debidos al consumo de alcohol), lo que realmente experimentaban eran sueños durante su estado de vigilia; de esta forma se estableció un vínculo de enfermedad entre las alucinaciones y los sueños.

Otro tipo de vínculos interesantes que se puede apreciar en la historia de la psicología (y por lo tanto también en el terreno de la salud y la enfermedad), es el estudio exhaustivo que realizó Sigmund Freud sobre el aparato psíquico y su producción onírica. Desde esta perspectiva, los sueños permiten acceder a lo más profundo y desconocido de la persona, porque a través de ellos el material que se encontraba en el inconsciente puede salir a flote a la consciencia, permitiéndole al individuo tener más acceso a lo que le ocurre. Este en-

tendimiento se mantiene como parte de la psicología actual (psicoanálisis). Lo interesante es que en este caso las imágenes que se producen durante el dormir son una vía de conocimiento de la persona y sus profundidades: consideración que comparten las alucinaciones propiciadas por psiquedélicos, como ya se señaló. En este sentido, se aprecia que estas dos formas de producción de imágenes entregan información, tanto sobre el individuo y su situación actual, como respecto de su medio, permitiéndole ver un poco más allá de la realidad inmediata, conocida y material.

En relación con esto último, se puede mencionar otro ejemplo maravilloso en el que las imágenes oníricas entregan un saber que se desconocía. En diversas culturas indígenas de América, los sueños han sido considerados como una vía de acceso a un valioso conocimiento sobre uno mismo y el entorno, como ha ocurrido para los Mayas y los Nahuas, así como también para diversas naciones nativas amazónicas. El Vegetalismo (una forma de curanderismo de la Amazonía peruana que es herencia indígena) también establece que el material onírico es una forma de acercamiento a una realidad espiritual de mucha sabiduría, y que colabora con el desenvolvimiento y sobrevivencia en la selva. Para potenciar esto, el Vegetalismo cuenta además con diversas plantas que conectan con el mundo de los espíritus por medio del sueño —como la ayahuasca y los vegetales que se toman en los retiros o dietas tradicionales—. De esta manera se genera una mayor producción onírica, que además se siente muy vívida y por lo tanto muy “real” por parte de la persona que sueña, quién siente que verdaderamente recibe un mensaje desde este universo suprasensible. Accediendo a esta realidad se pueden obtener respuestas fundamentales para enfrentar la vida, al igual que ocurre con las experiencias que propician los psiquedélicos o la ayahuasca, como se mencionó.

Esto significa que el ser humano cuenta con una fuente innata de producción de imágenes que entregan conocimientos, y que pueden ser potenciadas con el uso de psiquedélicos y plantas, como son los sueños, la imaginación y los recuerdos, ya que todo ello se fomenta, resignifica y concientiza durante estas experiencias. Además, esto

muestra que la obtención de nuevos saberes no ocurre solamente cuando se aprende algo en un estado ordinario de conciencia (por ejemplo, cuando se estudia o memoriza información en la vida diaria, lo que también puede ocurrir por medio de imágenes), sino que también se pueden incorporar nuevos conocimientos al transitar por diversos estados de conciencia, como es el “extra-ordinario” (propiciado por psikedélicos) y el del sueño (en el momento de dormir). Ambos estados permiten también habitar una experiencia, es decir las imágenes y situaciones se viven, y no solamente se observan. Se participa de la vivencia, transitándose como real. En este sentido, la totalidad del ser humano se involucra con estas visiones durante estos estados, relacionándose con la información que entregan, logrando ver un poco más allá de la realidad material misma, ampliando la conciencia de lo que ya se sabía tanto en la mente, como en el cuerpo, el corazón y el espíritu.



## La injusticia e ineficacia de la prohibición

La espiritualidad ha ido variando a lo largo de la historia, tanto en términos conceptuales como prácticos, es decir sobre lo que se cree que es y sobre cómo se practica. De hecho, los psuedélicos han tenido su impacto en ello, un ejemplo es justamente el experimento del Viernes Santo, porque transformó el concepto que tenían esos estudiantes de teología sobre las formas de acceder y de sentir la divinidad. Y vemos el impacto de eso hasta ahora, por ejemplo, con el libro *El sol salió anoche y me cantó. El Experimento de Viernes Santo. Espiritualidad, ciencia y consciencia expandida* (2023), del Dr. Juan Carlos Usó, sin ir más lejos. Además, hoy en día los psuedélicos están cada vez más de moda, existiendo un boom respecto de su uso, ya que están siendo más utilizados en contextos recreativos, terapéuticos y espirituales. Es probable que muchos de aquellos que buscan experiencias espirituales profundas, en la actualidad ya hayan consumido psuedélicos; y los que aún no lo han hecho, que estén por hacerlo. En este sentido, el mayor interés y acceso que ha mostrado la población hacia estas experiencias, manifiesta que están bastante menos refractarias a vivirlas comparado con épocas anteriores.

Esto se nota no sólo en perfiles de “buscadores espirituales profundos”, sino que también en aquellos que hasta hace algunos años desconocían por completo el uso de psuedélicos con fines espirituales y terapéuticos (e incluso recreativos). Por ejemplo, desde la pandemia-COVID, en Chile se observa un aumento de consultas por tratamientos asistidos con psuedélicos, y una mayor diversidad de perfiles de personas interesadas en ellos. En la actualidad solicitan terapia asistida y participación en ceremonias de ayahuasca individuos que antes del 2020 los consideraban como drogas, y que jamás habrían pensado en probarlas: amas de casa, vigilantes de supermercado, albañiles, cajeros de banco, etcétera, gente que —en general— antes sostenía una actitud refractaria hacia estas sustancias porque

se educó con una noción negativa respecto de las drogas. Este concepto tiene su propio desarrollo histórico, y se debe abordar brevemente si se quiere entender cómo se configura la actitud reticente que ha sostenido la población general hacia ellas, para luego comprender que esta postura no ha tenido mucho sustento.

La etimología u origen de la palabra “droga” se sitúa en los Países Bajos, donde antiguamente se designaba en neerlandés como *droog* (seco) a aquellas hierbas deshidratadas que se vendían en herboristerías. Luego el término pasa al inglés como *drug*, transformándose las herboristerías en *drugstores*, y después al español que las nombra como droguerías (o farmacias), que desde su procedencia se refiere al lugar que las almacena. Así pues, desde su origen lingüístico, “droga” alude a las hierbas medicinales deshidratadas, que incluso hoy en día se siguen utilizando con fines medicinales y también culinarios, como son el orégano y el romero. Sin embargo, nadie advierte que condimenta con drogas sus comidas, porque la etimología del término se desconoce. ¡Si supieran las amas de casa que han estado drogando a sus familias!

También este término tiene su recorrido en la historia de la medicina, donde se aprecia un interés mayor sobre el estudio empírico de las drogas en el siglo XIX, movimiento que permite el nacimiento de la farmacología como una rama independiente y separada de la química. En esta época el desarrollo de investigaciones experimentales sobre los efectos de diferentes sustancias sobre el organismo —y sobre todo en el sistema nervioso, que comienza a generar mucho interés a nivel internacional—, propicia las directrices de esta nueva disciplina, fundando sus intereses, potenciando diversos logros técnicos, y definiendo sus tareas, como son descubrir, fabricar y sintetizar sustancias con propiedades medicinales. En este terreno, el término “droga” se estableció como sinónimo de “fármaco” y “medicamento” (aunque este último en la práctica refiere a aquellas sustancias que tienen un uso terapéutico reconocido), lo que indica que desde la ciencia y la farmacología esta palabra no tiene nada negativo *per se*.

De hecho, desde esta perspectiva se considera que una droga no es mala ni buena en sí misma, sino que sería un potencial remedio o veneno según cómo se utiliza. Para ello importa definir su dosis, pureza, contexto de uso, forma de acceso y pautas culturales, entre otras cosas —tal y como indica Antonio Escohotado—. Por lo tanto, desde la ciencia y desde el desarrollo histórico de la farmacología tampoco se aprecia una actitud refractaria hacia las drogas, sino que, muy al contrario, estas perspectivas han demostrado un enorme interés que ha generado diversos aportes para la salud y la calidad de vida de las personas.

Llegados a este punto, no es ocioso preguntarse de dónde viene la intolerancia hacia las drogas en general y hacia las psiquedélicas en particular. Lo cierto es que se origina con la intervención de Estados Unidos sobre las políticas mundiales. Para entender esto, primero hay que aclarar que en la época del experimento del Viernes Santo aún había cierta ignorancia sobre el funcionamiento de los psiquedélicos porque recién se estaban investigando, y no se conocían en profundidad. Además, las metodologías de investigación no tenían el desarrollo que han alcanzado las actuales, lo que volvía difícil sistematizar esos estudios y llegar a conclusiones más globales y acabadas. También en ese tiempo los psiquedélicos se vincularon con la psicosis, suponiendo los estudiosos que por medio de estas experiencias alucinatorias podían reproducir la “locura” para estudiarla; cosa que más adelante se entendió que era errado, ya que las alucinaciones que propiciaban no tenían que ver con algún tipo de enfermedad, sino con un estado distinto de consciencia.

Pronto en los años 70 el presidente Nixon de Estados Unidos declara la Guerra contra las Drogas, estableciendo una prohibición internacional sobre ellas, que se mantiene vigente hasta el día de hoy, y que Chile suscribe. Esto materializó una prohibición sobre cualquier tipo de contacto que se pudiese tener con los psiquedélicos —y con otras sustancias que también se clasificaron como droga— conllevando el cese abrupto de las investigaciones que se venían realizando. Esta guerra no sólo generó un bloqueo desmedido hacia el estudio de es-

tas sustancias, sino también una enorme estigmatización que las vinculó con los prejuiciados significados que las personas les atribuyen, marcando además a sus usuarios como “drogadictos”. En este sentido, los psiquedélicos se prohibieron antes de llegar a ser bien estudiados, por lo que su proscripción nunca tuvo que ver con aspectos del cuidado de la salud o del bienestar de la población, porque nunca se probó que hicieran daño; sino que fueron vetados por razones principalmente político-sociales, morales, étnicas y económicas.

Esta prohibición generó un control directo sobre la oferta y la demanda de drogas a nivel mundial, utilizando para ello medios violentos y represivos —tal como ocurre en toda guerra—, intentando erradicarlas de la sociedad. Desde una óptica antropológica e histórica esto se vislumbra como algo imposible, ya que las sustancias son parte integrante de toda cultura y sociedad, e incluso en muchos casos han sido generadoras de civilizaciones como ocurre con naciones indígenas u otras poblaciones que se han desarrollado impulsados por ellas, y que las han considerado como un aspecto central y fundamental de su cosmovisión y crecimiento humano e histórico. En este sentido, la prohibición internacional que se ha ejercido sobre las drogas ha permitido prácticas de dominación y poder sobre ciertos pueblos, clases sociales, etnias, o simplemente sobre determinados intereses económicos.

Esto ha generado consecuencias concretas que se impregnan en la vida pública y privada de la ciudadanía, ya que la utilización de recursos armamentistas para erradicarlas ha producido muchos daños sociales, económicos, humanitarios y ecológicos, sin que se hayan podido eliminar los consumos de drogas. Además, el hecho de que sean ilegales y que la población igual las adquiera, genera riesgos vinculados con su mal uso y con formas de acceso que carecen de control o supervisión, situación que no ocurriría si estuvieran reguladas legalmente.

Los efectos devastadores de la política prohibicionista se aprecian por ejemplo en situaciones en que las fuerzas policiales arrasan con

cultivos de coca, adormidera o cannabis, al igual que se ve cuando arremeten contra poblaciones enteras, como sucede en tierras mexicanas fronterizas a Estados Unidos. Asimismo, se observan estas ruinosas repercusiones sobre los usuarios de drogas o los microtraficantes que son castigados con inmensas sentencias carcelarias que deben cumplir y que no se condicen con los actos realizados, siendo tratados como peligrosos delincuentes.

Otro ejemplo se ve en la exposición de las personas a situaciones de riesgo en el momento de comprar sustancias, al quedar envueltos en escenarios de abuso de poder o de violencia, ya sea por parte de traficantes o de la policía. Además, tener que conseguirlas en el mercado negro también implica riesgos, ya que, al no estar regulado este intercambio, propicia su adulteración, y los usuarios terminan consumiendo productos desconocidos, dañinos para su salud o incluso adictivos, sin obtener lo que creen comprar. También las innumerables muertes por sobredosis a nivel mundial son una consecuencia de esta guerra, y se podrían evitar, aceptando que este es un tema de salud y no policial, o sea, dejando de perseguir a los usuarios para encarcelarlos. En vez de eso se les debería ofrecer tratamiento a quienes lo requieran, programas de reducción de daños y acceso a educación en materia de drogas. En Chile, en concreto esto implicaría que el Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (SENDA) deje de pertenecer al Ministerio del Interior y Seguridad Pública, y que pase a manos del Ministerio de Salud (MINSAL).

Además, el estigma de “drogadictos” que cargan los usuarios, conlleva que no se acerquen fácilmente a los centros de salud para solicitar ayuda —si es que la necesitan—, porque con frecuencia los profesionales y el personal administrativo los discriminan debido a los prejuicios que les atribuyen. También el hecho de que la adquisición de drogas —por el hecho de ser ilegales— se catalogue como delito aumenta este recelo, implicando que las personas sean vistas como delincuentes y no como pacientes en el momento de solicitar tratamiento. Si las sustancias dejaran de ser ilegales, ya no sería un

delito conseguirlas, y el vínculo con ellas sería una cuestión de salubridad. Es sabido que las adicciones son uno de los problemas más estigmatizados dentro de las consultas que se atienden en salud mental, ámbito que ya cuenta con una cierta desvaloración si se compara con el área de la medicina que se encarga del bienestar físico.

En definitiva, bajo el alero prohibicionista las personas están desamparadas, porque no cuentan con ninguna protección del Estado, sino que, muy por el contrario, se enfrentan con toda su represión y con un mercado existente que no dispone de regulación. Y en términos sociales y salubres se encuentran con estigmas.

Esta prohibición junto con todas las consecuencias que ha tenido para la población, ha generado un terreno fértil de reacciones refractarias hacia estas sustancias, porque las personas han supuesto que fueron proscritas porque son dañinas, y porque han visto este impacto violento y armamentista en los medios de comunicación, suponiendo que esto es generado por las drogas mismas, cuando lo cierto es que ocurre porque se intenta reprimirlas al estar prohibidas. En este sentido, si las sustancias se regularan, o si por lo menos se despenalizaran (o sea si dejaran de vincularse con el delito penal), implicaría muchos menos daños sobre la población, la salud y los derechos humanos. Porque aquello que se regula cuenta con normativas y reglas claras que determinan las condiciones bajo las cuales se permiten ciertas prácticas, lo que carece el modelo prohibicionista. Por ejemplo, los medicamentos están regulados —algunos incluso con dispensación con receta retenida—, y eso significa que hay un procedimiento determinado para acceder a ellos, lo que asegura que se obtiene lo que se necesita (y no algo adulterado), en un contexto seguro para el usuario. Consultar a un médico para que emita un diagnóstico y una receta acorde a lo que se padece, y que luego el fármaco se pueda obtener sin riesgo alguno, demuestra los beneficios y el funcionamiento de un mercado con regulación. Algunos países han optado por despenalizar el consumo de drogas y la posesión para consumo personal, como ocurre con República Checa, Portugal, Países Bajos y Suiza, que dejaron de prohibirlas. Las investigacio-

nes indican que en estos territorios no sólo disminuyen o desaparecen todos los incidentes señalados, sino que además se ha propiciado un vínculo mucho más sano y seguro entre la población y las drogas, porque han acompañado este movimiento con la instauración de programas de reducción de daños que ayudan a gestionar los consumos, y por lo tanto a mejorar la salud y calidad de vida.

En definitiva, la población mundial desconoce cómo ocurrieron realmente los hechos históricos que aquí se mencionan, así como los verdaderos intereses de Estados Unidos respecto de las políticas de drogas que ha instaurado, e ignora que no se prohibieron por razones de salud, como ya se dijo. Además, los medios de comunicación han tenido mucho que ver con este estigma que cayó sobre las drogas y específicamente sobre los psiquedélicos, esparciendo y cultivando ignorancia y temor entre las personas. En este sentido, se comprende que en general la gente se haya mantenido refractaria ante estas sustancias. Sin embargo, hoy en día ya no es posible sostener esta renuencia, ni argumentar a favor de ella, y esto es fruto del arduo trabajo que han venido desarrollando diversas instituciones e investigadores que han dedicado su vida al estudio y a la defensa de los psiquedélicos con miramientos hacia su regulación para fines terapéuticos y espirituales (y en algún momento de seguro también abogarán por sus usos recreacionales).

Sin embargo, el boom actual que están teniendo los psiquedélicos junto con los excelentes resultados de las diversas investigaciones que se han realizado —y que se siguen desarrollando— en el mundo, están transformando la percepción que tiene la población general sobre estas sustancias, lo que a su vez conlleva también un cambio en la conceptualización de aquello que se consideraba como droga. En este sentido, hoy en día es difícil sostener argumentos en contra de los psiquedélicos cuando son administrados de forma responsable (porque evidentemente su uso irresponsable no necesariamente repercute de forma positiva sobre el estado de salud de la persona, como ya se dijo). Con tanta evidencia científica positiva disponible en la actualidad, es raro —por decir lo menos— que alguien crea

tener argumentos en contra. Como se ha destacado, los psiquedélicos deben emplearse de forma adecuada y con consciencia, y no a la ligera; y por esta razón resulta fundamental que la población general –así como los “buscadores espirituales profundos”– se nutran de los resultados de estos estudios basados en evidencia (y no de los medios de comunicación o de las redes sociales que carecen de seriedad y rigor) si es que deciden consumirlos por su propia iniciativa, y que se instruyan sobre la mejor forma de administrarlos, justamente para que puedan obtener sus beneficios y al mismo tiempo evitar sus posibles perjuicios. Y esto no es un incentivo al consumo, sino que es una invitación a educarse en estas materias que son reales y parte de las sociedades actuales, tal como debe ocurrir con todos los temas que involucran nuestra existencia.

En este sentido, no está demás hacer un llamado a la población hacia su correcta utilización, justamente para evitar desenlaces inoportunos que podrían poner en alerta a los gobiernos sobre los psiquedélicos. Es tarea de todos vincularse con respeto y atención hacia estas sustancias, y no sólo por un interés personal, sino que también para apoyar las investigaciones que se han venido realizando con tanto esfuerzo, y que han buscado el beneficio de aquellos que las necesitan. Las décadas sombrías del prohibicionismo han generado una distancia enorme entre los psiquedélicos y la población, repercutiendo en que se haya vuelto inaccesible su uso de forma regulada o legal, lo que en concreto significa que estas excelentes medicinas y vías de acercamiento a la espiritualidad hasta ahora no hayan podido ser una opción viable para el tratamiento de diversos problemas de salud mental. Los estudios científicos evidencian que estas sustancias son mucho más beneficiosas que las terapias psiquiátricas convencionales porque acortan el tratamiento, y porque tienen una seguridad y efectividad que los vuelve excelentes alternativas, además de casi no tener efectos secundarios o no deseados. Además, algunas como la ayahuasca y la psilocibina (molécula psicoactiva de los hongos psilocibios) estimulan la neuroplasticidad del cerebro, propiciando el crecimiento de nuevas redes neuronales, lo que no ocurre con los antidepresivos que inhiben selectiva-

mente la recaptación de serotonina (ISRS) y que se utilizan para trastornos como la depresión y ansiedad (sertralina, paroxetina, fluoxetina y citalopram). Asimismo, algunos psiquedélicos como la psilocibina han mostrado por medio de scanner su capacidad de conectar regiones del cerebro que no se comunican con frecuencia, lo que se vincula con un aumento de la creatividad, de los *insights*, y con la habilidad de pensar de nuevas formas, lo que explica por qué son excelentes herramientas para complementar la psicoterapia y el crecimiento personal que la caracteriza.

No sólo es una pena que estos medicamentos “extra-ordinarios” no puedan estar disponibles para aquellos que los necesitan, sino que también es triste que personas empobrecidas de espiritualidad tampoco puedan enriquecerse con ellos. Porque como se dijo, estas sustancias son excelentes herramientas para el conocimiento de uno mismo y del entorno, así como una vía de acercamiento hacia la espiritualidad y la curación, aspectos que no sólo están vinculados, sino que además son fundamentales para el desarrollo humano. Desde esta perspectiva histórica, política y basada en la evidencia científica, hoy en día posicionarse como refractario hacia los psiquedélicos la verdad es que atenta contra los derechos humanos, así como contra el derecho al acceso a la salud y a la espiritualidad.



## **El corazón de la ciencia indígena y su descubrimiento de los espíritus de la Naturaleza**

Las experiencias intensas como la oración contemplativa, la meditación y las vivencias con psiquedélicos inducen la percepción de que estamos conectados con un poder superior, con independencia de cómo cada persona lo conceptualice o materialice: para algunos será una figura que toma la forma de un dios, para otros una energía intangible que se respira día a día, o significará asumir que somos un punto pequeño en la inmensidad del universo, por mencionar algunos ejemplos. Lo interesante es que con independencia de cómo se explique, la posibilidad de vivir y sentir lo divino es algo compartido por todos. Es transversal en todas las épocas y culturas, porque sin importar los cambios o particularidades que ha tenido cada una, es una constante en la historia de la humanidad. Es difícil explicar la experiencia de lo sagrado, porque como se dijo antes: es inefable, o sea carece de palabras que puedan aborlarla en su totalidad; pero para alguien que no ha pasado por las vivencias intensas recién señaladas, se puede tratar de explicar con una situación que puede resultar familiar para muchos y cotidiana para algunos.

El contacto que se tiene con la Naturaleza cuando uno se sumerge en ella por un tiempo —aunque sea por unas horas—, pienso que otorga una pequeña dosis de sensaciones parecidas a lo que puede llegar a ser el sentimiento de la divinidad. Cuando participamos de una caminata o un paseo por hermosos Parques Nacionales o cuando recorremos lugares naturales que tienen una belleza e inmensidad inconmensurables, ese momento es algo inefable y divino: nuestro cuerpo se aliviana, la mente se calma, el corazón se inunda de sensaciones de gratitud, alegría y armonía fundidos con el entorno, y nos sentimos con un nivel de devoción hacia la Naturaleza que casi nos hace

llorar de emoción. Su belleza y grandiosidad nos llena el alma, y nos damos cuenta que estamos inexplicablemente muy unidos a ella desde nuestros orígenes, como si ese instante significara un reencuentro con ella y también una reconexión con algo muy profundo y antiguo de nosotros mismos. Nos sentimos vivos, nuestra vitalidad se renueva, nuestros sentidos se despejan, y nuestro espíritu se funde con ella. Nos cuesta poner esto en palabras, pero el impacto y la admiración que en esa situación tenemos hacia la Naturaleza es de una comunión tan profunda con ella, que vivimos una experiencia “extraordinaria” de conexión con el entorno de tal magnitud que esa admiración se expande y abarca también al universo, sobre todo si de noche nos permitimos contemplar la luna y las estrellas. Esta vivencia claramente no nos ocurre en medio de nuestras rutinas cotidianas ancladas en ciudades opacas y ordinarias.

Este sentir hacia y con la Naturaleza, es una experiencia que, si bien podemos vivir en un estado ordinario de consciencia, al mismo tiempo pienso que se acerca bastante al sentimiento que posibilitan los psikedélicos, a la vivencia de estar conectados con un poder superior; aunque obviamente esto ocurre en una medida muy pequeña. En cambio, bajo un estado “extra-ordinario” de consciencia esto se siente tan amplificado que resulta inconmensurablemente avasallador, a tal punto que desaparece la individualidad al fundirse con la totalidad y lo divino.

Pienso también que este sentimiento de lo sagrado conectado con la Naturaleza y propiciado por ella, debió haber estado presente en la humanidad desde sus orígenes, porque de otra forma no me explico la verdadera adoración que han manifestado hacia ella todas las culturas aborígenes de América y de otras partes del mundo que se han desarrollado en medio de un contacto tan estrecho con los entornos naturales. O sea, lo que sentimos cuando recorremos un Parque Nacional creo que es la base del mismo sentimiento que han tenido nuestras naciones nativas al admirar la Naturaleza. Esa devoción que hoy sentimos en un paseo es un sentimiento común con la vivencia indígena de veneración de las grandes montañas, de las inagotables

fuentes de alimento y agua, del cobijo de los árboles más antiguos, y de todo aquello que se reverenciaba por sus atributos divinos.

Nuestros pueblos indígenas debieron percibir esto desde un principio, y además lo amplificaron con el uso de plantas, hongos, cactus y animales, que se convirtieron en sagrados justo por ayudarles a potenciar este sentimiento de lo divino (entre otras razones). Hoy en día son precisamente las especies que consideramos psikedélicas desde nuestra cosmovisión occidental. De hecho, pienso que cuando los occidentales recorremos impactantes entornos naturales, cobijamos un sentimiento que está al borde de la devoción, y honestamente, con esa sensibilidad es muy fácil terminar adorando a las montañas y los ríos, y adquirir un respeto profundo e inefable hacia la Naturaleza. Su belleza, perfección e inmensidad nos arrebatan el aliento, y su fuerza nos conmociona a tal punto que nos empequeñece de sobremana; basta estar en medio de una furiosa tormenta en la selva como para arrodillarse con temor y reverencia ante ella. Y esto obviamente se condice con el respeto que le han manifestado nuestros indígenas, y con el cuidado cotidiano que le han dedicado a la Naturaleza.

Nuestras naciones aborígenes han estado conectadas con algo muy real, vívido y lúcido, que además ha sido un sentir sumamente cotidiano porque han vivido inmersos en estos contextos. Pero los entendimientos antropológicos actuales afirman que los nativos han hecho una lectura animista de la realidad, como si hubiesen visto cosas que no hay, o como si su comprensión hubiese sido básica o afectada por el agobio de no poder ejercer un completo dominio sobre la Naturaleza (coacción que por lo demás ha sido el sueño de nuestra cultura occidental, y no de los indígenas). Lo cierto es que esta opinión carece de corazón y experiencia, porque no considera que perciben la parte más viva de la realidad y que habitan en ella. Nuestra distancia actual con los entornos naturales —establecida con el desarrollo de las ciudades, industrias y tecnologías— ha generado una separación abismal con la Naturaleza, por lo que hoy también vivimos alejados del sentimiento de lo divino en la cotidianidad, del arrebato del aliento que logramos vivenciar en los espa-

cios reducidos de tiempo que nos permite nuestra forma de vida actual, como son unas breves vacaciones o unas cuantas caminatas durante algunos días libres del año.

El vínculo con lo sagrado ya está disponible en nosotros, porque al ser parte de la maravilla que es la vida, tenemos algo de la chispa de la divinidad y por lo tanto la posibilidad de acceder a ella. Y los psiquedélicos efectivamente potencian este acercamiento. Además, lo hacen estando o no en un entorno natural, porque como se ha visto en varios estudios actuales, el sentimiento de lo divino se ha podido recrear en entornos clínicos. Aquí se habló de la Naturaleza como un ejemplo de una vivencia que se acerca a esa sensibilidad de lo sagrado, para volverla un poco más comprensible o accesible hacia aquellas personas que no han tenido experiencias místicas con psiquedélicos. Y considerando que este sentir se ha podido replicar en contextos clínicos, se entiende que en Occidente le demos importancia a la activación de una parte del cerebro que funcione como canal de conexión entre el ser humano y la divinidad; ya que el hecho de poder reproducir estas vivencias en cualquier lugar al ingerir un psiquedélico, podría llevar a concluir que la facultad de vivir lo sagrado es algo que está en alguna parte de nosotros mismos. Y dado el énfasis que ha hecho la ciencia sobre la relevancia del cerebro en nuestra existencia y en nuestro desarrollo y vínculo con el entorno, se entiende que se pueda pensar que esta respuesta se encuentra en él.

La importancia que se le da actualmente al cerebro es algo que se consolida en el siglo XIX con el interés que se generó en la medicina occidental sobre el estudio del sistema nervioso, lo que se gesta al mismo tiempo en algunos países y desde el campo de la anatomía, o sea desde la parte material de este órgano. En esa época toma lugar también la frenología, tratando de comprender el comportamiento humano a través de la conformación externa del cráneo, y también impulsando indirectamente el estudio de los psicofármacos, es decir, de las sustancias que tienen efectos sobre el sistema nervioso central. Como ya se dijo, es en este momento cuando la farmacología se define como disciplina independiente.

Sin embargo, ya se venía configurando con anterioridad y paulatinamente el origen del interés en el cerebro, ya que en el siglo XVII el sistema nervioso es uno de los hallazgos anatómicos de la época. Además, el enfoque mecanicista que ya iba caracterizando a la medicina, y el desarrollo de nuevas tecnologías —como el microscopio— en ese período, permiten comprender no sólo los inicios del interés actual que se tiene sobre él, sino que también la forma en cómo se ha estudiado. En la actualidad se sabe desde la ciencia occidental que el cerebro es el órgano más importante en cuanto a la capacidad de configuración y regulación de nuestra forma de ser: siendo responsable de nuestros comportamientos, pensamientos, ánimo, emociones, hasta de lo que olvidamos de nosotros mismos o incluso del desarrollo de nuestra espiritualidad.

Aquí no se pondrán en duda las innumerables investigaciones que se han realizado hasta la fecha sobre las funciones cerebrales y sus magníficos resultados que han permitido el despliegue de nuestra forma occidental de hacer ciencia y de comprendernos a nosotros mismos, pero sí se debe recordar que han existido otras formas de estudio de nuestras funciones y capacidades, así como también ha habido otras formas de hacer ciencia en la historia de la humanidad.

El acercamiento que tuvieron —y siguen teniendo— nuestras naciones aborígenes sobre la realidad, es también una forma de hacer ciencia, que además cuenta con los mismos principios que tiene la nuestra occidental. Y para entender esto, lo primero que hay que hacer es despojarse de las convicciones que tenemos arraigadas, de “nuestros propios dioses”, como bien dice Stefano Varese, un antropólogo peruano que respeto y admiro mucho, y que expresa con claridad nuestra dificultad para conocer las cosmovisiones indígenas, al destacar nuestra incapacidad de prescindir de nuestras propias creencias para poder sumergirnos en otras. Él incluso dice que no hemos podido llegar a entender realmente las culturas nativas porque “no creemos en sus dioses”, y que cuando eso ocurra, lograremos comprenderlas. Sinceramente creo que es una de las declaraciones más lúcidas que he escuchado en mi vida.

Para comprender esto, primero hay que poner atención sobre el tipo de conocimientos que desarrollaron los nativos. Por ejemplo, en el ámbito de la medicina, notaron que ciertos vegetales son doctores (tal como los indígenas y vegetalistas los denominan), descubriendo las facultades idóneas que poseen para el ejercicio médico. Para llegar a estas conclusiones tuvieron que constatar las propiedades curativas de cada uno de estos vegetales, diferenciando a unos de otros, llegando a definir sus características terapéuticas singulares y por lo tanto logrando comprender cuándo alguno debía participar en un tratamiento particular, y de qué forma. Por medio de la práctica fueron confirmando sus conocimientos y desvelando técnicas curativas para tratar cada malestar, lo que da cuenta de un despliegue de pruebas empíricas basadas en observaciones sobre la realidad. Esto les permitió elaborar medicamentos en base a vegetales con un nivel de precisión asombroso, logrando aliviar síntomas específicos con fórmulas exactas, al determinar qué parte de la planta (corteza, semilla, hoja, flor, raíz) al ser preparada de cierta forma (en infusión, cocción, prensada, seca, etcétera) y administrada con determinada periodicidad, genera los efectos que se buscan sobre una parte enferma del organismo. Y no sólo eso, sino que también establecieron que distintas dosis de una misma planta pueden generar diversos efectos terapéuticos, como ocurre con la ipecacuana (*Cephaelis ipecacuana*), que en altas cantidades es emética, mientras que en pequeñas porciones es sudorífica y expectorante, y en una ración menor estimula el estómago, incentivando el apetito y facilitando la digestión. Este simple ejemplo muestra el alto grado de conocimiento botánico que han tenido los indígenas, y que está basado en la evidencia, el empirismo y la observación.

Poder llegar a este tipo de certezas médicas y botánicas, es resultado de un minucioso y riguroso estudio, de acopio de detalladas observaciones y corroboraciones que demuestran cómo se perpetúa en el tiempo lo que se vive y se ve. Esto significa que tanto los indígenas como los occidentales creemos en lo que contempla la mirada científica porque nos basamos en la evidencia. Algo interesante que destaca la importancia que esto tiene en la Amazonía, es que a

los médicos Vegetalistas se les llama también “empíricos”, según indica Luis Eduardo Luna en su estudio doctoral sobre esta forma amazónica de curanderismo.

Sin embargo, la parte que nos cuesta entender a los occidentales es el ámbito espiritual que tienen todos los conocimientos indígenas, lo que calificamos como animismo, sobrenatural o mágico, expresando además una supuesta falta de evidencia porque no podemos verlo, asegurando por ello que carece de existencia. Por eso este aspecto ha sido referido por la antropología como una lectura de la realidad, y no como la realidad misma, a pesar de que sea una parte medular de la ciencia indígena, y por lo tanto de su aprehensión y ejecución.

Pero si se trata de entender lo que es y cómo actúa un espíritu vegetal, hay que comenzar definiendo este concepto. La etimología occidental del término “espíritu”, refiere al “soplo vital”, al “hálito o aliento vital”, por lo que alude a la fuerza o energía de vida contenida en este caso en determinada planta. Por lo tanto, reconocer el espíritu en algo es prácticamente señalar que está vivo, que posee una forma de existencia con cualidades vitales específicas, tal como se reconoce que el ser humano tiene espíritu (que algunos identifican con el alma).

Cuando se ingiere en diversas ocasiones una misma planta amazónica (una especie o variedad botánica) que trabaja en el ámbito curativo de la espiritualidad, en todas estas experiencias se nota que aumenta la cantidad de vitalidad que se tiene y que mejora su cualidad. Además, se percibe un efecto específico, una acción que repercute de forma singular sobre nuestra propia energía vital (por ejemplo, sacando rabias, calmando la mente o reencantando con la vida). Los indígenas identificaron esta influencia como el espíritu o el genio del vegetal, que, por operar cada planta de forma particular, los pudieron individualizar, diferenciando a unos espíritus de otros hasta dar cuenta de sus atributos distintivos. Por esta razón, cada genio se describe con sus propias características. Asimismo, como notaron que varios actuaban de manera beneficiosa y terapéutica, a ellos los comprendieron

como fuerzas de carácter curativo, llamándolos médicos o doctores. Y entendieron que estos influjos están vivos por el hecho de que actúan en nuestra energía, ya que al incorporarlos otorgan más vitalidad, reconociendo que conceden la vida que está contenida en ellos. Concluyeron que, si se integra algo que revitaliza es porque posee vida, y eso es lo que se adquiere cuando se ingiere un vegetal: su fuerza vital. En definitiva, este entendimiento da cuenta del fortalecimiento y reanimación que ejercen las fuerzas vegetales sobre nuestro espíritu, pero sobre todo explica cómo esta acción benéfica reporta mejoras en nuestro estado de salud, que además son específicas de acuerdo al tipo de planta que se tome.

Este encuentro entre nuestro espíritu y el de un vegetal también se explica en el ámbito de la salud física, porque lo tangible y lo inmaterial tienen vínculos estrechos en la cosmovisión indígena. Si por ejemplo se evidencia que determinada planta tiene la aptitud de cicatrizar heridas, su presencia se requerirá en situaciones que lo merezcan, y a su temperamento se le adjudicará la capacidad de actuar con esa firmeza y constancia sobre esta circunstancia en particular, y no sobre otra. Las fuerzas vegetales están vivas, y por eso cada una posee y manifiesta un carácter singular, un efecto específico sobre nuestro organismo. Los nativos reconocen que no todas las formas de vida son iguales, comprenden que no todas las plantas ejercen las mismas acciones. Cada una tiene su propio carácter. La labor terapéutica de un vegetal da cuenta de su singular naturaleza o personalidad, y se le adjudican determinadas facultades según la forma en que se expresa su energía vital. Individualmente poseen un temperamento particular porque cada planta opera bajo ciertas condiciones y en una clara dirección, dejando de actuar en circunstancias que se entiende que no son de su agrado, es decir cuando se observa que no tiene efecto porque no revela su fuerza vital. Por ejemplo, una planta se puede describir como celosa porque necesita un espacio propio para trabajar, y se comprende que no le gusta ser combinada con otras plantas porque se observa que no se manifiesta si se administra junto con otra. Del mismo modo, un espíritu vegetal se puede enojar cuando se aplica al mismo tiempo que se transgreden

las condiciones que se ha observado son las adecuadas para que se presente, pudiendo revelar su molestia por medio de la expresión de alguna enfermedad en vez de propiciar una acción curativa. Este mismo entendimiento procede sobre el ámbito de las curaciones espirituales, en el que cada fuerza vegetal se fue singularizando de acuerdo a su forma de acción específica, siendo identificada y descrita según los atributos que posee y que se observa que influyen sobre nuestra vitalidad.

En el ámbito espiritual los vegetales ejercen su influencia sobre nuestra energía vital, por eso se entiende que trabajan en el terreno del espíritu. Y si bien este campo también se beneficia de medicinas que operan en el cuerpo (por ejemplo, cuando se revitaliza y mejora el ánimo como consecuencia de una curación física), los nativos comprendieron que existen algunos vegetales que focalizan y priorizan su trabajo con fuerza y especificidad sobre nuestro espíritu, aunque también liberan al cuerpo de cargas cuando sanan en el terreno espiritual (como cuando se siente menos peso físico luego de curar heridas emocionales o intensas culpas que se cargaban en la historia de vida). Las dimensiones tangibles e inateriales de lo humano están vinculadas, y los indígenas lo entendieron con profundidad, observando que, si bien todas las plantas influyen en ambas (porque ellas también tienen aspectos tangibles e inateriales), hay algunas especialistas tanto para el cuerpo como para el espíritu.

El hecho de apreciar una cierta constancia, una determinada presencia vital cada vez que se administra una misma planta (una especie o variedad botánica), no significa que esas vivencias sean idénticas, porque lo cierto es que cada una es única, e incluso son muy diferentes una de la otra. Pero lo que ocurre es que en todas esas oportunidades se captan ciertas propiedades de ese ser sensible, y no otras, por lo que se va gestando un vínculo con aquello que se manifiesta con constancia durante todas esas experiencias. Hay algo invariable en la totalidad de los encuentros que se pueden tener con un vegetal en particular, y eso habla del carácter de esa planta, de lo que distinga a su energía vital, al mismo tiempo que la diferencia de la que

poseen otros vegetales. Por eso en la selva se dice que vas estableciendo una relación con cada planta a medida que la incorporas una y otra vez, porque vas reconociendo uno por uno a estos genios, identificando y vivenciando sus singulares cualidades y fuerzas específicas. Si volvemos al ejemplo de salud física, sería como reconocer que determinado vegetal siempre cicatriza, aunque todas las veces que se administre sean situaciones diversas, pudiendo en ocasiones actuar con mayor rapidez o requiriendo más atención en su aplicación de vez en cuando. A pesar de esas diferencias, vas reconociendo cómo actúa sobre las heridas, el alcance que tiene, las formas de potenciar su presencia o acción, los cuidados que requiere su aplicación, y las prohibiciones que aseguran que se manifieste su espíritu para así obtener sus beneficios (como sería evitar humedecer la herida para que pueda secar y cerrar).

Por tomar un ejemplo concreto del ámbito espiritual amazónico, cuando haces un retiro o dieta tradicional e ingieres el renaco (*Ficus sp.*) siempre te conectas con lo que esa planta trabaja, por lo que vives situaciones que se condicen con lo que caracteriza al espíritu de ese vegetal. Aprecias cuál es la forma de vida que contiene esa planta, lo que al mismo tiempo la distingue de las demás. En este caso, el renaco te vincula con la experiencia de “encantarte con la vida”, propicia sentimientos de reencuentro con ella, de reconciliación contigo mismo y con cosas que te gustan, genera una disposición y afecto de “abrazar la vida”, como un enamoramiento hacia la existencia. Este es su genio, que expresa sus cualidades que trabajan sobre nuestra propia energía vital. Se podría decir que son los efectos que genera esta planta. Y también ocurre que, en su parte material, este árbol además de sus ramas, desarrolla unas lianas con las que se abraza a sí mismo y a otros vegetales que están a su alrededor. En este caso, el espíritu de la planta se evidencia también en su parte material, se vuelve tangible en sus características botánicas y en su forma de vincularse con el medio: su genio que abraza se observa. Su fuerza vital se fue contemplando y constatando no sólo en su dimensión más concreta, sino también en sus consecuencias o efectos espirituales. Y por eso se sabe qué es lo que hace el renaco, en qué

consiste su presencia, qué te ocurre cuando te encuentras con él al momento de ingerirlo en una dieta. Obviamente no todos los seres sensibles de la selva se pueden apreciar tan claramente como en este caso —porque la ciencia indígena tiene una complejidad mayor que la que podemos entender—, pero lo cierto es que los ejemplos que nos pueden resultar más claros son muchísimos.

Para entender esto más concretamente, se puede extrapolar a una situación cotidiana: vincularse con el mismo espíritu de un ser sensible del Amazonas, sería como tener un amigo muy culto y querido con el que aprendes y reflexionas cosas nuevas cada vez que lo ves. En cada momento que te encuentres con él, sabrás que despertará tu capacidad reflexiva y que llenará tu corazón y entendimiento de cosas nuevas y bellas, aunque todas esas veces conversen de cosas distintas, siendo por lo tanto experiencias diversas. Del mismo modo en que puedes identificar a tu amigo en la singularidad de estas oportunidades, también se reconoce a los genios de los vegetales cada vez que acontece un vínculo con ellos. Y además ellos saben que eres tú cada vez que los visitas, porque los indígenas no sólo comprendieron que estos seres están vivos, sino que también dieron cuenta que tienen memoria y consciencia, tal como se ha evidenciado en recientes estudios como los que realiza Stefano Mancuso sobre las plantas. Por ejemplo, la ayahuasca siempre considera hasta donde has avanzado en tu trabajo personal durante el tiempo transcurrido desde la última vez que la visitaste. Incluso a veces retoma la labor en el mismo punto donde quedaron en la ceremonia anterior. Ella no va a ignorarte, sabe que eres tú, identifica tu singularidad, admite tus complejidades, tus esfuerzos y dificultades, y desde ese reconocimiento mutuo su espíritu se vincula con el tuyo. Todo esto se percibe cuando te encuentras con ella, y a veces incluso ella lo explicita. Es debido a esta sensibilidad —que se adquiere cuando se toma una planta como la ayahuasca—, que es factible notar la presencia de otro ser sensible cuando se ha añadido un vegetal distinto a su preparación tradicional. Del mismo modo, si se está haciendo un retiro y se toma ayahuasca, en ese momento se puede apreciar el genio de la planta que se está dietando, porque la

ayahuasca despierta una mayor perceptibilidad hacia estos mundos invisibles —y no sólo hacia ella misma—, volviéndolos tangibles cuando habitas su mundo espiritual.

De esta forma se comprende que los indígenas desarrollaron tecnologías vegetales que permiten ver más allá de lo visible, obteniendo información sobre lo espiritual que está contenido en lo material. César Calvo, un escritor peruano —que retrata la selva maravillosamente—, en su novela *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía* (1981) señala que con ayahuasca “uno se vuelve transparente como un cristal”, pudiendo acceder a ese mundo de los seres sensibles e intangibles que es propio de la selva. Lo refiere como un universo “transparente” porque es invisible ante nuestra mirada ordinaria. O sea, la ayahuasca amplifica nuestro espíritu para poder habitar la dimensión más viva de la existencia, aumentando la percepción y consciencia que tenemos sobre nuestra fuerza vital para equipararnos a los mismos términos de la realidad inmaterial, permitiéndonos de esta manera compartir el predominio y el vigor de lo espiritual.

En cambio, la ciencia occidental ha optado por una vía más concreta de entendimiento de la realidad, y sus tecnologías han apoyado ese desarrollo, incluso para dar cuenta de lo que hay más allá de lo que alcanzan a apreciar nuestros sentidos. Por ejemplo, el microscopio permite ver más allá de lo visible, pero se sigue quedando en la materia; lo mismo hace el estudio farmacológico de moléculas, que caracteriza aún más lo tangible.

Los indígenas también desarrollaron formas de ver más allá de lo concreto, al igual que lo hace un neurocientífico que al observar un cerebro ve mucho más que sesos, pudiendo visualizar neuronas, neurotransmisores, circuitos y zonas en las que se ubica el quehacer humano. Los nativos tomaron una vía diversa a la nuestra (que es tangible), y se enfocaron en la vida que alberga la materialidad, es decir en los espíritus de los vegetales y de la selva misma. Este aspecto de las culturas indígenas nos cuesta comprenderlo porque, como dice Varese, “no nos des-

prendemos de nuestros dioses”. Todo lo que no sea tangible, todo lo que no se vea, nos genera dudas de existencia. Nuestra ciencia occidental se ha basado en el estudio de la materia para fundarse y perpetuarse, y este probablemente sea nuestro “dios” o nuestro problema para acceder a otras formas de ciencia.

Esta diferencia entre los saberes occidentales y los nativos, se evidencia por ejemplo cuando cada uno observa un vegetal. Nosotros inmediatamente lo encasillamos de acuerdo a nuestros conocimientos: según lo que dice la botánica sobre su estructura, o conforme lo que indica la farmacología acerca de sus principios activos. En cambio, los nativos pudieron observar la forma de vida que está contenida en esa misma planta, logrando de esta manera establecer y caracterizar el espíritu que habita esa materia vegetal. Esto manifiesta cómo se pueden generar diversos conocimientos al poner atención en distintas dimensiones de una misma realidad. Los indígenas lograron ver cosas que nosotros no vemos en aquello externo que ambos somos capaces de observar. Ellos lograron percibir con su extraordinaria sensibilidad la vida de esa materia, y por eso los catalogamos como animistas. Y según esta clasificación nosotros seríamos materialistas.

Probablemente nos ha costado reconocer la validez que tienen los saberes animistas indígenas porque tendemos a pensar que sólo el ser humano tiene espíritu, a pesar de constatar que otras especies están vivas. No establecemos una relación obligatoria entre el hecho de estar vivo y el poseer espíritu, excepto en los humanos. Hemos establecido que es correcto negarles la dimensión espiritual a los otros miembros de la Naturaleza, independiente de si los consideramos vivos o inertes, y así lo afirma nuestra ciencia. Además, nuestro concepto sobre la vida es material, porque se la atribuimos a algunos seres en la medida en que nos parezca tangible su vitalidad por medio de alguna prueba palpable y visible. Por ejemplo, en el caso del reino animal establecemos esta cualidad vinculada con lo que denominamos signos vitales, los que son señales físicas de presencia de vida, como la respiración y los latidos del corazón.

En cambio, los indígenas observaron que todo lo que está vivo tiene también un espíritu, estableciendo estas cualidades como indesligables. De esta forma constataron que la presencia de ambos fenómenos se extiende más allá de lo puramente humano, ya que las evidenciaron en otros seres de la Naturaleza (tal como se ha explicado con las plantas). Su entendimiento respecto de lo que está vivo es más amplio, sensible y considerado con el entorno, porque lograron apreciar a la Naturaleza y sus diversos miembros como fuerzas vivas en la medida en que ejercen una cierta influencia sobre nuestra propia fuerza vital y la de otros entes sensibles. Incluyeron este influjo dentro de la conceptualización de lo que está vivo, y lo comprendieron como una manifestación de su espíritu. Por ejemplo, observaron cómo afectan los astros, las fuentes de agua, los fenómenos climáticos, las montañas, las plantas, hongos y animales, reconociendo su genio en sus singulares influencias. Y en este sentido, apreciaron lo mismo que ha corroborado nuestra ciencia: que el sol, el agua y los fenómenos climáticos son indispensables para la vida en nuestro planeta, que las montañas son muros que resguardan la vida porque protegen y cobijan territorios, que las plantas, hongos y animales son guardianes porque preservan tanto a su especie como a otras debido a su interdependencia. Y por eso los nativos los adoraron y les atribuyeron espíritu, porque comprendieron su rol único y protagónico en el milagro de la vida, entendiendo la magnitud de su importancia, y reconociéndoles por ello su cualidad divina.

Para llegar a este conocimiento, los nativos estudiaron las fuerzas naturales por medio de la observación y del empirismo, estableciendo las características que se manifiestan de forma constante en las experiencias que se tienen con estos seres, pudiendo comprender esas energías vitales como espíritus, logrando singularizarlos y describirlos tanto de forma individual como con sus interacciones, del mismo modo como lo hicieron con las plantas. Esto implica que el desarrollo de sus conocimientos está basado en la evidencia, tal como ocurre en nuestro ámbito científico. La producción de sus saberes es resultado del minucioso estudio que hicieron sobre la Naturaleza, al igual que lo ha hecho nuestra cultura para generar su ciencia. Ellos admi-

nistraron los mismos métodos que hemos utilizado nosotros para acceder al mundo: las metodologías científicas. De hecho, si sus conocimientos no hubiesen estado firmemente enraizados en la realidad —su entorno—, no se habrían percatado de lo que ocurría alrededor, y lo cierto es que se vincularon con lo externo con tal intimidad que pudieron generar sus culturas sólidas que dan cuenta y reflejan en detalle lo que es su medio. Además, para sobrevivir en cualquier situación, es indispensable manejar información sobre el contexto, lo que prueba la calidad de los saberes basados en la evidencia que han generado y administrado las naciones indígenas.

Cada marco cultural —el indígena y el occidental— ha puesto atención sobre una dimensión de la realidad, dándole relevancia e investigándola hasta desplegar cuerpos de conocimientos que son únicos para cada sociedad, y por lo tanto muy distintos al ser comparados, a pesar de haber utilizado los mismos métodos para construir sus respectivos saberes sobre esa misma realidad. En definitiva, los indígenas han mostrado un enorme interés por lo que hemos denominado animismo, desarrollando conocimientos sobre la parte viva del entorno a través de metodologías científicas. En cambio, nosotros nos focalizamos en el aspecto material del mundo, que es donde habita esa fuerza vital que han explorado los nativos.

Entonces tanto los indígenas como los occidentales hemos utilizado una forma científica para acceder al mundo, sirviéndonos de las mismas metodologías para el desarrollo de los conocimientos que atañen a cada uno. Son los métodos los que definen que algo pueda ser catalogado de ciencia o no, los procedimientos bajo los cuales se obtiene información. Los nativos comprobaron durante siglos que sus descubrimientos y saberes mantenían una cierta permanencia en el tiempo, tal como nos ocurre con los nuestros. La sabiduría indígena se mantiene a lo largo de los años no sólo porque se transmite con efectividad, sino que también porque el universo que constata y explica sigue siendo el mismo con el paso del tiempo, al igual que lo demuestra por su parte nuestra ciencia.

Bajo estas consideraciones se puede concluir que la experimentación empírica no sólo ha impulsado el surgimiento de la cultura moderna, sino que también el de las tradiciones indígenas, permitiendo para ambas sociedades la corroboración de aquello que se va descubriendo, generando un conocimiento basado en la evidencia. El método científico no es exclusivo de los occidentales ni de la modernidad, ya que también ha sido parte del desarrollo de las naciones nativas. Desde esa solidez emergen las culturas y cosmovisiones aborígenes, sosteniendo una coherencia interna que se condice con la realidad externa, del mismo modo que nos ocurre a nosotros con los saberes occidentales. Tanto unos como otros hemos desplegado las respectivas existencias cotidianas en función de los conocimientos que hemos generado sobre el mundo, que, si bien son diferentes, al mismo tiempo son válidos y legítimos porque se condicen con el entorno. De una determinada realidad se pueden hacer distintas observaciones, cuando se utilizan los mismos métodos de obtención de información para acceder a sus diversas dimensiones.

Sin embargo, nos ha costado entender a los nativos, porque “no creemos en sus dioses”, como dice Varese. Nuestra incredulidad se ha establecido porque no hemos considerado que estudiaron la dimensión de la vida que es parte de la realidad, y porque no hemos comprendido su conceptualización y valoración respecto de lo que está vivo y tiene espíritu. Además, no hemos creído en ellos porque la forma en que expresaron sus descubrimientos científicos dista bastante de los formatos occidentales.

La ciencia indígena ha ido declarando sus hallazgos principalmente bajo la forma de lo que la antropología ha llamado relatos míticos, narraciones orales y cantos sagrados, y han manifestado con ellos sus cosmovisiones sobre el origen y funcionamiento del mundo, gestando un entendimiento sobre la existencia que da cuenta de su parte viva. Estos formatos de transmisión de conocimientos comunican los descubrimientos que se han ido constatando sobre la realidad por medio de historias, imágenes, arte y sentimientos, lo que implica que la ciencia nativa cuenta con expresiones enriquecidas

de vitalidad, significados, emotividad, belleza y poesía. De esta manera han ido educando a sus futuras generaciones, legándoles su saber, y enseñándoles la mejor forma de entender y habitar su entorno, lo que en definitiva es una tarea de la ciencia. Se puede afirmar que las cosmovisiones nativas corresponden al conjunto de respuestas que han ido obteniendo durante siglos al investigar el mundo, y que dan cuenta de conocimientos consolidados, porque su certeza y solidez les han permitido subsistir en su medio, al igual que nos ha ocurrido a nosotros con los saberes occidentales. A lo largo de una historia de observaciones y empirismo, los indígenas fueron adquiriendo una concepción sobre la parte viva del universo, su forma de funcionamiento y las estrategias que deben desplegar para que se perpetúen sus pueblos hacia el futuro. Lo mismo hemos descubierto y alcanzado nosotros con un método idéntico, pero enfocándonos en el aspecto material.

Cada una de estas ciencias utiliza un lenguaje singular para expresarse. El nuestro se esfuerza por ser concreto, directo y objetivo, buscando estandarizarse, limpiarse de metáforas y simbologías que puedan ser inexactas y provocar malos entendidos. El estudio de la parte material de la realidad debe ser preciso y riguroso, porque lo tangible es delimitado, y en este sentido, inequívoco. Nuestra ciencia occidental guarda una cierta armonía con su objeto de estudio, con la materia de la realidad. En cambio, la lengua indígena es muy rica en sensibilidad, metáforas e imágenes cuando da cuenta del medio externo, porque lo cierto es que no hay forma de referir la parte animista del mundo si no es con expresiones orgánicas, múltiples y llenas de sentidos. Los espíritus y las fuerzas de la Naturaleza están tan vivos como la lengua que los manifiesta. Entonces se observa que el lenguaje de cada ciencia se corresponde con la dimensión de la existencia que estudia y con el contenido de sus descubrimientos, mostrando ambas culturas una coherencia interna entre estos aspectos.

Entendiendo un poco más sobre la ciencia indígena y el nivel de sensibilidad de las observaciones que la configuran, al reconsiderar el foco en el cerebro de la ciencia occidental, hay que aclarar que en su

desarrollo cultural y científico los nativos consideraron que otras partes del cuerpo humano son más fundamentales y determinantes sobre nuestra forma de ser y existir. Y, de hecho, no se concentraron como nosotros en el cerebro. Por ejemplo, es sabido que, en la medicina tradicional mexicana, diversos pueblos indígenas han establecido que es en el estómago donde se alojan las emociones y sentimientos. Para ellos aquí reside: estar contento, animado, de buen humor o satisfecho, así como estar preocupado, triste, enojado u ofendido. También hay expresiones populares —tanto en México como en Chile— que declaran que en este órgano se encuentra la fuerza y disposición que se necesitan para enfrentar situaciones difíciles, tal como manifiesta la frase “hay que tener estómago para...”. Además, los Nahuas o Aztecas —del México actual— valoran al hígado como uno de los centros anímicos más fundamentales del cuerpo (junto con el corazón y la cabeza), observando que en él residen los sentimientos y emociones, así como la fortaleza para enfrentar desafíos; consideran que en este órgano se encuentra la fuerza emocional, el deseo, las pasiones, la alegría y el placer.

También el Vegetalismo amazónico observa que en el aparato digestivo se alojan sentimientos de rabia y pena, existiendo una planta purgativa que permite su liberación, llamada ojé (*Ficus anthelmintica*). Este vegetal permite la salida de estas emociones, y trabaja en esta parte del organismo —en las entrañas—, pudiendo generar una evacuación de fecas que en términos coloquiales se podría referir como expulsar la basura emocional. Y ocurre que cuando se ingiere esta planta, efectivamente se calman las rabias y penas, mostrando con evidencias su forma de acción, y por lo tanto manifestando cómo trabaja su espíritu sobre el nuestro, expresando de qué forma opera sobre nuestra vitalidad. Asimismo, el Vegetalismo observa que cuando ha habido bastantes sufrimientos en la infancia de la persona —muchas penas y rabias específicamente— en el área abdominal se aloja el “pulsario”, una enfermedad que produce una pulsación en esta zona, generando un continuo malestar estomacal; para tratar este problema se debe realizar una curación chamánica, para que se desaloje de este lugar.

Lo interesante es que hoy en día desde la ciencia occidental se ha observado que la zona digestiva —y en especial los intestinos—, cuenta con formas autónomas de llevar a cabo ciertos procesos, y que además estos se vinculan fuertemente con el ánimo y los sentimientos, sobre todo con la rabia, el estrés y la ansiedad. Incluso se ha descubierto que en el intestino residen millones de neuronas que trabajan de forma independiente al cerebro, por lo que no seguirían sus órdenes. Hasta se está hablando de los intestinos como un “cerebro emocional”, o como un “segundo cerebro”. Con estos descubrimientos nuestra ciencia está respaldando la sensibilidad que han tenido diversas naciones indígenas americanas para comprender el funcionamiento de nuestro organismo, priorizando otros órganos —y no el cerebro— para comprender procesos anímicos, que son tan invisibles como los espirituales, porque las emociones tampoco se ven. Esto vuelve a destacar la capacidad indígena de dilucidar realidades “transparentes como un cristal”, es decir, cosas que son parte de la realidad material, pero que no se ven a simple vista o desde la mirada ordinaria.

También diversas naciones indígenas del continente americano han considerado al corazón como un centro caracterizado por tener un nivel de relevancia como el que nosotros le adjudicamos actualmente al cerebro. Por ejemplo, los Nahuas identifican a aquellas personas que hoy nosotros diríamos que tienen problemas mentales con un término propio de su lengua —*yollopoliuhqui*— que se traduce como “el que ha perdido el corazón” (mientras que nosotros diríamos “el que ha perdido la cabeza”). Esto porque ellos valoran al corazón como lo que da vida, identificando en él las funciones intelectuales, la sensibilidad y el pensamiento; y lo mismo observan los Maya. De algún modo, esto es lo que nosotros contemplamos en la actualidad como parte de lo que es el psiquismo, que una vez más lo atribuimos al funcionamiento del cerebro, nuestro órgano predilecto en el ejercicio de la comprensión de nosotros mismos.

Asimismo, en diversos grupos indígenas que han habitado el territorio de México actual, el concepto de “espíritu” se emplea con el sen-

tido de “corazón”, y a veces también con el de “estómago”, equiparándolos. Por ejemplo, los Maya Yucateco tienen un término —*pixan*— que designa al espíritu y que se identifica a su vez con el músculo cardíaco. Estas concepciones dan cuenta del corazón como el principal centro anímico de la persona, siendo el encargado de dar vida. De esto se desprende que el corazón es el correlato material del espíritu, al ofrecerle una morada a la fuerza vital.

Además, los Maya Yucateco consideraron que el corazón se encarga de los ámbitos de la vitalidad, la afección, la memoria, la voluntad y la emoción, al igual que los Quichés de la antigüedad, en los que se han encontrado frases que al traducirse dan cuenta de que sus corazones: “lloran” frente a un dios, “nunca olvidan” a sus seres queridos, “estaban muy tristes”, “sabían todo”, “se cansaron”. Así mismo para otros grupos indígenas se ha identificado la frase “tengo un buen corazón” para expresar las buenas intenciones que se tienen. También entre los Maya las facultades del valor, la fidelidad y la amabilidad dependen de la calidad de cada espíritu-corazón, por lo que también es sede de ciertas cualidades individuales que pueden caracterizar a algunas personas.

Otro ejemplo son los Kallawayas (población indígena de Bolivia), quienes también observan que la parte más importante del organismo es el corazón, porque indican que éste es el pensamiento, las intenciones y las emociones, y además porque bombea sangre a través del cuerpo. Señalan que la sangre es el principio de la vida y que viene del músculo cardíaco, la que además le da poder al cuerpo; lo que concuerda con los grupos indígenas de América del Norte recién señalados. También los Kallawayas observan que la grasa le da poder al organismo, y que es el principio de la energía que viene de las entrañas, es decir del hígado, riñones, estómago e intestinos. Aquí se aprecia una vez más que el cerebro no es el centro de los pensamientos, y que de nuevo la zona digestiva y el corazón toman protagonismo.

También en el Amazonas, el corazón ha tenido una relevancia fundamental para el desarrollo de la vida de diversas naciones indí-

genas, influyendo tanto en su parte material como en la espiritual, que se viven y conceptualizan de forma indesligable. Por ejemplo, algunas palabras que designan los cantos sagrados en los Awajún —*anen*— y en los Achuar —*anent*— se vinculan en sus respectivas lenguas a este órgano. Por ello, estos cantos son súplicas íntimas que se hacen desde el corazón y que llaman a los espíritus para que ejerzan su influencia en la vida cotidiana.

El escritor peruano Pedro Favaron explica —con una belleza y sensibilidad inigualables— que en estos cantos no importan tanto las palabras como la intención con la que se recitan, indicando que esto da cuenta del corazón que las guarda y pronuncia. Los espíritus se conmueven con estas peticiones cuando son realizadas con una verdadera intención, colaborando con lo que se les solicita. Se aprecia que el corazón es la sede de los pensamientos en diversos pueblos indígenas amazónicos —como en los Awajún y los Achuar, así como en los Shipibo y en los Shuar—, ya que este órgano, por medio de su canto, manifiesta los pensamientos hacia el mundo espiritual. La palabra cantada es el habla de los tiempos míticos, es decir es la lengua de los espíritus, por lo que es un cántico sagrado. Los pensamientos e intenciones que se depositan en el canto que entona el corazón es lo que se comunica y solicita a los genios espirituales, lo que tendrá efecto —o no— de acuerdo a la fuerza del corazón del suplicante, al poder de sus pensamientos y según los vínculos que haya establecido con los diversos espíritus que conoció en los retiros o dietas tradicionales. Entonces de nuevo, en el mundo indígena no es a través del cerebro desde donde se originan las intenciones y los pensamientos que pueden generar cambios en el medio externo, sino que es a través del corazón.

En el Vegetalismo ocurre lo mismo, no sólo cuando se entonan cantos sagrados, sino también cuando se toman plantas. Este sistema médico adquiere como herencia indígena este mismo entendimiento, ya que en cada toma de vegetal se debe poner una intención al momento de beberlo e incorporar su espíritu. Y la ayuda que se necesita se debe pedir con la fuerza del corazón, lo que puede llegar a

conmover a los genios para que se presenten y colaboren en lo que se solicita. Esto ocurre cada vez que se va a tomar una planta, del tipo que sea, incluida la ayahuasca. Y ocurre que cuando se realiza psicoterapia asistida con ella, y el paciente le habla con esta fuerza cuando la va a ingerir en alguna ceremonia que se realiza en el transcurso del proceso psicoterapéutico, luego se observa que dicho proceso se desarrolla en concordancia con la intención que se puso en esa ceremonia, dirigiéndose hacia esos determinados objetivos terapéuticos. De esta manera, el espíritu de esta planta expresa su capacidad y nivel de curación vinculados a lo que se le manifestó, influenciando de manera específica sobre la fuerza vital de aquel que le imploró.

Cuando esta respuesta de la ayahuasca es explícita, la persona puede comprenderla con claridad y vincularla de forma directa con su intención. Sin embargo, otras veces es metafórica, y el individuo podría creer que no le contestó con concordancia a su solicitud, al no ser un lenguaje directo. Y para desentrañarlo está la labor del terapeuta que debe conocer previamente el genio de la ayahuasca, así como a todas sus dimensiones y formas de comunicación. Debe conocer la lengua de los espíritus para poder ayudar en su traducción, por lo que el terapeuta que realiza la psicoterapia también debe tener fuerza suficiente en el pensamiento que aloja en su corazón. En definitiva, el corazón es el medio que permite comunicarse con estos seres sensibles. Se aprecia que por medio del corazón se tiene una conexión con un poder superior, y no a través del cerebro, tanto si se trata del que toma ayahuasca o del terapeuta que lo acompaña en la traducción de las metáforas que ofrecen los espíritus.

En resumidas cuentas, se aprecia que en el universo indígena y Vegetalista amazónicos, el corazón es sede de la memoria, la sabiduría, el entendimiento, el pensamiento, la percepción, las emociones, la voluntad, las intenciones, la vitalidad, los estados de ánimo, el carácter, la comunicación e incluso el lenguaje, lo que además es un conocimiento común y presente en diversas naciones nativas tanto de América del Norte como del Sur. Y la verdad es que tiene sentido

que el corazón sea capaz de recordar, de intencionar, de comunicar o expresar, incluso de direccionar y de darle sentido a la vida y a la parte más material de nuestra existencia, porque por ejemplo cuando tomamos decisiones difíciles —que además nuestra cabeza no ha sido capaz de resolver—, la respuesta la suele tener el corazón. Y es su fuerza la que nos impulsa y sostiene en momentos desafiantes que requieren voluntad y determinación.

Lo interesante es que nuestra ciencia occidental apoya estas observaciones, porque ha descubierto que el corazón cuenta con su propio sistema neuronal, compuesto de miles de neuronas que tienen memoria, que procesan, aprenden, perciben, sienten y recuerdan, tal como afirman diversas publicaciones médicas y neurocientíficas. El corazón envía más señales neuronales al cerebro de lo que recibe de él, por lo que mantiene una cierta autonomía, al mismo tiempo que lo influye.

También nuestra ciencia evidencia que, al vivir una situación de emergencia hay decisiones que se toman con el corazón, porque las sensaciones que se originan en él llevan a la consciencia mejores respuestas y de forma más rápida que la velocidad que tiene el cerebro para ello. Esto indica que las corazonadas y la intuición cuentan con bases científicas porque se respaldan en información almacenada en las neuronas cardíacas, las que han sido llamadas por su descubridor —el Dr. Armour— como el “cerebro del corazón”. A este sistema se le considera responsable de regular la actividad eléctrica del corazón y de coordinar la contracción rítmica de sus células musculares, permitiendo que ocurran sus latidos de manera efectiva.

La neurociencia afirma que el corazón influye sobre nuestras percepciones y respuestas emocionales, al igual que la zona digestiva, y en especial los intestinos, como se indicó. Es llamativo que nuestros científicos si bien se dan cuenta de que existen otros centros importantes en nuestro organismo e independientes de algún modo de nuestro sistema nervioso, insistan en denominarlos “cerebro” (“emocional” en el caso de los intestinos, y “del corazón” para el

músculo cardíaco). Esto manifiesta nuestra dificultad para desapearnos de nuestros dioses, porque llamamos “cerebro” a todo centro que cumpla funciones importantes. Nos cuesta imaginar algo relevante que no se denomine de esta forma. Sin embargo, la ciencia indígena —que venera a otros dioses— constató que contamos con otras zonas de nuestro cuerpo involucradas en diversos procesos que nosotros sólo adjudicamos al ámbito cerebral. La sensibilidad de los nativos, junto con su minuciosa observación y búsqueda de evidencia, han permitido el desarrollo de este entendimiento científico indígena, que hoy nuestra ciencia está recién conociendo y estudiando.

Un ejemplo hermoso que nos enseña la etimología y que se vincula a esta sabiduría nativa es el origen de la palabra “recordar”, una de las capacidades que ellos comprendieron que aloja en el corazón. Este término viene del latín *recordari*, formado de *re* (de nuevo) y *cordis* (corazón), lo que significa que recordar es “volver a pasar por el corazón”, por lo que es mucho más que tener algo o a alguien presente en la memoria cerebral. Este entendimiento etimológico se origina en la antigüedad griega y romana, donde también se ubicaba a la mente y al pensamiento en el músculo cardíaco. También la palabra “acordar” tiene un origen similar, ya que viene del latín *accordare*, de *a* (proximidad) y *cordis* (corazón), lo que hace referencia a “unir los corazones” cuando se llega a un acuerdo. Entonces, tanto recordar como acordar serían hermosas e íntimas acciones que realizamos desde la profundidad del corazón.

En el trabajo psicoterapéutico que se realiza con los pacientes, llegar a sentir el propio corazón —despertándolo y despejándolo durante el proceso terapéutico luego de haber estado asustado, dormido, bloqueado, desmemoriado, dolido, roto, o traumatizado—, es parte de lo que se debe hacer para que la persona pueda contar con todas sus dimensiones. Porque como se dijo, carecer de una parte de uno es sinónimo de andar cojo por la vida, con las consecuencias que eso implica para el desarrollo de la espiritualidad y de cualquier ámbito de la existencia. Reanimar al corazón es parte de la curación, lo que sería equivalente a revitalizarlo, a nutrir nuestro espíritu.

De hecho, con ayahuasca se pueden vivir situaciones de este tipo durante el ritual, en las que ella genera un calor intenso en el corazón, de tal magnitud que hasta podría ser inquietante; pero hay que mantenerse disponible y dejarse sanar. En el Vegetalismo y el mundo indígena el calor es curativo, mientras que el frío da cuenta de miedos y falta de amor. Cuando la ayahuasca genera calor en el cuerpo, está inundándolo de salud y curación, y a veces lo hace en un solo órgano, como puede ocurrir en el corazón, que es el encargado de la vitalidad y del espíritu desde el entendimiento indígena. Esto significa que cuando así opera sobre este órgano, se vuelve a la vida, porque se revitaliza el propio espíritu, el espíritu-corazón.

Determinar en qué parte de nuestro cuerpo se aloja la conexión con la divinidad, si bien es desafiante de responder, la verdad es que se vuelve mucho más difícil si se le adjudica exclusivamente al cerebro, sobre todo luego de conocer la ciencia indígena. Con su observación, empirismo y desarrollo de siglos de evidencia, los nativos se especializaron en lo que atañe a la conexión del ser humano con la divinidad, descubriendo técnicas legítimas para “volverse transparente” y vincularse con ella, como son el canto sagrado y la toma de plantas como la ayahuasca. Además, no se puede dejar de reconocer que estos conocimientos poseen un nivel de belleza “extra-ordinario”, porque no son una ciencia que dialogue sólo con las reglas de lo ordinario, de la materia y de lo que se ve. Son saberes antiguos que van mucho más allá de nuestros propios dioses, que desatan libertad y poesía en nuestro entendimiento, y que permiten reconocer la vida y la sensibilidad que tienen las fuerzas de la Naturaleza, con tal certeza y admiración que enamoran a nuestro espíritu-corazón.



## **La “Consciencia Eterna” o el mundo espiritual de la ayahuasca**

En nuestra forma de hacer ciencia y de comprendernos a nosotros y al mundo, nuestro afán por el cerebro no nos deja ver que contamos con otras partes muy fundamentales que nos configuran —como el estómago y el corazón— y que por lo tanto también ejercen influencia sobre nuestro entorno, tal como destaca el mundo indígena y Vegetalista amazónicos, y como además está estudiando recientemente nuestra ciencia occidental. Además, esta última se interesa por la materia y lo visible, lo que defendemos como parte de “nuestros dioses” —como diría Varese— a pesar de que esta ciencia incluya en sus estudios algunos aspectos absolutamente invisibles de la realidad, como son los átomos, las partículas radioactivas y la fuerza de gravedad, por mencionar algunos ejemplos. Estos elementos, si bien no se observan por sí mismos, se logran visualizar por sus efectos sobre lo material; al igual que ocurre con las emociones que se aprecian por sus efectos sobre nuestras acciones, y por lo tanto sobre el mundo en el que nos desenvolvemos.

Dentro de nuestra forma de hacer ciencia, apuntamos al cerebro cuando queremos abordar la existencia de dios, pero la ciencia indígena y Vegetalista amazónicas explican que la conexión con lo divino ocurre por medio de nuestro espíritu-corazón. Éste se amplifica con la toma de plantas como la ayahuasca, generándose un vínculo entre la persona y el mundo espiritual de la selva, lo que Calvo describe como “volverse transparente como un cristal”. También los pensamientos fuertes que pueda alojar nuestro corazón propician la conexión con lo divino porque permiten comunicarse con los espíritus, ya sea por medio de los cantos sagrados o con la intención que orienta cada toma de planta, tal como se explicó. La ayahuasca favo-

rece vivenciar la divinidad por medio de nuestro espíritu-corazón, experiencia que además involucra todos nuestros ámbitos —la mente, el corazón, el cuerpo y el espíritu—, fundiéndonos totalmente y de forma “extra-ordinaria” con la divinidad. Esto es lo que ya se ha explicado hasta acá.

Habría que agregar que, en la ciencia indígena americana aquello que nosotros llamamos consciencia probablemente no se sitúe en el cerebro, sino que más bien resida en nuestro espíritu-corazón, porque aquí se albergan capacidades como el psiquismo. Sin embargo, la cosmovisión nativa considera mucho más que al ser humano y a sus órganos como partícipes del fenómeno de la consciencia, ya que incluye al entorno —a sus fuerzas naturales y a sus seres sensibles— como un componente indesligable del individuo. De hecho, en muchos casos es el medio externo el que le permite tomar consciencia o darse cuenta de muchas situaciones o incluso de encontrar explicaciones, diagnósticos a enfermedades o causas del sufrimiento, porque está lleno de espíritus con los que se puede entrar en contacto para obtener mayor información. Estos seres sensibles tienen consciencia, memoria, inteligencia y sensibilidad, tal como se adjudica a plantas, animales, fenómenos de la Naturaleza, ríos, montañas, y a la selva misma. Y ocurre que con plantas maestras como la ayahuasca se puede acceder a la dimensión puramente espiritual de este mundo, dejando su aspecto material, porque este universo se vuelve tangible desde nuestro espíritu cuando éste se amplifica con ayahuasca, volviéndonos “transparentes como un cristal”. Entonces para dar cuenta de lo que podría ser una “Consciencia Eterna” en la cultura indígena, hay que hablar del entorno, el que se manifiesta en su forma espiritual a través de nuestro espíritu-corazón (y no del cerebro), utilizándolo como amplificador cuando se ingieren plantas como la ayahuasca.

El entorno es parte de la consciencia indígena en la medida en que recuerda ciertas reglas que permiten mantener una determinada armonía entre todos los seres, al mismo tiempo que aporta enseñanzas sobre cómo comportarse ante ciertas situaciones, entregando un ma-

yor entendimiento sobre la vida. Un ejemplo amazónico es el espíritu del Chullachaqui, el Dueño de la selva y de los animales, que se representa como un ser con forma humana pero que tiene un pie grande y otro pequeño, motivo por el cual se explica su nombre que viene del quechua: *chulla* (desigual) y *chaki* (pie). Su presencia se reconoce por sus pisadas desiguales, lo que puede advertir a caminar con más cautela por la selva, ya que por ser un espíritu travieso puede confundir a los caminantes para internarlos y perderlos en su territorio, para llevarlos consigo y convertirlos en *chullachaquis*. También puede burlarse de los cazadores, imitando los sonidos de los animales que pretenden atrapar, para confundirlos. Como es el Dueño de la selva y de los animales, se le debe pedir permiso tanto para introducirse en este lugar como para capturar presas de cacería, que las facilitará con la condición de no olvidarse de andar con respeto y cautela por sus tierras, y de no caer en la avaricia de cazarlas todas.

Desde nuestra mirada occidental esto es parte de la mitología indígena, pero desde la postura del que “cree en estos dioses” —como nos recordaría Varese al momento de vincularnos con esta información— esto da cuenta de una relación de reciprocidad: de respeto mutuo y de acuerdos establecidos que permiten la sobrevivencia de todos los seres que comparten y habitan la selva. No arrasar con esta tierra ni con sus animales es la consciencia que los indígenas desarrollaron para perpetuar su propia vida en el Amazonas, y para resguardar al mismo tiempo la existencia de su entorno, es decir su mundo espiritual. Porque recordemos, que todo su alrededor está lleno de genios. Esto es parte de lo que perpetúan cuando cuidan su territorio, sus aguas, montes, animales, plantas y tierras. Este cuidado hacia su mundo espiritual es parte de su consciencia. No custodian solamente lo que les da comida (porque para ellos no se trata de pura agricultura ni intercambio material), sino que, al asegurarse de no arrasar con la Naturaleza en su totalidad, también cuidan de sus espíritus. Con este mismo acto, resguardan las enseñanzas que les entrega y recuerda este lugar por medio de los seres sensibles que lo habitan. Por lo tanto, preservan las normas de convivencia que se han establecido, conservan un

espacio que les da muchas respuestas, que los orienta sobre cómo comportarse y llevar adelante su vida y la de sus hijos.

El nivel de respeto y consciencia que demuestra este tipo de vínculo recíproco, es algo que nosotros los occidentales carecemos en nuestra relación con la Naturaleza, porque al alejarnos de ella y configurar nuestra vida en ciudades, nos hemos olvidado de cómo cuidarla y atendernos mutuamente. Hemos perdido esta consciencia externa, y nos hemos quedado sólo con la nuestra. No por nada estamos inmersos en un desolador panorama de cambio climático que amenaza la vida no sólo de un territorio, sino que de la totalidad de nuestro planeta. En el mundo indígena amazónico esta consciencia se mantiene “afuera” de diversas maneras, por ejemplo, bajo la forma de un ser travieso —el Chullachaqui— que en definitiva se dedica a recordar ciertas enseñanzas y acuerdos que se deben mantener por el beneficio de todos. Y eso se respeta porque se cree firmemente en ello, ya que es parte de las enseñanzas que se han venido transmitiendo de forma oral desde los Antiguos, desde los tiempos en que todos los seres hablaban la misma lengua de los espíritus, como explica Favaron. Son las enseñanzas legítimas de aquellos que los anteceden, quienes por medio de su sensibilidad y experiencia lograron descubrir y establecer estas normas que educan sobre cuál es el mejor modo de vivir y subsistir. Este conocimiento conllevó corroborar su veracidad a través de la minuciosa observación, del empirismo y la evidencia que se sostenía en el tiempo, tal como se explicó sobre el desarrollo científico de los conocimientos indígenas.

En el mundo nativo, el entorno participa tanto en la configuración de la realidad como en su comprensión, así como en el sostenimiento de su estabilidad y permanencia en el tiempo. Por eso los indígenas se sienten capaces de ser influenciados por los espíritus de su medio externo (lo que nosotros llamamos animismo), a diferencia del hombre occidental. Su ambiente está vivo, y lo pudieron apreciar estudiando lo que había más allá de la materialidad visible de la Naturaleza. Lograron observar, vincularse y dialogar con las fuerzas espirituales que la habitan, coexistiendo con ellas y compartiendo un

mismo territorio y una misma consciencia recíproca, desarrollando de esta forma y con estos principios sus saberes científicos.

En cambio, el hombre occidental se especializó en la ciencia del mundo tangible, penetrando aún más en lo material y desplegando de este modo su ciencia y consciencia; orientación que le supuso desvincularse de las fuerzas vivas externas que lo pudieran influenciar, desacralizando la Naturaleza y transformándola en objeto de dominio y explotación. De esta forma, cambió el tipo de vínculo que tenía con ella, y en ese giro quedó solo consigo mismo, sosteniendo un monólogo con su propia razón, e imaginando que aún podía gobernar la Naturaleza. Hoy ya ha tomado un poco más de consciencia sobre las amenazas que han implicado sus acciones para el planeta entero. Lo que el hombre le hace a la Naturaleza, se lo hace a sí mismo, y este es el entendimiento antiguo de la ciencia indígena, esta es su consciencia, el vínculo estrecho que une al nativo con su entorno, el respeto que tiene hacia sus espíritus. Esta enseñanza —que heredó de la ciencia de sus antepasados— le permite perpetuar tanto a la Naturaleza como a sí mismo.

La influencia que ejerce el ambiente sobre los indígenas amazónicos, lo que aquí hemos identificado como una consciencia externa, desde Occidente se clasifica como parte de la cosmología y cosmovisión nativa, porque éstas ordenan las relaciones entre todos los seres al mismo tiempo que comprenden la estructura del universo. Y en definitiva es lo que hace este medio externo sobre los indígenas. Se puede decir que esta consciencia externa es “eterna”, porque existe desde el origen de los tiempos, es decir desde la era primordial en la que todos los seres compartían un mismo lenguaje y una idéntica naturaleza espiritual, como explica Favaron; lo que fue transmitido por los Antiguos y de forma oral a través de las generaciones. También se puede considerar “eterna” en la medida en que siempre se puede —y se ha podido— acceder a ella por medio de plantas maestras como la ayahuasca. Esto significa que efectivamente existe una “Consciencia Eterna” de la cual se puede formar parte, y que está siempre disponible cuando uno se vincula con estos

vegetales que amplifican nuestro espíritu justamente para permitirnos entrar en este mundo espiritual, volviéndonos “transparentes como un cristal”. Y este mundo además se corresponde con una “Consciencia Eterna” porque entrega información sobre muchas cosas que no se ciñen solamente a un período de tiempo y/o espacio determinado, sino que ofrece saberes que atañen a una amplitud sin límites espacio-temporales, es decir a una eternidad. Por ejemplo, considera información de diversa índole que transforma y mejora la vida cotidiana, abarcando conocimientos tanto del pasado y del origen de los tiempos como del presente, así como del propio individuo y de su medio externo. Por esta razón se puede tomar consciencia tanto sobre lo que se conoce y se olvida (como pueden ser algunas normas de reciprocidad establecidas por los Antiguos), así como sobre lo desconocido del propio individuo y su entorno (como sería obtener información sobre algún diagnóstico y su tratamiento). Esto es en definitiva lo que hacen las plantas maestras como la ayahuasca, al permitirnos tomar contacto con su mundo enriquecido de consciencia y sabiduría eternas.

Además, es interesante observar que este acceso al mundo espiritual —que hemos equiparado con esta “Consciencia Eterna”— está propiciado por plantas que tienen espíritu según nos explica la ciencia indígena, es decir, por seres sensibles que tienen consciencia, así como inteligencia, memoria y poder transformador de la realidad. Cuando estos vegetales se ingieren, sus genios no sólo permiten acceder a su universo transformador —el mundo espiritual—, sino que además facilitan información que atañe al desarrollo mismo de la consciencia de aquel con el que se vinculan, lo cual también genera un impacto sobre la realidad del individuo y su entorno, es decir sobre su mundo interno y externo. El conocimiento que entregan estas plantas es antiguo cuando por ejemplo se refiere a normas que deben ser recordadas, y es nuevo cuando aportan algo que no se tenía. En ambos casos aumentan el nivel de consciencia, en la medida en que muestran algo que se olvidaba o que se desconocía, devolviendo un saber que se perdió o entregando uno novedoso que no había sido adquirido.

En las dos situaciones se considera que estos espíritus vegetales enseñan, tanto si ayudan a recordar información o si facilitan alguna nueva, razón por la cual se les denomina plantas “maestras”, como ya se explicó con anterioridad. Y lo que se aprende con ellas puede llegar a ser profundamente transformador, motivo por el que los nativos las veneran y respetan, porque con ellas obtienen y aprenden un sinfín de respuestas que colaboran en su sobrevivencia. Y lo mismo les ocurre actualmente a los occidentales, como ya se explicó, puesto que obtienen enseñanzas que benefician su vida cotidiana, transformándola para mejor. De tal manera entrar en el mundo de los espíritus amazónicos sería equivalente a ingresar a un espacio transformador de consciencia en el cual se ofrece información y aprendizajes al que ha ingerido los genios vegetales, conocimientos profundos y significativos que generan un impacto tanto en el individuo como en su entorno.

Vincularse con el mundo de la ayahuasca se puede equiparar con el acceso a una dimensión que se distingue por su carácter espiritual, su eternidad y nivel de consciencia, y además por ser una instancia en la cual se revela la verdad profunda de la realidad y de uno mismo. Con ella se evidencia lo que hay más allá de lo visible y lo material, lo “extra-ordinario” de la vida y de nosotros mismos. En definitiva, se manifiesta un universo de cualidad divina, porque se entra en contacto con los maestros espirituales amazónicos que enseñan cuando se comparte con ellos en su mundo espiritual.

Y cuando se toma ayahuasca efectivamente se percibe un espacio o lugar diferente al ordinario, caracterizado por una temporalidad “extra-ordinaria”, porque es distinta de la cotidiana. Es un universo en el que se tiene un tipo de vivencias que no hay forma de imaginar hasta que se está ahí y se habita. A este espacio-tiempo constantemente se puede volver tomando ayahuasca, por lo que se torna familiar y conocido a medida que la persona se vuelve a vincular con el genio de este vegetal, hasta que, con el tiempo y las tomas, ya se sabe el tipo de experiencia que se puede esperar. Sin embargo, nunca se logra adivinar su contenido específico porque siempre habrá algo

que los espíritus enseñan. En cada una de estas oportunidades se accederá a algo que no era parte de la consciencia actual. Así, este encuentro con los maestros espirituales amazónicos conecta con un espacio que está lleno de sentidos y de información que es capaz de mejorar la vida ordinaria, por lo que se comprende que estos dioses ejerzan una influencia sobre la realidad material y cotidiana, mejorándola. Y así lo advirtieron los indígenas al evidenciar el influjo de lo divino sobre su vida diaria.

Para tratar de describir esta “Consciencia Eterna” amazónica, hay que decir que este mundo “extra-ordinario” se compone de diversos seres sensibles, de una variedad de fuerzas que circulan y que corresponden a los espíritus del Amazonas: a la energía vital de las plantas, de la selva misma, de las aguas, de los animales y de los antiguos curanderos que sobrevuelan este universo que tanto añoraron sentir durante sus vidas —razón por la cual lo visitaron con frecuencia y esmero—. Todos ellos pueden sentirse bajo el influjo de la ayahuasca, lo que se aprecia en los relatos de las experiencias de aquellos que la han ingerido, donde se describen seres extraordinarios, encuentros con presencias o con animales (en su mayoría de la selva), percepciones de plantas que crecen por doquier, y en definitiva la manifestación de un espacio enriquecido de vida, es decir, todo un mundo espiritual.

Al volvernos “transparentes como un cristal”, nuestro espíritu amplificado logra encontrarse con estos seres sensibles, que los hay de todo tipo, es decir hay espíritus buenos y malos, aliados y enemigos, de luz y de oscuridad, positivos y negativos, lo que es un reflejo del entorno natural en el que habitan. Si ponemos atención, podemos notar que en la Naturaleza se expresan fuerzas vitales de diversa índole, y por lo tanto también opuestas, tal como ocurre en la selva. Por ejemplo, algunos animales cazan mientras que otros son devorados, el sol nutre las plantas en tanto que algunas tormentas las arrasan, algunas semillas brotan y por el contrario otras nunca llegan a germinar. La fuerza vital de la Amazonía manifiesta la coexistencia de los extremos de la vida y de la muerte, que son parte del propio flujo de

la Naturaleza. Y así mismo es el mundo espiritual amazónico, porque es la dimensión vital intangible de la materialidad selvática que es visible a nuestra mirada, en la que se encuentran fuerzas de todo tipo que se expresan y habitan en ella, unas positivas y otras negativas, reflejando las polaridades que le son propias. Por esta razón también hay información, acciones y enseñanzas de todo tipo en la selva, existiendo por ejemplo las labores curanderiles que permiten sanar y las de brujería que causan enfermedad.

La curación y la enfermedad son también parte de lo positivo y negativo que coexiste en este mundo espiritual amazónico o “Consciencia Eterna”, siendo una manifestación y reflejo de las fuerzas de la vida y de la muerte, de la luz y de la oscuridad, del bien y del mal. Desde la cosmovisión nativa se entiende que la salud es un estado positivo tendiente hacia la luz, hacia el bienestar, hacia el equilibrio de las energías, mientras que la enfermedad es lo negativo porque tiende hacia la oscuridad y la muerte, es un estado que le quita vitalidad al espíritu, desbalanceándolo. Y si se recuerda que la etimología de “espíritu” es fuerza vital, se entiende que en un estado de enfermedad el espíritu se ve disminuido, decaído y empobrecido de vitalidad, tendiendo más hacia la muerte que hacia la vida.

Respecto de este vínculo entre el espíritu y la enfermedad, los indígenas entendieron que esta última tiene una naturaleza espiritual. Y no sólo porque afecta la fuerza vital del que enferma, sino que también porque es causada por seres sensibles, es decir, por seres que tienen espíritu, como son las fuerzas naturales, los dioses y los hombres. Se considera que todos ellos pueden ejecutar ciertas acciones que generan enfermedad. Estos actos son entendidos como daño o brujería en la Amazonía, y los curanderos explican que estas son las causas que enferman al paciente cuando lo diagnostican. Y tanto el daño como la brujería son vinculados con “el mal” porque en muchos casos son causados por una mala intención, envidia o castigo por parte de algún ser sensible, mientras que la curación que realiza un chamán para revertirlos es situada en el terreno del “bien”, porque su propósito es devolverle la vitalidad al que padece la enfermedad.

Además, se considera que la enfermedad es espiritual porque está viva, puesto que es una manifestación que tiene su propio espíritu que enferma, que es negativo y roba vitalidad. Por esta razón se considera que debe morir, que debe ser revertida e “ir para atrás”, tal como explica Alberto Chirif —un antropólogo peruano que admiro mucho por su dedicación y defensa hacia el mundo indígena—. En su maravilloso *Diccionario Amazónico* (2016) refiere la utilización de la palabra *cutipa* (del quechua *kutiy*, regresar, *kutipuy*, invocación, consejo para regresar) como un llamado para “hacer regresar a la enfermedad”, para oponerse a ella, es decir para que se devuelva a sus orígenes. Este término se encuentra presente en algunos ikaros, que son cantos de la ayahuasca, específicos para realizar su ritual; lo que muestra que por medio del genio de esta planta se solicita que la enfermedad retroceda y abandone al enfermo.

Del mismo modo, Don Luis Panduro Vásquez, Maestro Curandero Vegetalista (a quien visito regularmente para realizar dietas tradicionales o retiros con plantas en Perú) explica que “con ayahuasca no muere la persona, sino que muere el negativo”, lo que expresa que deja de existir la enfermedad —se acaban sus síntomas— cuando se toma este vegetal, siendo este aspecto lo que muere en la experiencia. De su sentencia también se entiende que consecuentemente se revitaliza el espíritu, puesto que la enfermedad quita vitalidad.

Dado que la enfermedad es espiritual, su curación también debe ser de este carácter, porque el remedio siempre debe ser acorde a la naturaleza del malestar. Y en el mundo indígena, como todo tiene una dimensión de este tipo (lo que llamamos animismo), todo tiene un aspecto que puede ser sanado por medio de la espiritualidad. A esta dimensión intangible de la existencia se puede acceder por medio de la ayahuasca —como ya se dijo—, y cuando se vuelve perceptible el aspecto espiritual de la realidad, también se torna visible esta cara de la enfermedad. Por eso los curanderos pueden obtener información de esta índole sobre la enfermedad, como sus causas y los tratamientos que son más adecuados. Esto significa que el chamán in-

corpora este conocimiento al terreno de su consciencia, enriqueciéndola y mejorando la existencia del que padece el malestar.

Sin embargo, que la enfermedad tenga una naturaleza espiritual no significa que no se deban aplicar tratamientos acordes a otros ámbitos de la existencia, como es la dimensión material del cuerpo mismo. O sea, no todo se sana por medio de curaciones espirituales, porque nuestro organismo también tiene su propia forma de enfermar, que es material, y por lo tanto requiere tratamientos de este tipo. Entonces, en el mundo indígena, lo físico y lo que es visible a nuestros ojos también existe. Lo que hay que entender es que estos dos ámbitos —lo espiritual y lo material— tienen un estrecho vínculo, indesligable, y que los nativos pudieron evidenciar por medio de su ciencia, al observar la enorme influencia que tiene el espíritu sobre la materia, así como sobre todos los ámbitos de la existencia. En el terreno de la salud y de la enfermedad esto se vuelve evidente, porque un espíritu debilitado o decaído, se puede reflejar en un cuerpo carente de vitalidad —y viceversa—, por lo que en algunos casos el organismo también requiere atención médica. Por esta razón, los tratamientos de carácter espiritual de las naciones indígenas amazónicas también pueden conllevar procedimientos de naturaleza material —cuando el cuerpo así lo requiere—, como sería la aplicación de emplastos, masajes, toma de infusiones u otros remedios, baños, o pomadas, que también se preparan en base a plantas, pero focalizándose en la curación de la dimensión física de la enfermedad.

Lo interesante es que, desde la antigüedad, cuando el curandero ha accedido a esta “Consciencia Eterna” o mundo espiritual amazónico, se ha encontrado con información tanto sobre la enfermedad como de su curación, porque ambos procesos son espirituales. Por esta razón diversas naciones indígenas señalan que la realización de diagnósticos es uno de los sentidos y finalidades que tiene la ingesta de plantas maestras como la ayahuasca, así como la sanación de enfermedades (ya sea porque ella otorga la mejoría o porque indica el tratamiento que se debe realizar). Por estas razones se le considera maestra, doctora y medicina a la vez, porque enseña el padecimiento

o enfermedad de alguien en particular, y además aplica un tratamiento o indica el que se requiere para restaurar la salud. Esto es parte de la consciencia a la que se puede acceder con ayahuasca, lo que en la antigüedad estaba a cargo del curandero, ya que era él quien la bebía para acceder a su universo espiritual (y también él decidía si debía tomarla el enfermo u otra persona).

Para entender por qué él ingería ayahuasca (y no los habitantes de su pueblo, como sería lo que se hace en Occidente en la actualidad), hay que recordar que para las naciones indígenas todo el entorno natural alberga espíritus, los que además pueden influir de forma positiva o negativa sobre la vida cotidiana. Por esta razón, prontamente se volvió indispensable contar con un especialista que pudiera vincularse con los genios espirituales circundantes, que pudiera hablar su mismo lenguaje. Para poder comunicarse con ellos, los nativos aprendieron que este especialista —el curandero— debía dietar plantas que tuvieran un carácter espiritual, porque la dieta (retiro tradicional) permite conocer a sus genios en profundidad. De esta manera, con este método el chamán logra establecer una relación estrecha con las fuerzas vitales vegetales, quedando habilitado para hacerles consultas o solicitudes, o traducir sus mensajes, para luego materializar sus enseñanzas en la vida cotidiana de su pueblo, beneficiándolos.

Como la influencia del entorno sobre la vida concreta de los indígenas era evidente, había que saber comunicarse y lidiar con los espíritus que albergaba, por lo que el curanderismo toma un lugar fundamental en el desarrollo y sostenimiento de la vida de los nativos, tanto en su sobrevivencia como en el despliegue de su cultura y ciencia. Asimismo, se convierte en una práctica de acopio de conocimientos espirituales. Entonces el chamán es la figura donde converge toda la sabiduría que ha venido generando cada pueblo sobre sus espíritus circundantes, razón por la que se les reconoce —desde la antropología— como depositarios de la sabiduría ancestral. Además, el curandero es quien sabe comunicarse con los seres sensibles, y también puede lidiar con el aspecto espiritual de la realidad, como

es el caso de la enfermedad y la curación, que, por ser fuerzas vivas, son espirituales. Por esta razón era él quien tomaba ayahuasca cuando se requería información sobre algún diagnóstico y/o su tratamiento, o sobre cualquier aspecto espiritual de la vida cotidiana, porque al ser él quien administraba el lenguaje del universo invisible, podía hacer consultas o solicitudes, así como comprender los mensajes y enseñanzas que provenían de los genios vegetales y de los seres sensibles de la Naturaleza. En la antigüedad era el chamán el que accedía y se vinculaba directamente con esta “Consciencia Eterna” o mundo espiritual, lo que requería un entrenamiento disciplinado de dietas tradicionales (tomas de plantas bajo ciertas condiciones) por varios años, y de la mano de un curandero experto, implicando bastante dedicación y esfuerzo por parte del iniciado.

Actualmente esto se ejecuta de otra manera, ya que hoy en día el acceso a la ingesta de ayahuasca es mucho más global, porque no está destinado exclusivamente a chamanes ni a iniciados en esta labor, sino que se ofrece su consumo a la población en general. De hecho, hoy en día muchas personas en todo el mundo consumen ayahuasca sin mayor dificultad cada fin de semana. El problema que tiene vincularse con un espíritu tan poderoso y antiguo como la ayahuasca —sin que se tengan los conocimientos sobre curanderismo ni el entrenamiento que se requiere— es que no sólo no se comprenda la experiencia ni su contenido, y que además no se sepa qué hacer con ella (cómo integrarla en la vida cotidiana), sino que también puede significar que más de alguien se asuste y corra des-pavorido, porque es una vivencia que realmente puede llegar a asombrar en la medida en que es “extra-ordinaria”. En concreto, esto significa que tanto el entorno como uno mismo serán percibidos de forma diferente, y que las reglas de nuestro mundo tangible y cotidiano no necesariamente serán las mismas que se aplican a las experiencias que son propias de este universo invisible. Por lo tanto, hay que estar abierto y receptivo a diversas situaciones que nunca antes se vivieron y que probablemente no vayan a ser comprendidas a cabalidad, sobre todo mientras se desarrolla la visita de este mundo espiritual.

Algunas recomendaciones que se pueden dar para acceder a esta “Consciencia Eterna” con más recursos y conocimientos, serían: permitirse vivir la experiencia, entregarse a ella sin tratar de analizarla mientras se transita, sin intentar controlarla o detenerla (porque no se va a poder) y no asustarse de lo que se siente y se ve. Estas sugerencias apuntan principalmente a calmar la mente, que es la que se podría inquietar con vivencias nuevas. También hay que tener claro que no todo lo que ocurre en este universo tiene un sentido o significado literal o equivalente a lo que se viviría en la realidad tangible y cotidiana, aunque se vivencie algo muy específico. Por ejemplo, si veo la muerte de una persona que conozco, no significa necesariamente que eso va a ocurrir, sino que eso puede ser una metáfora de otra cosa, como podría ser que algo que es parte de mi vínculo con esa persona va a dejar de suceder o morir. Del mismo modo, si durante la experiencia siento algo de forma material y concreta en el cuerpo, eso tampoco implica un significado literal. Por ejemplo, si siento un dolor físico, eso no significa necesariamente que algo malo pasa con ese órgano, porque muchas veces lo que ocurre es metafórico o simbólico —aunque duela el cuerpo mismo—, ya que así es el lenguaje del mundo espiritual. Hay que recordar que la lengua de los espíritus se expresa en la totalidad de nuestro organismo, porque todo nuestro ser experimenta un vínculo con los dioses, por lo que todos los ámbitos de nuestra existencia se ven involucrados en lo que se vivencia —nuestro cuerpo, corazón, mente y espíritu—. Dichos ámbitos operan de forma distinta a la que conocemos mientras se transita este mundo espiritual, por lo que sus límites no son los cotidianos ni habituales, y tampoco se aplican los mismos conceptos y conocimientos que tenemos sobre ellos cuando estamos en un estado de consciencia “extra-ordinaria”. El significado que algo pueda tener en el mundo tangible, puede ser absolutamente diferente en el invisible.

En la lengua del mundo espiritual los sentidos y significados son mucho más amplios y diversos que los que utilizamos para entender las cosas y situaciones tangibles de nuestra realidad ordinaria, porque los contenidos espirituales carecen de los límites propios la materialidad —o quizás habría que decir que tienen límites intangibles—,

porque van más allá de la materia misma. Los ejercicios de conceptualización y comprensión en el terreno de lo invisible tienen mucha más libertad, amplitud, flexibilidad, dinamismo, multiplicidad, poesía y hermosura de la que se aprecia en nuestra cotidianeidad, pudiéndose observar varios sentidos vinculados a una misma situación o varias temporalidades ligadas a una misma cosa. De hecho, el mundo espiritual es mucho más parecido al estado de consciencia onírico que al ordinario, porque en el sueño rigen reglas diferentes a las de la vigilia, lo que se debe considerar si se quiere comprender tanto las vivencias que se desarrollan durante el dormir como las que acontecen en una experiencia con ayahuasca. Esto manifiesta un vínculo estrecho entre el sueño y el mundo espiritual, porque en ambos participan el lenguaje y la presencia de los dioses, en la medida en que son “extra-ordinarios”. Los indígenas vienen relacionando desde la antigüedad los estados propiciados por el sueño con las vivencias del mundo espiritual, no sólo porque son potenciados por la ingesta de plantas maestras, sino también por ser escenarios que le entregan información al individuo; razón por la que en el primer ítem fueron destacados como vías de conocimiento “extra-ordinario” que permiten acceder a información sobre el individuo y su entorno.

Si el trabajo con ayahuasca se pone difícil, duro, o si duele o asusta en algún punto, hay que recordar que se está tomando una planta indígena que es medicinal, o sea que tiene un espíritu que se caracteriza por realizar acciones curativas, y que por lo tanto su tarea principal va a ser sanar, independientemente de si se entiende o no lo que está pasando, o si se comprende o no de qué forma está curando. Es una medicina que tiene una lógica curativa distinta de la que conocemos en Occidente, diferente de la que opera en nuestro estado de vigilia y en nuestra consciencia ordinaria; y por lo tanto actúa sobre una manifestación de la enfermedad que también se caracteriza por tener una lógica diferente a la ordinaria. Nuestro lenguaje cotidiano no es el mismo que el de la ayahuasca, y la forma de existencia de su espíritu no nos resulta familiar —hasta haber visitado su mundo muchas veces y luego de realizar muchas dietas tradicionales o retiros—, por lo que no comprenderemos necesaria-

mente todo lo que ocurra durante la experiencia (sin embargo, luego de vivirla se pueden realizar sesiones de integración con algún terapeuta especializado en ello).

Además, hay que considerar que en la selva a la ayahuasca se la reconoce por su sabiduría, y esto significa que ella ve más allá de lo que observamos sobre nuestro entorno y nosotros mismos. Ella aplica procedimientos curativos desde una visión mucho más amplia, profunda y completa sobre lo que ocurre con nuestras vidas, operando desde una posición que va más allá del aspecto material de las cosas o de lo que es accesible a nuestra mirada, porque ella habita este mundo espiritual. En otras palabras, ella es pura “Consciencia Eterna”, y actúa desde esta facultad. Por esta misma razón ella tiende a enseñar, porque es maestra, en la medida en que sabe más y ve más. En consecuencia, hay que dejarse instruir, ayudar y sanar. Para vincularse con este vegetal, se debe por lo menos estar dispuesto a ser partícipe de experiencias y situaciones espirituales que se desconocen. Y siendo éste un genio antiguo administrado por curanderos desde tiempo inmemorial, lo mínimo que se debe esperar es que ocurran cosas inexplicables y que se acceda a una realidad en la que todo se percibe diferente porque es “extra-ordinaria”. No se puede esperar acceder a la propia realidad ordinaria y cotidiana si se ingiere un espíritu “extra-ordinario”, sobre todo si es antiguo, chamánico y de la selva, por lo tanto, hay que estar abierto a la experiencia.

Esto también significa que hay que estar dispuesto a mirarse a uno mismo, pero con los ojos de la ayahuasca, con la mirada de los seres sensibles, porque se accede a una visión de uno mismo en un terreno espiritual, entonces se obtiene información de esta naturaleza y en este lenguaje. En concreto esto implica que se ve más allá de lo que se sabe en lo cotidiano sobre uno mismo, que se obtiene una sabiduría profunda a la que sólo estos dioses acceden. Y a esto se refiere también el hecho de que nuestro espíritu se amplifica con la ingesta de ayahuasca, a que la persona se puede ver a sí misma con mayor intensidad y amplitud, es decir de forma acrecentada —como con

una lupa—, dándose cuenta de detalles e información que antes no veía, obteniendo una mayor consciencia sobre sí misma y sobre sus vínculos con el entorno.

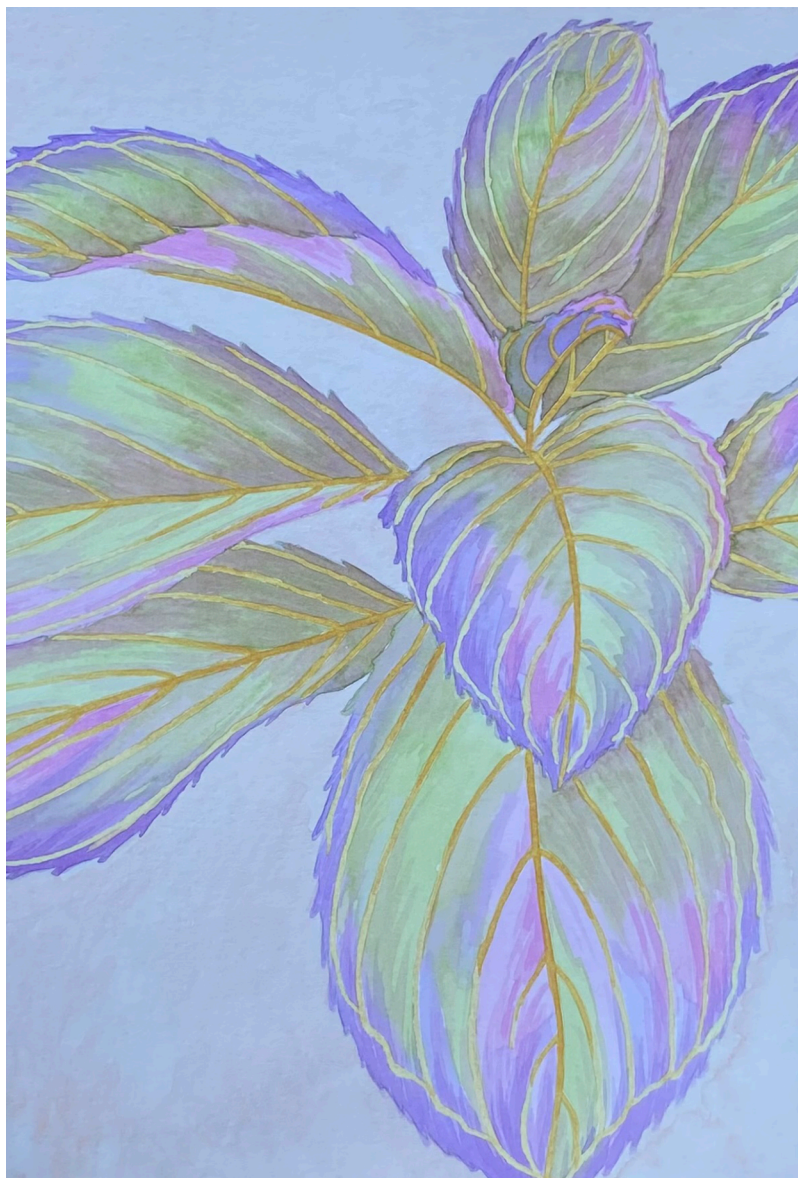
Por esta razón se comprende algo que es nuevo para la consciencia, sintiéndose en todo el organismo una certeza que se instala bajo la forma de un nuevo saber, puesto que es una experiencia que incluye todos los ámbitos de la existencia. Esto resulta curativo porque como se explicó en el primer ítem, la ayahuasca ayuda a resolver conflictos, que muchas veces son causantes de desajustes y enfermedad. Al ayudarnos a encontrar soluciones —por ejemplo, mostrándonos una alternativa o algo que no alcanzábamos a ver sobre algún asunto— no sólo nos entrega información, sino que también nos ofrece una oportunidad única para mejorar la vida cotidiana. El crecimiento personal que se puede alcanzar con ayahuasca facilita el camino hacia la madurez, hacia poder hacerse cargo de uno mismo, porque permite tomar consciencia sobre lo que se está padeciendo y ayuda a encontrar la mejor forma de resolverlo. Y en este sentido, para obtener estos beneficios y realmente aprovecharlos para nutrir la propia vida, resulta fundamental contar con un apoyo para la integración de este trabajo, ya que como se dijo, esta medicina tiene un lenguaje particular y un contexto de uso chamánico, que debe ser entendido para poder favorecerse de sus beneficios. Entonces también se aconseja buscar un buen terapeuta que tenga esta formación, para realizar una integración adecuada, y así despejar dudas que hayan podido surgir sobre la experiencia, además de llegar a saber cómo materializar los mensajes entregados.

Cuando se visita este mundo espiritual o “Consciencia Eterna” propia de la ayahuasca, al estrechar vínculos con los dioses amazónicos, la enfermedad no sólo es comprendida, sino que además es revertida, con la consecuente revitalización del espíritu y de todo el organismo. Este encuentro con la divinidad ejerce una influencia positiva no sólo sobre nuestros ámbitos intangibles —como son el espíritu, las emociones, la voluntad, la mente y la consciencia—, sino que también beneficia nuestra corporalidad, lo que a su vez influye sobre

nuestro entorno y vida cotidiana, como un círculo virtuoso. De esta forma, se aprecia cómo se vincula lo invisible con lo visible, lo inmaterial con lo material, en esta realidad que nosotros caracterizamos con simpleza como animista, debido a nuestra carencia de experiencias “extra-ordinarias” de “Consciencia Eterna” amazónica. Asimismo, este vínculo entre lo invisible y lo visible permite observar que la ciencia nativa utiliza tratamientos vegetales con el objetivo de ejercer un efecto benéfico sobre la materia por medio de su influencia espiritual, obrando sobre el cuerpo por medio de la curación de su espíritu, porque entiende que nuestra materialidad no puede cambiar ni mejorar si no se revitaliza su dimensión intangible y espiritual. Esto además evidencia que los procesos de enfermedad y de curación del mundo aborigen son “extra-ordinarios”, en la medida en que conectan con los dioses, con los genios de las fuerzas naturales que son capaces de mostrar y revertir la enfermedad. Entonces cada vez que el ser humano se mira a sí mismo por medio de la ayahuasca, cuando vuelca su mirada hacia adentro, hacia su consciencia y mundo interno para encontrarse consigo mismo, se encuentra de frente con la mirada de los dioses, que colaboran con generosidad y bondad cuando se les solicita asistencia para sanar. Este encuentro ocurre cuando el ser humano los invoca y les pide ayuda por medio de pensamientos fuertes que implora desde la intimidad de su corazón, mientras sostiene la medicina entre sus manos, cobijándola como luego ella hace con su petición. Este acto de reciprocidad que realizan todos aquellos que asisten a ceremonias de ayahuasca con la firme creencia de que ella los ayudará en lo que necesitan, no sólo es un reconocimiento del carácter y la fuerza que posee este espíritu vegetal, sino que también es un acto que manifiesta la creencia en los dioses indígenas de la Amazonía porque demuestra entrega y confianza hacia su habilidad para sanar.



**Segunda parte**



## **Mi encuentro con el Vegetalismo**

Es difícil decidir dónde comienza una historia, quizás por eso la sabiduría indígena establece sus orígenes más allá del tiempo que se puede recordar y narrar. A esto la antropología lo ha llamado tiempo mítico, en el que los nativos afirman que todos los seres hablaban la misma lengua y que todos compartían una misma forma física y espiritual. En mi caso, el origen de la pasión que siento hacia la ayahuasca y el Vegetalismo, podría ubicarlo en un tiempo en el que mis intereses no se focalizaban en la sabiduría aborígen en particular —si bien siempre la encontré fascinante—, sino que más bien se situaban en los dioses de nuestra ciencia occidental. Desde el campo de la farmacología y de la psicología clínica comencé el estudio de los beneficios para la salud que ofrecen los psikedélicos, lo que fue la antesala de mi amor hacia el Vegetalismo y sus plantas medicinales amazónicas. Probablemente los años que investigué con rigor la ciencia de los psikedélicos me permitieron tomar contacto en el mundo indígena con una mirada que busca objetividad y evidencia empírica, que es lo que hoy veo en los conocimientos nativos de la Amazonía. Y si bien llegué a cobijar una inmensa emoción por la farmacología y su forma de mirar los psikedélicos, lo que siento en la actualidad hacia las medicinas tradicionales es un encanto diferente, porque la forma que tienen los indígenas para desarrollar sus ciencias y para entender la vida misma, tiene un nivel de belleza que me ha deslumbrado y arrebatado el corazón. El camino que me llevó hacia el curanderismo amazónico se compone de varios hitos, de decisiones que fui tomando a medida que aprendía sobre los usos de sustancias psicoactivas desde diversas experiencias y perspectivas. En definitiva, este ha sido un recorrido por el mundo de las drogas y sus vínculos con la salud, y ha desencadenado mi encuentro con el Vegetalismo.



## Reducción de riesgos y daños

En 2002, en mi etapa universitaria, uno de los primeros hitos fue el trabajo de reducción de riesgos y daños en espacios de ocio nocturno que desarrollamos un grupo de amigos y profesionales. Zona de Síntesis se llamaba el colectivo, y nos centrábamos en ofrecer información en fiestas de música electrónica sobre las sustancias que ahí se consumían: efectos psicoactivos, posibles riesgos y cómo disminuirlos, cómo gestionar los consumos, etcétera. En ese momento en Chile no había conocimientos sobre el tema, ni mucho menos algún respeto hacia la reducción de riesgos y daños, que no sólo es un enfoque de salud, sino que también es una forma de ejercer políticas educativas y sanitarias. Esta labor voluntaria fue muy fructífera y enriquecedora, y aprendí muchísimo sobre drogas en este contexto de uso en base a la información que desarrollaban organizaciones europeas que admirábamos, como Energy Control y DanceSafe. Por medio de las enseñanzas que me ofreció esta actividad, en ese momento me di cuenta de que tanto los psiquedélicos como las otras sustancias psicoactivas que se usaban en contextos recreativos —como el cannabis— podían ser grandes aliados para mejorar la vida cotidiana, porque cuando se sabían usar con responsabilidad y con conocimientos —basados tanto en la ciencia como en la experiencia—, demostraban un sinfín de beneficios y oportunidades que permitían aprender a vivir de una forma más consciente y con mayor capacidad de decisión sobre uno mismo, lo que en definitiva propiciaba una vida más sana.

Las benéficas propiedades de estas sustancias psicoactivas no sólo se evidenciaban por medio del estudio teórico que desarrollábamos, sino también por medio de la práctica. Los psiquedélicos suelen ofrecer una percepción y cognición de las situaciones que resulta muy acertada y lúcida, y una forma distinta de sentir las cosas y de

vincularse con ellas, porque posibilitan un estado de consciencia extraordinario que revela lo que antes no se veía, lo que era invisible para la mirada ordinaria, con un acierto de tal magnitud que vuelve indiscutibles los nuevos puntos de vista y la novedosa información que se desvela. Por ejemplo, en esa época me parecía indudable que cuando estas vivencias se desarrollan en un entorno natural aumentan la percepción respecto de lo viva que está la Naturaleza, desencadenando por medio de ese sentimiento un enorme aprecio y gratitud hacia la existencia misma. También de esta forma favorecen una conexión con el propio sentido de vida, incluso si con anterioridad no se tenía. Además, la experiencia vuelve incuestionable el hecho de que levantan el ánimo, y que desde esta disposición te ayudan a mirarte y a reconocerte a ti mismo, potenciando con ello la autoestima y la autoconfianza. Asimismo, es clara la libertad que generan en el terreno de los sentimientos, porque fortalecen los vínculos con los amigos con los que se comparte la vivencia o con aquellas personas que no están presentes, pero que amas. Algo hermoso que podemos vivir cuando se disfrutan en fiestas son las incontables horas de baile que hacen sentir el cuerpo con una fluidez y libertad de expresión tan intensas que difícilmente se podría lograr reproducir la misma experiencia bajo otras circunstancias. Sin duda alguna, estas vivencias hacían que fuera irrefutable el hecho de que los psiquedélicos son una maravilla, de que son extraordinarios. Además, a medida que más aprendía de ellos en términos teóricos y prácticos, más surgían en mí algunas interrogantes sobre los vínculos que podían tener las drogas con la salud, por lo que más interés sentía hacia su estudio.



## La guerra contra las drogas

Una de las preguntas que surgieron en mí se refería al estatus legal de estas sustancias, que eran ilegales, a pesar de mostrar enormes beneficios y muy bajos riesgos para la salud, según corroboraban numerosas investigaciones. Como me dedicaba a estudiarlas, buscaba información de todo tipo sobre ellas —farmacológica, clínica, histórica, legal, antropológica, etcétera—, lo que pronto me llevó al terreno de las políticas de drogas. Se me hizo evidente que la Guerra contra las Drogas no sólo era algo absurdo, sino que fundamentalmente perjudicaba a la población mundial, convirtiendo en algo inaccesible a varias sustancias psicoactivas que prometían enormes beneficios para la salud mental y física de muchas personas. El estudio del campo de las políticas de drogas lo desarrollé por varios años —junto con mi interés en todas las otras facetas que involucraban el terreno de las sustancias psicoactivas y la salud—, y me daba cuenta de que las normas internacionales eran el gran impedimento para el estudio y el acceso regulado hacia estas sustancias. Hasta el día de hoy me cuesta entender cómo se sostienen políticas y acuerdos internacionales que atentan contra las personas a las que se supone están dedicadas a proteger, a las que terminan perjudicando en vez de ayudar. Son normas que en definitiva vulneran los derechos humanos y el derecho hacia el acceso a la salud y, por tanto, obstáculos que fui encontrando en mi camino bajo diversas formas y en distintas situaciones.

Además, en esa época, si bien era consciente de que en el terreno recreativo los psicodélicos y algunas sustancias psicoactivas —como el cannabis— que se usaban en este contexto podían ser fantásticos aliados para el desarrollo humano cuando se administraban con responsabilidad y conocimientos, no podía dejar de preguntarme por los usos de drogas que generaban lo opuesto, es decir, aquellos que se situaban en el terreno de las adicciones. Según los discurs-

sanitarios y gubernamentales, los efectos psicoactivos en este ámbito se vinculaban obligatoriamente con la enfermedad, el malestar, la falta de consciencia, las carencias emocionales, los deseos de no querer vivir y de no querer ser uno mismo, es decir, lo contrario a lo que veía que propiciaban los psiquedélicos. Y aunque también había usos problemáticos de drogas dentro del público con el que trabajábamos desde el colectivo Zona de Síntesis, éstos me parecían menos complejos comparados con los que ocurrían en sectores vulnerables de la población, en lugares que padecían un nivel de pobreza característico de los países sudamericanos.

Suponía que esta población vulnerable estaba mucho más desprotegida debido a las carencias económicas y de todo tipo que sufrían, porque en Chile ocurre que aquellos que no tienen dinero están desposeídos en todos los ámbitos, ya que todo lo que es de buena calidad es privado y caro, como pasa con la educación, la salud, la alimentación, la vivienda, el sector que se habita y frecuenta, el acceso a bienes materiales, a la cultura, a las actividades de tiempo libre y de diversión, etcétera. Hasta el agua y el territorio marítimo son bienes privados en nuestro país. Entonces me imaginaba que una población que tiene menos oportunidades, menos desarrollo de herramientas y habilidades —por tener una peor educación—, y un acceso más limitado a tener experiencias enriquecedoras y de bienestar, no sólo accedería a drogas de inferior calidad y más adulteradas —dañando más su salud—, sino que también las adicciones que ahí se presentaran podían ser mucho más devastadoras, porque probablemente había menos recursos económicos, personales, y soporte familiar y social para enfrentarlas. Imaginaba que padecer una dependencia de alguna sustancia psicoactiva con una vida y entorno de clase alta, podía ser más tolerable que sufrir una en la clase más baja, sólo por el hecho de que la calidad de vida es peor en esta última, y porque las vivencias y oportunidades a las que se puede acceder son mucho más limitadas. Con esto no quiero desmerecer el sufrimiento de personas que pertenecen a sectores más acomodados y que padecen una dependencia de alguna sustancia psicoactiva, sino que pretendo destacar que la pobreza empeora todas las situaciones, incluidas las de adicciones.

Y bajo estas consideraciones me preguntaba cómo se podría sostener el enfoque de reducción de riesgos y daños en estos contextos desprotegidos, sobre todo pensando en la pasta base de cocaína, que era la más frecuente, la más dañina, la más adictiva, y la más barata en estos sectores, por lo que parecía ser la más difícil de erradicar —en términos de su consumo— o incluso de regular desde un enfoque de reducción de riesgos y daños. Además, pensaba que la situación de permanente precariedad de esta población también podía colaborar con que se perpetuaran los consumos problemáticos de drogas, porque si se padece escasez en la totalidad de los ámbitos y de forma diaria, todo resulta más difícil, y tener que enfrentar esto todos los días podía influir en la necesidad de buscar un respiro por medio de la modificación del estado de consciencia cotidiano. Y pensaba en esto, porque lo cierto es que, en Chile, de un nivel extremo de pobreza, no se sale. E imaginaba que aquello de lo que no se sale en términos materiales, podía generar la necesidad de evadirse por medio de una sustancia psicoactiva que modificara la consciencia, como es la pasta base (o cualquier otra); aunque esto, claramente, no resuelve el problema de raíz, que es la pobreza extrema de la existencia. Es importante agregar que no vamos a entrar en el dilema de si buscar un escape es algo moralmente bueno o malo. No vamos a enjuiciar a personas que realizan estas prácticas en este u otro sentido —aunque lo hagan de forma consciente o inconsciente—; y yo personalmente pienso que lo mejor es abordar de forma directa los problemas en vez de sortearlos con recreos psicoactivos, pero también hay que saber, que con independencia de lo que se opine, existe la realidad material, y en algunos casos probablemente no se cuente con mejores y reales opciones para encontrar y concretar soluciones, porque la materialidad impone límites.

En esa época, imaginaba que la vida que se desenvuelve penosamente en un contexto de extrema carencia, podía dificultar el abandono de la pasta base de cocaína, porque suponía que ésta podía proporcionar un paseo de analgesia emocional, ayudando a aliviar parte del sufrimiento cotidiano, aunque fuera momentáneamente. Y a partir de esto suponía que abordar las adicciones probablemente sería

más difícil en una situación plagada de escasez y de privación, que pedía a gritos una opción psicoactiva que modificara la consciencia para sobrevivir el día a día. Y también me preguntaba si acaso yo sería capaz de defender este mismo enfoque de salud que veníamos utilizando y enseñando en los contextos recreativos de personas más adineradas —el enfoque de reducción de riesgos y daños—, en caso de que me resultara evidente que lo mejor era erradicar las drogas de la sociedad, como una forma real de colaborar con una mejora sustancial al entorno de sufrimiento que la pobreza ya instalaba y perpetuaba. Con honestidad me preguntaba si yo me podía volver prohibicionista, es decir, si cambiaría de criterio y me declararía en contra de dichas sustancias, tal como pretendía la Guerra contra las Drogas, la que tantos sentimientos sobre lo absurdo y la injusticia social me generaba. Entonces llegó el momento en que ya no pude dejar de preguntarme por los usos de drogas que ocurrían en los contextos más desprotegidos, sobre todo porque en ese momento sólo conocía los consumos de sustancias que se usaban con un objetivo recreativo, es decir, para disfrutar y pasarlo bien en el tiempo libre, contexto en el cual funcionaban.

Esta interrogante, sobre cómo se podía sostener el enfoque de reducción de riesgos y daños en población vulnerable y de escasos recursos, me llevó a realizar mi práctica profesional de psicología en Buenos Aires (Argentina) durante 2005, trabajando en la ONG Intercambios Asociación Civil. Como en Chile no había mucho desarrollo sobre la reducción de riesgos y daños, crucé los Andes, porque del otro lado sí había bastantes conocimientos y experiencia. En nuestro país vecino también fueron muchos los aprendizajes, sobre todo trabajando en la calle con personas con VIH que además usaban drogas por vía intravenosa. Intercambios era el nombre de esta organización porque parte de sus programas era el intercambio de jeringas entre usuarios de drogas, para reducir los riesgos y daños asociados a este consumo, como por ejemplo es la transmisión de enfermedades como el VIH y la hepatitis. Esta intensa labor me permitió regresar a Chile para seguir desarrollándome profesionalmente en actividades vinculadas a la mejora de la calidad de vida

de población vulnerable que utilizaba drogas, pero ya no haciendo un trabajo de reducción de riesgos y daños en la calle —focalizado en lo educativo y psicosocial—, sino entrando en el campo de la psicología clínica.



## En las trincheras

Ya con el título de psicóloga bajo el brazo, comencé con un voluntariado en Caleta Sur, una ONG ubicada en un sector vulnerable en el sur de Santiago, donde los usuarios de drogas asistían a tratamiento principalmente por problemas de consumo de pasta base de cocaína. Luego mi primer trabajo asalariado fue en un Consultorio de Salud Mental y Familiar (COSAM) de la zona norte de Santiago, en Colina, donde me contrataron como psicóloga clínica del Programa de Drogas y Alcohol, donde permanecí por un período de seis años. Siempre me pregunté por qué el alcohol se contemplaba separado de las demás drogas en el nombre del Programa, y la respuesta más evidente parecía ser que el alcohol no era considerado droga, por lo que había que especificar que también atendíamos a personas que lo tomaban. Esta lógica de pensamiento es parte del estigma prohibicionista con el que cargan las sustancias ilegales, lo que genera que se naturalicen los usos de las que son legales, como es el alcohol, los fármacos psiquiátricos, o cualquier medicamento, incluidas las pastillas anticonceptivas que tantas mujeres toman a diario y por casi toda su vida. Y es que una droga es cualquier sustancia que modifique alguna función del organismo, sea física, emocional, cognitiva, de consciencia, del tipo que sea. El nombre del Programa del COSAM ya evidenciaba cuánto se naturaliza el alcohol en Chile y en el mundo, lo que conlleva que se invisibilice el daño que puede provocar en el organismo, en los vínculos, en el interés hacia la vida, en la economía del hogar y en muchas otras áreas. De hecho, el alcohol es una de las drogas más dañinas, muchísimo más que la gran mayoría de las sustancias psicoactivas, lo que está estudiado y comprobado por nuestra ciencia. Además, es la droga de entrada o inicio a todas las demás, porque muchos jóvenes acceden primero al alcohol —que suelen consumir en sus casas— antes de incluso probar la marihuana, que erróneamente se suele ca-

lificar como la puerta de entrada a otras drogas. Sin embargo, cuando se trabaja en programas de adicciones resulta evidente que el alcohol es la sustancia que tienen más a la mano los jóvenes, porque observas que el 99% de todos los pacientes que atiendes, lo primero que han probado es el alcohol en un entorno familiar y a edades muy tempranas.

También aprendí mucho en el COSAM de Colina, porque era uno de los lugares más desafiantes para trabajar. De hecho, a este tipo de consultorios se les solía llamar “las trincheras” entre los colegas, porque se ubicaban en medio de lugares de muy escasos recursos, lo que implicaba que la población tenía muchas necesidades de todo tipo, y no sólo de salud mental (que es lo que debíamos atender), razón por la que el trabajo se volvía difícil. Además, en particular el COSAM de Colina carecía de infraestructura, de profesionales y de recursos adecuados para enfrentar la realidad de los usuarios a los que recibía. Recuerdo que por diversos períodos de tiempo no contábamos con psiquiatra (porque quedaba tan lejos, que costaba que algún médico se interesara por el trabajo), y por lo tanto muchas veces carecíamos de herramientas farmacológicas que pudieran ayudarnos a estabilizar a nuestros pacientes, cosa que hacía casi imposible contrarrestar o minimizar los usos de pasta base u otras sustancias en muchos usuarios. Además, nuestro COSAM quedaba muy lejos del hospital de salud mental más cercano de Santiago, y como nuestros pacientes no tenían dinero ni para vestirse ni comer, no siempre podían pagar el traslado público hacia al hospital, por lo que en innumerables ocasiones nosotros tuvimos que seguir atendiendo a usuarios que correspondían a un nivel mucho más complejo del que podíamos abordar. Por ejemplo, llegaban pacientes en medio de intentos de suicidio, devastados emocionalmente, pero que no tenían cómo llegar al hospital de Santiago, por lo que recurrían a nosotros. Y lo que podíamos hacer era gestionar una ambulancia —que se demoraba horas— mientras tratábamos de estabilizarlos, aunque estuvieran alcoholizados o con paranoia por la pasta base que fumaban desde hacía días, o con cortes en los brazos, o pidiendo a gritos que el juzgado les devolviera a sus hijos (que les habían quitado por con-

sumir alguna droga), o con heridas debidas a golpes que recibían por parte de su pareja violenta, o en el estado que fuera. Y estos pacientes, que cargaban con un mínimo de tres diagnósticos psiquiátricos de alta complejidad, debíamos seguir atendiéndolos nosotros, porque no tenían como solventar el transporte a Santiago para realizar un tratamiento allá, aunque correspondiera por sus diagnósticos y por su situación de salud mental. También llegaban usuarios bajo los efectos paranoicos de la pasta base consumida durante varios días seguidos, armados con algún palo o cuchillo, y huyendo angustiados de perseguidores que les cobraban enormes deudas económicas que no tenían cómo pagar; situaciones que requerían la administración inmediata de medicamentos e internación hospitalaria, intervenciones con las que no contábamos.

En las trincheras de Colina aprendí mucho sobre dependencias a pasta base, alcohol, cocaína y anfetaminas principalmente, y pude ver con claridad cosas que me preguntaba antes de convivir de forma cotidiana con el nivel extremo de carencias que ahí se vivía. Por ejemplo, que en muchos casos los consumos de drogas eran un intento por encontrar estabilidad y armonía dentro de un sistema que se caía a pedazos, aunque estos consumos tomaran la forma de una adicción. Porque a muchos de mis pacientes les costaba sostenerse conscientes en medio de sus vidas, con los desastres que debían enfrentar día a día. Casi el cien por cien de las mujeres que atendí habían sido abusadas sexualmente y en más de una oportunidad, y muchas de ellas violentadas física y verbalmente de diversas formas. Algunas habían terminado lesionadas por golpes recibidos, varias habían sido despojadas de sus hijos al ser tildadas como drogadictas, y algunas no encontraban trabajo porque venían saliendo de la cárcel por haber traficado drogas con tal de darle de comer a sus familias. Sin embargo, cuando consumían lo que fuera, lograban apagar un poco este dolor, malestar que existía desde que despertaban hasta que se dormían, con el que debían lidiar todos los días.

Muchos consumos de drogas obedecían a un intento de sentirse mejor, aunque no necesariamente lograran el propósito, ni de forma

permanente. Se trataba de aplacar la angustia cotidiana con un método químico accesible que permitiera de algún modo anular parte de la consciencia. Incluso la pasta base de cocaína se utilizaba con este fin, a pesar de que eso las metiera en un círculo de angustia aún mayor, que es el efecto que se obtiene con esta sustancia cuando se utiliza de forma prolongada; pero esos segundos de euforia que genera al momento de ser inhalada bastaban como recompensa para continuar usándola, porque permitía olvidarse momentáneamente del dolor de la vida cotidiana. Y también la angustia posterior que genera cuando terminan sus efectos, el denominado *craving*, que son las imperiosas ganas por consumir más, incluso eso colaboraba con no pensar en las otras carencias cotidianas que se padecía. Recuerdo a un padre que se angustiaba porque no tenía para dar de comer a sus hijos, entonces les daba lo que tenía, y luego él consumía pasta base para olvidarse del problema y para dejar de sentir hambre, porque él no comía.

En este contexto era evidente que las adicciones también mostraban un intento de las personas por estar mejor, porque trataban de tomarse un respiro del sufrimiento y malestar, a pesar de que la sustancia que usaban para ello no fuera la más acertada, ni la más saludable, ni la que más ayudara a medio o largo plazo con la angustia, como es la pasta base de cocaína que termina intensificándola luego de los segundos de euforia que inauguran su inhalación. Pero en esta circunstancia, las personas utilizaban los recursos que tenían a mano, al igual que nosotros con la colaboración que podíamos ofrecer. Y estas observaciones no son un intento de justificar este tipo de consumo de drogas, sino una descripción de los hechos que permite comprenderlos, y empatizar con cómo ellos los vivían.

Tratar de quitar las drogas a personas que apenas lograban sostener su día a día, que apenas tenían para comer, que no encontraban trabajo porque acababan de salir de la cárcel (y que no lo iban a encontrar justamente por eso), podía terminar siendo una situación desprovista de sentido, porque no podías hacer nada con el nivel de carencia de su realidad material, con la falta de dinero y de oportunidades

que padecían. Entonces también me daba cuenta de que muchas veces era casi absurdo tratar de colaborar con temas emocionales cuando no tenían ni qué comer. El trabajo psicoterapéutico que intentábamos hacer a veces se resquebrajaba por la realidad misma, a pesar de que también encontraban algo de cobijo en lo que se conversaba durante las sesiones. Desde luego, la solución no estaba en que mantuvieran sus consumos, sino en que recibieran mucha más ayuda, mucha más educación, salud y opciones de vida, porque realmente de ese nivel de pobreza no se sale. Y tampoco se puede negar que es absurdo sentarse a hablar con alguien sobre sus emociones cuando no tiene qué comer, por lo que la psicología en ciertos casos se puede tornar extravagante.

En el COSAM de Colina también me ofrecí para trabajar como voluntaria en el Programa de Discapacidad Psíquica, porque se requería ayuda psicoterapéutica para estabilizar a pacientes psicóticos que consumían drogas. Aquí también aprendí mucho. Por ejemplo, comprendí en carne propia la angustia sin límites que viven minuto a minuto las personas que padecen síntomas psicóticos, porque si no las ayudas a armar una estructura en su narración, si no colaboras estableciendo márgenes a su relato durante la sesión, terminas siendo arrastrado por su aflicción, que refleja cómo ellas perciben y sienten la realidad. Y es por esta razón que personas que padecen psicosis o síntomas psicóticos agudos, no deben ingerir psikedélicos (por lo menos mientras sea aguda su sintomatología), porque estas sustancias expanden la mente y desarman nociones preconcebidas, lo que no ayuda a una persona que presenta alucinaciones, delirio o paranoia, sino que al contrario la lleva más a la congoja. Aquello que necesita alguien que padece estos síntomas es opuesto a lo que generan los psikedélicos sobre la subjetividad, es decir necesitan afianzar más el orden, requieren que las cosas se vuelvan estables y cotidianas, y les viene bien la rutina, porque carecen de esta forma de desempeño y la precisan para contrarrestar su sentimiento angustiante de falta de contornos sobre sí mismos y sobre el medio que los circunda. Por eso pierden el sentido de la realidad, porque no

cuentan con conceptos contenidos en márgenes definidos, ni siquiera en un espacio-tiempo determinado; por lo tanto, la psicoterapia que les sirve es la que colabora con poner organización y límites, y no la que rompe estructuras.



## El mito de la adicción

Cuando me propusieron comenzar esta labor en el Programa de Discapacidad Psíquica, me indicaron que debía lograr que los pacientes dejaran de consumir —sobre todo cannabis—, porque eso los desestabilizaba en sus tratamientos farmacológicos, y los psiquiatras se cansaban de tener que decirles que no fumaran. Pero cuando comencé a atender a estos pacientes, a cada uno de ellos les hice la misma pregunta: “¿por qué fumas marihuana?”. Era lo mínimo que podía hacer antes de dar una indicación como la que me exigían que les impusiera: que la dejaran. Me di cuenta que las respuestas que me daban tenían que ver con buscar mayor estabilidad, o incluso con encontrar lo que los medicamentos psiquiátricos no aportaban. Por ejemplo, algunos fumaban cannabis porque eso les permitía volverse más sociables, y podían conversar con otras personas; cosa que para alguien con psicosis es muy difícil de hacer por cuenta propia, se aíslan y sufren por eso, porque esto no pueden regularlo sólo con su voluntad. Otros buscaban relajarse con la marihuana, lo que les permitía disminuir sus niveles de angustia, bajar el estrés cotidiano que les implicaba cargar con un padecimiento psicótico, pudiendo incluso algunos llegar a reírse por algunos momentos. Esto para una persona que sufre psicosis, es realmente muy difícil de lograr, porque no cuentan con el humor que sí tiene una persona neurótica. La “locura” no tiene la posibilidad de hacer metáforas sobre las cosas, ya que carece de la habilidad del chiste y de la gracia que pueden generar algunas situaciones. Para ellos es todo muy concreto y literal. Y estos beneficios que obtenían fumando pocas veces cannabis (no de forma continua) cuando estaban estables en sus tratamientos farmacológicos, no los alcanzaban con el uso de psicofármacos, por muy altas que fueran las dosis; por esta razón ignoraban las indicaciones psiquiátricas en los períodos en los que se encontraban bien.

También les hice esta misma pregunta a mis pacientes del Programa de Drogas, quienes me indicaban que fumaban marihuana porque les ayudaba a consumir menos pasta base, alcohol o cocaína. Me daba cuenta que el cannabis era un aliado en muchos casos, en vez de ser una dificultad para dejar los consumos más severos. Sobre todo, respecto del uso de la pasta base, los aportes de esta planta eran muy notorios, porque además de lo indicado, contribuía a bajar sus efectos estimulantes, y con eso lograban dormir e incluso comer en algún momento. Por esta razón, algunos preferían mezclar ambas —los famosos “marcianos”, como les decían—, lo que en términos de salud era mucho menos dañino que la pasta base sola. O sea, para una persona que solo fumaba el citado estimulante, era un logro poder llegar a combinarlo con cannabis. Con el tiempo fue evidente que la marihuana les ayudaba a casi todos de alguna forma, y a medida que me fui dando cuenta de esto dejé de cuestionar su uso en ellos, porque evidentemente hacía que consumieran menos drogas duras, mitigaba sus efectos agudos y secundarios, y muchos de los perjuicios que implicaban para su salud.

Significativamente, los profesionales de la salud no les preguntaban a los usuarios de drogas “¿por qué consumes tal sustancia?”, ni mucho menos “¿en qué te ayuda el cannabis?”. O sea, esto era impensable en esa época, hace veinte años atrás. Entonces observé que cuando ingresaba un nuevo paciente, sólo se interesaban por saber qué drogas consumía, para luego comenzar a erradicarlas de su vida, sin indagar sobre las motivaciones que tenía para consumir cada una, ni si alguna le aportaba algún beneficio. También me di cuenta de que la marihuana tenía mucho que ver con la reducción de riesgos y daños que se podía implementar en casos de dependencia de drogas y que también ayudaba a personas psicóticas. Y por esta vía fui encontrando respuestas a las preguntas que me habían impulsado a buscar trabajo en sectores vulnerables y empobrecidos que utilizaban con excesiva frecuencia la pasta base, porque con el uso de cannabis comprendí que era perfectamente posible sostener el enfoque de reducción de riesgos y daños en estos contextos; hasta escribí un texto sobre ello para el Transnational Institute (TNI) de los Países

Bajos, reuniendo mis observaciones clínicas y las evidencias científicas que había hasta esa fecha sobre el cannabis.

Algo asombroso era darse cuenta de que muchos usuarios de drogas tenían sus propias estrategias para disminuir sus consumos o regularlos, aun cuando estos se caracterizaran por ser adicciones. Resultaba evidente que aquellos más familiarizados con las drogas —sus propios usuarios— eran quienes más sabían sobre el tema. De hecho, ninguno de los psiquiatras o psicólogos con los que trabajé en el tema de adicciones llegó a saber tanto sobre drogas como los mismos “adictos” que atendíamos. Y en este sentido, resulta absurdo que a los usuarios se les estigmatice por usar drogas, porque la verdad es que cuentan con un valioso conocimiento sobre cómo gestionar sus consumos.

Obviamente que, si hay adicción, también hay algo que se les escapa, porque también sufren por esto. Para entender esta situación, hay que dejar a un lado el estigma sobre las drogas y atrevernos a mirar con amplitud de miras, con lo que podemos observar que los problemas que originan o desencadenan un vínculo adictivo con algo, tienen que ver con lo socioeconómico y/o con lo emocional. Las carencias de cualquier tipo que se sufran en la vida —sean afectivas, educacionales, materiales, etcétera— pueden conllevar heridas que pueden generar una relación adictiva con un objeto, en la medida en que este objeto trata de calmar el dolor o el sufrimiento emocional de esa herida. Y lo adictivo es la forma de vincularse con eso que es objeto de la adicción, no es el objeto mismo —como serían las drogas—. Las sustancias en sí mismas no generan adicción, sino que lo hace la forma en la que te vinculas con ellas; por esta misma razón se explica que no se necesita algo químico para desencadenar una dependencia, el tema es mucho más complejo, porque se puede ser adicto a otras cosas, como a las compras, a la cirugía estética, al trabajo, al juego, a sentir pena, a una relación tóxica, a no prosperar en la vida, etcétera. En definitiva, se puede ser adicto a muchas más cosas que a sustancias químicas, en la medida en que se establece una relación de dependencia. Por lo tanto, la adicción es una forma de relacionar-

se con algo, un tipo de vínculo que viene a tratar de paliar una carencia que genera una herida dolorosa. Y esto es lo que muchas veces las personas que padecen dependencias tratan de mitigar con sustancias psicoactivas, en un intento por encontrar una analgesia a su dolor, lo que, de nuevo, no es una defensa de estos consumos —que tantos perjuicios conllevan—, sino que es una forma de comprenderlos y abordarlos incluso en términos terapéuticos.

Y no sólo las adicciones son un intento por estar mejor, por sobrevivir a las dificultades de la vida, por tratar de sobrellevar un dolor; porque este impulso también se aprecia en otros tipos de consumos de sustancias (incluso legales), que no necesariamente se caracterizan por ser adictivos. Porque lo cierto es que existen muchas formas de vincularse con las drogas y que no todas desencadenan dependencias. La psiquiatría administra sustancias que buscan calmar dolores emocionales, intentando entregar una alternativa química que implique mayor tranquilidad para sobreponerse a las situaciones difíciles de la vida, por ejemplo, por medio de antidepresivos, ansiolíticos y estabilizadores del ánimo. Estas drogas pueden o no generar una adicción de acuerdo a cómo se utilicen (según el vínculo que se establece con ellas), y lo que hacen es aplacar los sentimientos depresivos, la ansiedad, la angustia y la pena enorme, resultando beneficiosas para algunas personas que las consumen porque permiten descansar de la realidad, sacando las emociones difíciles del sentir y de la consciencia, generando una distancia con ellas.

Y tanto con los psicofármacos psiquiátricos como con drogas altamente adictivas —como la pasta base de cocaína—, ocurre que los consumos no cambian la realidad material de la persona que las utiliza, no cambian sus situaciones de vida, no le resuelven los problemas que originan esas emociones dolorosas, y tampoco conllevan un crecimiento personal sólo por el hecho de ingerirlos, sino que actúan desvinculando de los propios sentimientos, modificando de esta forma el estado de consciencia: apagando la ansiedad, la tristeza, la angustia, la falta de ánimo. Y de esa realidad permiten evadirse, porque la modifican al ofrecer un alivio emocional, que en el caso de los

psicofármacos es claramente más duradero y eficiente que el de la pasta base, porque ésta última conlleva devastadoras consecuencias para la salud física y mental con su uso continuo.

Los psicofármacos psiquiátricos son mucho más aceptados y tolerados por la población que la pasta base como vías para encontrar descansos de la realidad. Esto probablemente tenga que ver con las consecuencias para la salud que implica este estimulante y las sustancias con las que es adulterado, y además porque los fármacos de la psiquiatría en general no son vistos como drogas (de la misma manera que el alcohol, como ya se mencionó). Sin embargo, al igual que la pasta base de cocaína, los medicamentos psiquiátricos también son sustancias psicoactivas, y ambas no sólo pueden generar una adicción según cómo se usen, sino que además permiten desvincular a la persona del dolor y del sufrimiento cotidiano.

Como los psicofármacos no conllevan las mismas consecuencias para la salud mental y física que sí provoca la pasta base, y puesto que son efectivos para calmar la angustia, la ansiedad y la tristeza profunda, son utilizados como herramientas colaboradoras de los procesos psicoterapéuticos que realizan psicólogos y psiquiatras formados en psicoterapia clínica. Por esta razón se usan no sólo para calmar el dolor emocional, sino que también con otros objetivos cuando se implementan en un proceso psicoterapéutico, como por ejemplo para estabilizar a las personas buscando poder iniciar o continuar un tratamiento con ellas, porque con mucha angustia no es posible conversar ni profundizar sobre aquello que genera malestar.

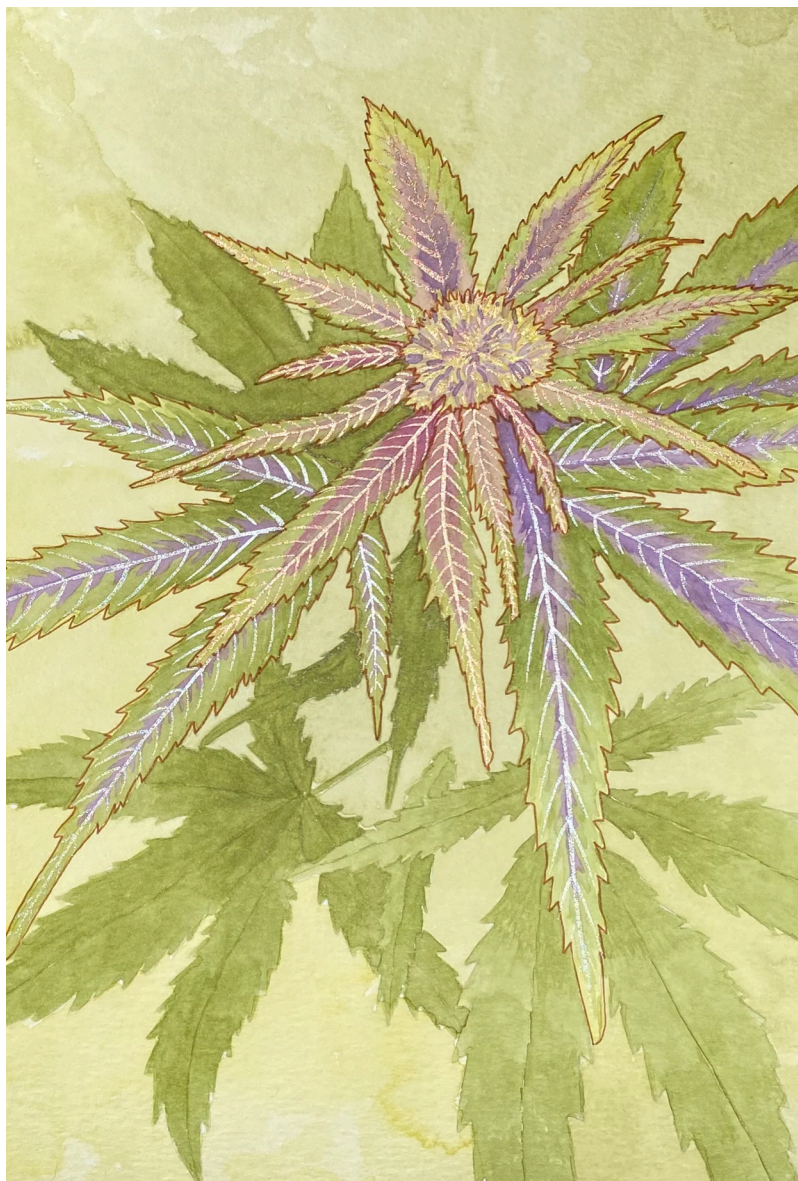
Considerando esta comparación entre drogas que parecen ser muy diversas —como los medicamentos psiquiátricos y la pasta base—, se puede concluir que la práctica de modificar el estado de consciencia con el objetivo evadir la realidad es algo transversal en los distintos vínculos que se pueden establecer con las drogas, sean de tipo adictivo o no. Esta finalidad, que tienen ciertos consumos, se puede alcanzar con medicamentos psiquiátricos y sin ocasionar una adicción, o bien con pasta base, generando una dependencia. También se

puede afirmar que este deseo de rehuir la cotidianeidad es algo que existe en todas las clases sociales, porque si bien la pasta base suele vincularse con la pobreza, los fármacos psiquiátricos se utilizan en toda la población. Entonces los deseos o la necesidad de tomar recreos de la existencia no tienen que ver con el nivel socioeconómico al que se pertenezca.

Y con estas reflexiones continuaba mi trabajo en las trincheras de Colina, dándome cuenta de que las drogas no eran buenas por ser legales, ni malas por ser ilegales; sino que iba comprendiendo que se podían establecer muchas formas distintas de relacionarse con ellas, por lo que en definitiva las drogas no eran beneficiosas ni perjudiciales en sí mismas, sino que más bien así son los vínculos que se pueden establecer con ellas, algunos más favorecedores y otros más dañinos.

Y sobre el cannabis, me fui concientizando sobre los aportes que hacía en la salud mental de mis pacientes, quienes lo utilizaban como tranquilizante o ansiolítico, inductor del sueño, estimulador del apetito, como mínimo. El problema de esto, era que no encajaba con los tratamientos que se suponía se debían implementar, porque el COSAM dependía de los programas de salud pública, y en esa época nuestro gobierno no estaba a favor ni de la reducción de riesgos y daños, ni del uso del cannabis con fines medicinales. Sin embargo, hubo unas pocas personas sensatas que nos supervisaban —tanto del Ministerio de Salud (MINSAL) como del Servicio Nacional para la Prevención y Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol (SENDA)— junto con mi jefatura directa del Programa de Drogas, que apoyaron mis iniciativas, y que incluso tiendo a pensar que las valoraban. Incluso en el COSAM por un período de tiempo quedé como Encargada del Programa de Drogas, momento que aproveché para rearmar la forma de trabajo y focalizarla hacia la reducción de riesgos y daños. Hasta redacté un documento sobre el programa de tratamiento y el enfoque desde el cual me parecía mejor que se trabajara, y esto fue bien recibido por mi jefe directo y nuestros supervisores gubernamentales. Pero esta aceptación —hacia la reducción

de riesgos y daños— era en privado, porque aún recuerdo el incendio que se generaba cuando en alguna actividad de SENDA yo hacía preguntas en público o comentarios sobre lo que observaba respecto de los usos medicinales de la marihuana en personas que padecían adicciones, lo que de una u otra forma más de alguien trataba de apagar recordándome que el cannabis “es droga”, a lo que yo respondía “al igual que los fármacos que ustedes autorizan”.



## **Cannabis y políticas sobre drogas**

Darme cuenta del aporte que generaba el cannabis tanto en mis pacientes psicóticos como en los del Programa Drogas, me llevó a querer investigar con mayor profundidad esta planta. Con esta motivación en 2012 realicé una pasantía con el Dr. Jordi Riba en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau de Barcelona, para estudiar los efectos del THC en el sistema nervioso central. Al año siguiente viajé a los Países Bajos para aprender sobre los usos medicinales del cannabis, con Bedrocan, el laboratorio que trabajaba de la mano con el gobierno neerlandés y que distribuye marihuana autorizada en ese país. Afortunadamente, en Europa encontré un ambiente más propicio a mis intereses.

A mi regreso en Chile intenté llevar a cabo un estudio sobre uso medicinal del cannabis en personas que consumen pasta base, pero lamentablemente había una parte del estudio que era ilegal, porque quería recolectar muestras de marihuana y de pasta base que pertenecieran a usuarios, para realizar análisis de su perfil químico y así develar qué estaban consumiendo realmente, porque el mercado negro adultera las sustancias, y eso significa que no se tiene certeza de lo que las personas realmente consumen cuando adquieren una droga de forma ilegal. Lo más lejos que pude llegar fue hasta ayudantes de jueces y abogados del MINSAL, y a pesar de haber conseguido patrocinio tanto del MINSAL como de SENDA y de la Organización de los Estados Americanos (OEA) para el estudio, no hubo nadie que estuviera dispuesto a ayudarme a encontrar la forma de llevar a cabo los análisis de muestras, porque la Ley 20.000 de drogas prohíbe cualquier tipo de acceso o contacto que se pueda tener con alguna sustancia ilegal, incluso con fines de investigación, por lo que resulta imposible obtener de manera legal muestras de sustancias que sean utilizadas por consumidores. Y junto con eso, el único que está

autorizado para manipular y realizar análisis sobre la química contenida en muestras de drogas ilegales es el Instituto de Salud Pública (ISP) —ningún otro laboratorio en todo el país—, pero recibe exclusivamente las sustancias que son incautadas por la policía, por lo que es imposible hacerles llegar muestras de forma legal.

Este es un claro ejemplo de la obstrucción que ejerce la normativa chilena —de acuerdo con legislación internacional en materia de drogas— sobre el desarrollo de la ciencia y el acceso a la salud, algo que en ese momento lamenté mucho. Considerando la situación real en la que me encontraba, me di cuenta de que la única forma de poder realizar estos análisis químicos, era cometiendo un delito, por muy absurdo que parezca. Porque la única manera de hacer llegar muestras de drogas del mercado negro hasta el Instituto de Salud Pública (ISP) era si la policía te las quitaba, por lo que la opción que quedaba, era entregarle a la policía las muestras de drogas de usuarios que pudiera recolectar, para que de esa forma éstas entraran en el ISP con tal de ser analizadas. El problema de esta alternativa era que yo debía ser arrestada y procesada por cometer este delito, que probablemente sería tipificado como tráfico, por consistir en varias dosis de cannabis y de pasta base, que obviamente no podía juntar todas en un mismo paquete, porque necesitaba saber el contenido químico de cada una por separado. Y eso en función de lo dispuesto en la Ley 20.000 iba a recibir la consideración penal de tráfico, sólo por el hecho de ser varios paquetes pequeños de drogas. Yo lo sabía, porque había estudiado y analizado dicha norma. De verdad que esta era la única alternativa y no me apetecía vivir las consecuencias en mis propias carnes. Y cuando le dije a una ayudante de juez que al parecer esta era la única forma de hacer llegar las muestras a analizar por el ISP, me miró como si yo estuviera loca. Pero lo cierto es que el sistema es una locura, porque la ley prohíbe cualquier tipo de contacto con sustancias ilegales que circulen en el mercado negro, incluidos los fines investigativos.

Lógicamente, si no se pueden estudiar, no se sabe qué está realmente consumiendo la población, porque las sustancias del mercado ilegal

están adulteradas, cosa que no ocurriría si estuviesen reguladas. La consecuencia de este despropósito es que el Gobierno establece tratamientos para usos de drogas que no sabe lo que son. Y desde mi punto de vista, esa era la mayor locura, porque no es adecuado establecer un tratamiento para algo que no se sabe lo que es, ni qué efectos fisiológicos y subjetivos genera, ni que implicaciones tiene para el organismo a corto, a mediano o a largo plazo. Y si bien el ISP analiza algunas muestras de las drogas que le llegan por decomiso, lo cierto es que supone un porcentaje mínimo comparado con lo que se consume, por lo que no hay total certeza de lo que ingiere la población general. Finalmente, tuve que abandonar este estudio, porque no encontré ninguna otra alternativa, y tuve que aceptar que esta era una de las consecuencias que genera la Guerra contra las Drogas: la imposibilidad de realizar investigaciones que colaboren con la salud de la población y con los tratamientos para adicciones que realizan los mismos gobiernos que se adscriben a esa guerra.

También trabajé en una comunidad terapéutica del sector privado que recibía a mujeres que tenían problemas de dependencia de drogas, sobre todo pasta base, en la zona sur de Santiago. Y mientras algunos días me trasladaba hacia el límite norte de la ciudad —hasta el COSAM—, otros días viajaba hasta el extremo sur para realizar mi trabajo en dicha comunidad. En paralelo, y durante todo el tiempo que estuve dedicada a estas labores, invertí el tiempo libre que tuve para estudiar los psiquedélicos, desde todas las formas que pudiera imaginar, ya que en esa época no existía mucha información en internet ni en medios de comunicación, ni mucho menos cursos de educación o de formación en el tema, en ninguna parte del mundo (lo que sí ocurre ahora). Mi formación en esa época sobre el tema fue bastante autodidacta.



## Una luz de esperanza

Una amiga me envió desde España el libro *Qué son las drogas de síntesis* (2003), del Dr. José Carlos Bouso. Fue el primer libro físico que tuve en mis manos que señalara usos terapéuticos de drogas que se usaban en contextos recreativos, como la MDMA. Este momento para mí fue una luz esperanzadora respecto del sentido que tenía todo el estudio que venía desarrollando sobre este tipo de sustancias, ya que veía materializado en mis manos un texto de primer nivel sobre el tema. Entendí entonces que, si esto me apasionaba, debía seguir adelante, a pesar de que no tenía ninguna claridad ni certeza sobre cómo construir un camino que me llevara a poder trabajar en terapias asistidas con psikedélicos. La verdad es que yo veía muy difícil que una persona como yo —mujer, joven y sudamericana—, pudiera desenvolverse en este campo, porque lo poco que existía estaba en Estados Unidos y Europa, y además era un terreno prioritariamente de hombres.

En ese momento llegué a soñar con la posibilidad de que la MDMA fuera accesible para los usuarios de pasta base con los que trabajaba, porque realmente ellos habían desconocido durante toda su vida lo que era cobijar sentimientos de tranquilidad, amor, esperanza y armonía como la que esta sustancia de síntesis puede propiciar. Yo pensaba que, si ellos lograban sentir, aunque fuera por unas horas estos sentimientos, podrían obtener más fuerzas para seguir adelante y tratar de mejorar su vida.

Con este deseo instalado en mi corazón, puse más énfasis en el estudio de los psikedélicos y en algunas sustancias que estaban presentes en plantas, hongos y cactus, por lo que también investigué estas especies y las culturas indígenas en las que se utilizaban, pero siempre desde la mirada de nuestras ciencias occidentales. Compré todos

los libros que pude en el extranjero, que se vincularan con temas de drogas y salud, abordando las políticas de drogas, la farmacología, antropología, botánica y etnobotánica, la historia, pero sobre todo me interesaron los libros que trataban sobre las psicoterapias asistidas con psiquedélicos. Asistí a todas las conferencias que hubo en esa época en el extranjero, tanto en Europa como en Estados Unidos, que acometían estos temas. Tomé clases de inglés para poder leer los *papers* científicos que iban apareciendo en *journals* o revistas, así como también tomé clases particulares de farmacología con un doctor de esta disciplina, quien además era académico en una universidad en Santiago.



## Consagración académica

Me familiaricé con el lenguaje y la lógica de nuestra ciencia, mientras en paralelo seguía trabajando en psicología clínica, por lo que seguía aprendiendo sobre ello en el COSAM de Colina, en la comunidad terapéutica, y en mi consulta particular. En algún momento, mi supervisor clínico —con quien llevaba seis años supervisando el trabajo psicoterapéutico que desarrollaba con mis pacientes— me propuso que es tiempo de realizar un Magíster vinculado a la psicoterapia, para poder plasmar mi experiencia y conocimientos clínicos. Sobre su idea vi la oportunidad de desarrollar una tesis de Magíster que me permitiera concretar una investigación sobre los temas que ya venía estudiando desde hacía tantos años: la psicoterapia asistida con drogas que se usaban en contextos recreativos. De esta forma, me inscribí animada en la Universidad de Chile para hacer un Magíster en Psicología Clínica de Adultos, con muchos deseos de llegar al momento de mi tesis.

La verdad es que la mayor parte de mis profesores no se interesó mucho por este tema, a pesar de que en todas las materias que tuve que cursar hice los trabajos focalizados en las terapias asistidas con psiquedélicos, todas las veces que pude. Imagino que las calificaciones regulares que obtuve en dichos trabajos, de algún modo tenían que ver con que este tema fuera no sólo desconocido, sino que además estuviera estigmatizado. Sin embargo, no me importaban las calificaciones, porque lo cierto es que entendía que hacer esos trabajos era una oportunidad para aplicar conocimientos sobre las terapias asistidas en los diversos temas que los docentes querían que desarrolláramos, por lo que me permitían reflexionar sobre los vínculos de los psiquedélicos con la psicología clínica.

Por fin llegó el momento de realizar mi tesis de Magíster en 2014, y para ello decidí renunciar a mi trabajo en el COSAM y en la comunidad terapéutica, porque quería dedicarle el máximo tiempo que pudiera a mi investigación, principalmente porque me apasionaba el tema elegido y porque quería disfrutar su despliegue. Trabajé un año en el desarrollo de mi tesis, tomándome solamente un día libre al mes, mientras que el resto del tiempo se lo dedicaba. Fue uno de los años más felices de mi vida, si bien también de los más disciplinados con el trabajo. La titulé *Psicoterapia asistida con LSD, psilocibina y MDMA. Descripciones realizadas por los terapeutas en torno a los procesos clínicos* y mi profesor-guía fue José Carlos Bouso, psicólogo y doctor en Farmacología. Pude plasmar en papel todo lo que venía leyendo e investigando, los conocimientos de las diversas disciplinas que estudiaban las drogas y en particular los psiquedélicos, lo que había estado digiriendo en mi cabeza y en mi corazón sobre estos temas hace tantos años. Lo disfruté mucho, y quedé satisfecha con el resultado.

El tema principal lo enfoqué en la psicoterapia porque me daba cuenta que en las conferencias europeas sobre psiquedélicos sólo hablaban de las sustancias, y nadie mencionaba la importancia de la psicoterapia en el desarrollo del aspecto terapéutico de estas drogas. A mi parecer era lo que podía permitir o no dicho despliegue. También echaba en falta alguna investigación que hablara en concreto sobre lo que ocurría durante la terapia, algún texto que permitiera internarse en este proceso, porque tenía muchas preguntas sobre cómo era este trabajo en la relación directa con el paciente, por lo que me interesó poder realizar un estudio que ayudara a entenderlo con más profundidad. Además, utilicé metodologías cualitativas para desarrollarlo, lo que era absolutamente nuevo en el campo de los psiquedélicos a nivel mundial en esa época, donde sólo se encontraban estudios cuantitativos. En este sentido, mi tesis fue pionera y un aporte importante al desarrollo de las investigaciones cualitativas en este terreno, en el que luego comenzaron a publicarse diversos estudios que utilizaban las mismas técnicas de recolección de información y de análisis que había utilizado.



## Psiconautas y psicoterapeutas

Para realizar este trabajo, entrevisté a psicoterapeutas —que eran también investigadores— de Europa y Estados Unidos principalmente, que venían realizando psicoterapia asistida con LSD, MDMA y psilocibina desde hacía unos de veinticinco años. Me asombró mucho al entrevistarlos darme cuenta que ante todo ellos eran terapeutas, y no psiconautas. O sea, ellos estaban absolutamente posicionados desde la clínica para mirar, abordar y practicar este tema, y entendían que lo principal es la psicoterapia, siendo la sustancia sólo una herramienta de este proceso. Diferenciaban muy bien lo que le correspondía al terapeuta —en términos de sus labores y responsabilidad— de las posibilidades que podía ofrecer la sustancia que colaboraba, y no pretendían que las drogas hicieran el trabajo del terapeuta ni que lo reemplazaran. En este sentido, destacaban las herramientas, habilidades, aprendizajes y experiencias con las que debía contar un psicoterapeuta que se especializa en terapias asistidas con psiquedélicos, y lo diferenciaban de las personas que, aunque fueran terapeutas y aunque tuvieran experiencias con dichas sustancias, no sabían cómo asistir con ellas los procesos psicoterapéuticos.

Un psiconauta podría definirse como aquel que transita por diversos estados de consciencia por medio de drogas, con diversos objetivos, como puede ser explorar la psique, comprender el sentido de las cosas, divertirse, etcétera. En cambio, un psicoterapeuta que utiliza los psiquedélicos para asistir los procesos clínicos que desarrolla con sus pacientes, si bien debe contar con vivencias terapéuticas propiciadas por estas sustancias, tiene como foco central de interés a la psicoterapia —y no la droga— mientras desarrolla su trabajo. Puede y debe estudiar mucho sobre psiquedélicos, pero también entiende que, si no realiza un buen trabajo psicoterapéutico, si no cuenta con los conocimientos y experiencias clínicas necesarias para esto, no

tendrá una buena base para desplegar labores terapéuticas con la sustancia, por lo que no sólo no le sacará provecho a esta herramienta psicoactiva, sino que además podría perjudicar al paciente. Un terapeuta sabe que la psicoterapia no es reemplazable por la sustancia, porque no son lo mismo, y no son intercambiables, y entiende que son conocimientos que se complementan y potencian mutuamente cuando se saben utilizar ambos de forma profesional.

Si tratamos de extrapolar esto a otro tipo de ejemplo, para volverlo más comprensible, sería como diferenciar entre “saber de construcción” versus “contar con herramientas útiles para el trabajo de construcción”. Esto significa que puedo tener excelentes herramientas para levantar edificios firmes y enormes, pero si no manejo conocimientos sobre cómo construir, no sólo no sabré bien cómo y en qué momento utilizar las herramientas, sino que además puedo cometer errores y perjudicar a alguien. Y probablemente realizaré muchos movimientos con las herramientas, pero no lograré construir un edificio firme ni enorme. Las herramientas no reemplazan los conocimientos que se deben tener para construir, ni convierten al constructor en un mejor profesional, no lo reemplazan en sus tareas ni lo cubren en los conocimientos que no tiene —pero que necesita para convertirse realmente en alguien que sabe de construcción—. Tampoco es lo mismo un constructor que un coleccionista de herramientas, porque el primero no se dedica a probar herramientas o a tener experiencias con ellas —como vendría a ser el psiconauta—, sino que un verdadero constructor es alguien que cuenta con los conocimientos que se requieren para la labor de la construcción y que incluso puede desplegarla con o sin herramientas. Por lo que, si utiliza alguna, potenciará el trabajo que ya hace; pero el trabajo de construcción lo hace él, no las herramientas por su propia cuenta. Y de hecho saber sobre construcción es algo mucho más complejo que saber utilizar herramientas, implicando determinados saberes y experiencias que no tienen que ver con dichas herramientas.

Los terapeutas que entrevisté para mi tesis de Magíster no estaban precisamente encandilados con las sustancias. Ellos entendían la re-

levancia que tenía la psicoterapia en todo este asunto, y que no se trataba de dar drogas a los pacientes para que les ocurriera algo durante su tratamiento, sino que ellos se hacían cargo del proceso psicoterapéutico, mientras que las herramientas que usaban se abocaban a lo suyo. Tenían estas labores muy diferenciadas, y no las confundían. Aprendí mucho también haciendo esas entrevistas, y justamente por lo que me enseñaron esos terapeutas, pienso que es importante la diferencia entre un psicoterapeuta y un psiconauta, porque el sentido que tiene utilizar una herramienta que colabore con un proceso terapéutico (como puede ser un psikedélico o un psicofármaco psiquiátrico) es justamente ayudar al proceso, y no reemplazarlo.

Probablemente esto sea más fácil de comprender cuando se trata de un fármaco del campo de la psiquiatría, porque muchos terapeutas entienden que estos medicamentos no reemplazan lo que es un proceso psicoterapéutico, aunque saben que los psicofármacos sí pueden colaborar con él; por ejemplo, calmando enormes montos de angustia con los que puede llegar un paciente, lo que permite poder sentarse a conversar con él sobre el origen de ese sentimiento, o sea, empezar a hacer psicoterapia. Si un paciente está excesivamente acongojado, no es posible trabajar en profundidad porque tanta intensidad vuelve intolerables ciertos temas, y que no se pueda ahondar. En este sentido, los psicofármacos psiquiátricos colaboran con el proceso, pero en ningún caso reemplazan al psicoterapeuta ni a la psicoterapia. Y tampoco sustituyen los conocimientos sobre psicoterapia que le faltan al terapeuta, por lo que su uso no lo convierte en un mejor psicoterapeuta.



## **Dudas razonables**

Y con estas reflexiones, cuando fui terminando mi tesis de Magíster, comencé a preguntarme por dónde debía continuar para acercarme a trabajar en el campo de las terapias asistidas con psiquedélicos; y como en esa época no había formación alguna en ninguna parte, debía inventar el recorrido. Sin embargo, me preguntaba si algún día podría ejercer este oficio, porque eran muy pocas las personas que estaban trabajando con estas sustancias (por su estatus ilegal), y la única opción legal de acceder a trabajar con ellas era a través de ensayos clínicos. Además, no existía el boom actual que están teniendo los psiquedélicos, o sea ningún medio de comunicación se interesaba por escribir sobre esto, nadie lo hablaba, era muy desconocido. Entonces tampoco había interesados en invertir dinero en un proyecto de este tipo, y mucho menos en Chile, en el fin del mundo, donde intentar estudiar el cannabis me había resultado imposible.

Sumado a eso, mis dudas sobre poder llegar a formar parte del equipo de algún ensayo clínico se acrecentaban cuando recordaba que era mujer, joven y sudamericana, porque pensaba que yo tenía menos probabilidades de ser aceptada en alguno de estos lugares. Me sentía en desventaja por el machismo con el que se suele funcionar el mundo y por la discriminación hacia los latinos que también es parte de las dinámicas que establecen algunas personas provenientes de países europeos, pero sobre todo de Estado Unidos (considerando cómo se comportan con los mexicanos en su frontera). Además, el campo de los psiquedélicos era predominantemente masculino.

Sin embargo, a pesar de parecer un futuro imposible de realizar, no podía dejar de desarrollarlo, no podía simplemente dejarlo de lado o mantenerlo como un hobby. Ya había estudiado todo lo que era posible estudiar por mi cuenta, había desarrollado mi tesis de Magíster

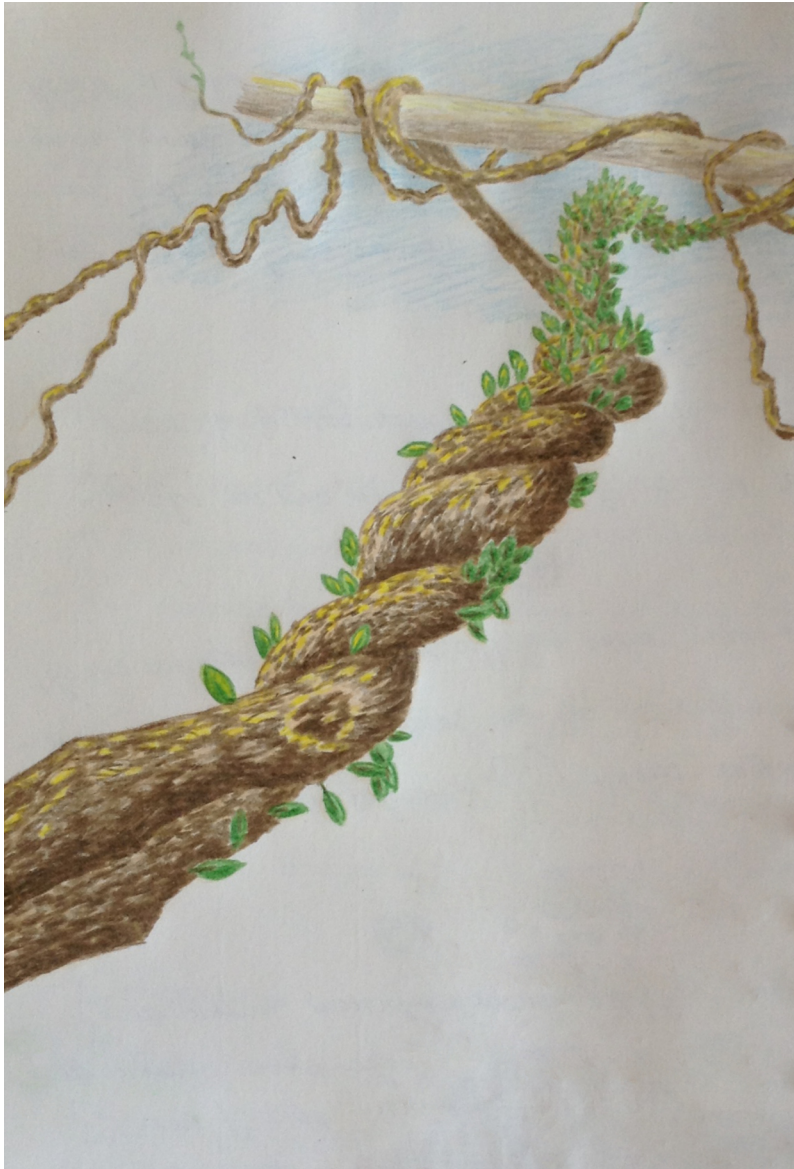
en la que plasmé todo lo que se conocía hasta esa fecha sobre este tema y donde pude conocer más de cerca y concretamente cómo se desplegaban estos procesos terapéuticos, y también había estudiado mucho la psicoterapia clínica (sin asistencia de sustancias). Sentía que había alcanzado el máximo de mi crecimiento en el campo de la clínica de los psiquedélicos, por lo que, si quería seguir avanzando, debía dar otro paso aún más grande.

La opción que me quedaba era irme a vivir a otro país, donde se realizara algún ensayo clínico con psicodélicos, para poder estar más cerca de estos tratamientos, y así poder solicitarle a algún terapeuta experimentado que me recibiera como paciente para poder comprender el funcionamiento de estas terapias desde dentro, mientras buscaba la forma de llegar a participar como parte del equipo de algún ensayo clínico. Además, los terapeutas que entrevisté para mi tesis de magíster habían enfatizado que parte de la formación que debe tener un psicoterapeuta es experiencia clínica como paciente. Dicho de otro modo, vivir en carne propia los cambios terapéuticos que ofrecen los psiquedélicos. Pensé que irme a otro país me permitiría aprender aún más sobre esto. Y la única opción que veía para poder vivir en un país que iba a ser mucho más caro que Chile era con alguna beca, por lo que comencé a albergar la idea de postular algún doctorado y conseguir de esta forma financiamiento.

Y lo cierto era que no tenía ganas de hacer un doctorado. Venía saliendo de un año de intenso trabajo en el computador, y a pesar de que lo había disfrutado mucho, no me motivaba seguir en la misma dinámica. Sumado a eso, la verdad es que no tenía ganas de irme de Chile, no me incomodaba vivir aquí en absoluto, a pesar de que entendía que para acercarme a las terapias asistidas tenía que irme afuera. Ya había estado viviendo en Argentina un tiempo, y también en los Países Bajos, y sabía que este tipo de cambios implicaba mucha energía, disposición y movimientos, y no me animaba a repetir la experiencia. Sin embargo, era la única alternativa que veía factible como para poder seguir aprendiendo sobre las terapias asistidas con psiquedélicos, y eventualmente llegar a traba-

jar en eso algún día. Entonces comencé a averiguar sobre becas y doctorados en universidades extranjeras, en países donde se estuvieran llevando a cabo ensayos clínicos, que es donde encontraría terapeutas serios con experiencia.

Dentro de todos los psiquedélicos que se habían investigado hasta esa fecha, los que más me interesaron fueron la MDMA, la LSD y la psilocibina, razón por la que dediqué a ellos mi tesis de Magíster. Eran también los que habían sido más estudiados, por lo que contaban con más información científica disponible, lo que los volvía también más accesibles. Además, los tres compartían una misma forma de trabajo, es decir se desplegaban en un *setting* o contexto clínico, en el que se atendía al paciente con psicoterapia de base, y donde se realizaban de forma espaciada las denominadas “sesiones con droga” con un psicólogo y un psiquiatra a cargo, siendo uno mujer y el otro hombre, y trabajando en conjunto. Esto era lo que yo anhelaba, poder desarrollarme profesionalmente de la mano de alguna de estas tres sustancias en un contexto clínico. Y por esa razón fueron las drogas que más estudié. Hasta tal punto que, cuando asistía a alguna conferencia en el extranjero, sólo iba a las presentaciones de estas tres sustancias, por lo que apenas tenía en mi mano el programa con las ponencias, lo primero que hacía era descartar las charlas que hablaban de otras, incluidas las de plantas como la ayahuasca y las de temas indígenas. No era que no me interesaran, pero sabía que no podía estudiarlas todas si quería focalizar mis energías en desarrollarme específicamente con alguna, y como sabía que la ayahuasca se utilizaba en un contexto chamánico, me pareció de inmediato que debía darla por descontado, porque claramente yo estaba mucho más cerca de poder desplegarme profesionalmente en un contexto clínico que en uno chamánico, siendo psicóloga clínica.



## Ayahuasca y Vegetalismo

Cuando me puse a buscar programas de doctorado y becas en el extranjero, focalicé mi atención en la MDMA, la LSD y la psilocibina, para tratar de buscar un terapeuta que trabajara con alguna de estas tres sustancias, y así intentar realizar un proceso psicoterapéutico con alguna de ellas, ocupando yo el lugar de paciente. Sin embargo, como mencioné, tampoco estaba tan motivada por hacer este cambio de vida que me parecía enorme, y además vivía algunas situaciones personales a las que me costaba renunciar para irme a vivir a otro país. Como me vi en este dilema, en el que tenía que integrar cambios en mi vida que me resultaban difíciles de aceptar con rapidez, y puesto que sentía que mi amor hacia las terapias asistidas era mayor que cualquier dificultad que pudiera encontrar en mi camino, decidí tomar ayahuasca, justamente para trabajar estas dificultades y adquirir fuerza para realizar lo que estaba segura que quería hacer con mi vida. Además, ya había tomado esta planta maestra, por lo que sabía que podría ayudarme a clarificar la forma de concretar lo que me apasionaba, para así poder materializarlo.

Con esta motivación me propuse participar en un ritual de ayahuasca, situación en la que se me ofreció tomar las otras plantas chamánicas que pertenecían al Vegetalismo, sistema médico tradicional de la Amazonía. Si bien no tenía considerado conocer estas medicinas, me pareció buena idea, en tanto podía ser un entrenamiento para conocer otras herramientas botánicas que pudiesen colaborar con el crecimiento personal y con el desarrollo de una mayor consciencia sobre uno mismo.

En 2014 comencé a probar otros vegetales chamánicos, además de la ayahuasca, tomando contacto con el Vegetalismo. Sin embargo, el amor que sentía hacia las plantas ya tenía muchos años, porque des-

de mi época universitaria comencé a interesarme por ellas, puesto que me maravillaba su belleza —sobre todo la de sus flores— y la manera en que habían evolucionado hasta llegar a desenvolverse de forma tan armoniosa y complementaria con su entorno, generando relaciones de beneficio mutuo con los animales e insectos que las circundaban. Veía tanta inteligencia y hermosura en ellas, que desde que estuve en la universidad comencé a cuidar de algunas para cultivarlas y verlas crecer. Con el tiempo me hice fanática de todo tipo de plantas, aprendiendo a admirar la diversidad de colores que caracterizaba a cada especie, la genialidad de formas que desplegaba su crecimiento, la singularidad que mostraban sus hojas, la ternura e inocencia de sus brotes, la pureza que irradiaban sus flores, y la abundancia que prometían sus semillas. En definitiva, notaba que las plantas me recordaban lo maravilloso e inefable que es el misterio de la vida misma, porque lo manifestaban en ellas día tras día.

Llegué a tener muchas, honestamente más de las que cabían en los lugares donde vivía, y cada vez que veía alguna que me gustaba, de inmediato la conseguía y averiguaba su nombre e información botánica y de cultivo, por lo que sin esfuerzo alguno las fui estudiando con mucho entusiasmo y júbilo, con el propósito de cuidarlas de la mejor forma posible. De esta manera, los vegetales fueron ocupando un lugar importante en mi vida, una compañía cotidiana que me apasionaba y que me alegraba el corazón. Y todo aquel que tenga plantas, puede entender la alegría que da descubrir un nuevo brote en formación, o el entusiasmo con que se mira un botón todos los días hasta que abre su flor, así como la tristeza que genera encontrar una hoja dañada por exceso o falta de agua, o porque le llegó mucho sol; emociones que se convierten en parte fundamental de la vida de todo aquel que convive con plantas que ama.

Del reino vegetal aprendí muchas cosas que me parecieron extraordinarias, con las que mi corazón se estremeció de emoción, porque lo cierto es que las plantas contienen un universo de sabiduría que a primera vista está oculto, pues la quietud que muestran, engaña. Sin embargo, los fantásticos procesos que esconden aparecen en todo su

esplendor cuando se les dedica tiempo de observación directa y de minucioso estudio. En nuestra ciencia occidental los descubrimientos sobre cómo opera el mundo vegetal —sus secretos ocultos—, han acontecido por medio de la atenta mirada que han puesto los botánicos sobre los vegetales, dejándose maravillarse por ellos. Lo mismo hicieron los indígenas americanos para llegar a descubrir la realidad invisible y espiritual de las plantas. Tanto unos como otros las admiraron con devoción, sólo que pusieron un énfasis distinto en la mirada. De hecho, la etimología de la palabra “mirar” viene del latín *mirari* que es “admirarse”, mientras que el origen de “admirar” viene del latín *admirari* que significa “maravillarse”, “contemplar con agrado”; por lo tanto, mirar viene de admirarse, y admirar viene de maravillarse. Así, cuando algo realmente “se mira” es cuando “uno se maravilla”. Y esto les ha ocurrido tanto a nuestros botánicos como a los nativos americanos, dejándose encantar por las plantas.

Nuestros indígenas miraron con el corazón, mientras que nosotros admiramos desde nuestro cerebro, tal como se explicó en las respuestas de la primera parte de esta publicación. Los conocimientos sobre las plantas que han desvelado nuestros botánicos permiten maravillarse del reino vegetal, sentimiento que desde mi época universitaria me ha acompañado en el estudio que les he dedicado. Mencionar algunos ejemplos de estos descubrimientos occidentales permite darse cuenta de las estrategias impensadas que han desarrollado las plantas para perpetuar su sobrevivencia, por lo que compartiré algunos que me fascinaron al momento de haberlos encontrado. Me asombré mucho cuando aprendí que, si un vegetal padece un corte, no ocurre solamente que esa parte se seca, sino que más bien se produce un proceso de cicatrización —tal como nos ocurre a nosotros—, y comprender que los compuestos que ejecutan esa tarea son los mismos que nos permiten cerrar nuestras propias heridas cuando los aplicamos en la piel, fue asombroso. Un ejemplo es la *Buddleja globosa* conocida en Chile como matico, que es un excelente cicatrizante. De igual forma, al momento de aprender a reproducir las plantas por medio de un esqueje (una ramita) me encantó saber que desde donde nacen hojas también pueden crecer raíces, dependiendo de si

este punto se encuentra en el aire o bajo tierra, por el hecho de que ahí albergan células de crecimiento; y es esta flexibilidad la que permite reproducir la misma planta por medio de un esqueje.

También me interesó aprender sobre los aromas que emiten las plantas medicinales y las flores de toda especie, por tener la capacidad de provocar tantos sentimientos amables y positivos. En este terreno descubrí que las moléculas aromáticas de las medicinales no sólo son olores, sino que también cuentan con propiedades curativas que llegan por medio de la inhalación a nuestro cerebro de forma muy rápida y eficiente, como explica la aromaterapia. Comprobé que al oler aceite esencial de lavanda —de buena calidad— se quita el dolor de cabeza al momento de inhalar. En el caso del cannabis, los terpenos (moléculas aromáticas) muestran beneficios medicinales, que pueden ser integrados por el organismo por diversas vías, y no sólo por medio de su inhalación. Sobre los aromas, también me impresionó saber que no todas las flores emiten olores agradables, ya que las especies que son polinizadas por moscas en sus hábitats de origen, tienen flores hermosas que huelen a carne descompuesta o a heces, como es el caso de la *Orbea variegata* que viene del desierto.

En el ámbito de los polinizadores hay un sinfín de conocimientos interesantes, por ejemplo, que los picos de aves que buscan el néctar de las flores han evolucionado en conjunto con ellas, por lo que encajan a la perfección cuando las abordan, como ocurre con los colibríes y varias especies de flores con forma tubular o de campana; en algunos casos, incluso esas aves son las únicas que logran acceder a ese alimento. También es asombroso saber que hay flores que se abren sólo de noche, momento en el que recién ahí emiten sus fragancias al exterior, como ocurre con la *Brugmansia suaveolens* o toé —floripondio en Chile—, porque sus polinizadores son nocturnos, y se reservan para ellos, que son los que saben cómo polinizarlas.

Sobre los movimientos veloces que pueden realizar las plantas, también hay muchos conocimientos asombrosos, como es el caso de algunas que, al sentir algún contacto en sus hojas, las cierran con rapi-

dez, como lo hace la *Mimosa pudica* que con este acto simula tener un tallo sin hojas, protegiéndose de que algún herbívoro las coma. También hay especies que pliegan sus hojas al momento de esconderse el sol por la tarde, guardándolas con ternura, como si se fueran a dormir cuando llega noche, como la *Bauhinia forficata*, conocida en Chile como pata de vaca, que se utiliza para la diabetes.

La forma de nutrirse de algunos vegetales también es curiosa, ya que algunos se adueñan de los nutrientes de la tierra como una forma de perpetuar su especie, lo que en algunos casos realizan expeliendo por sus hojas y partes aéreas algunas sustancias nocivas para otras plantas, asegurándose de esta forma de que nada crezca cerca, como hacen muchas variedades de coníferas como los pinos. También algunos vegetales exudan sal desde el follaje para evitar que especies diferentes enraícen cerca, como una forma de afianzar la obtención del alimento del suelo sólo para ellas, como ocurre con el *Tamarix*. Además, hay vegetales que se nutren sin necesidad de tener raíces, como el clavel del aire o *Tillandsia*, que recolecta el agua y los nutrientes desde el aire, por medio de sus hojas.

También es interesante saber que los vegetales se estresan, y que cuando eso ocurre en algunos casos producen una mayor cantidad de flores con el objetivo de obtener semillas, y así perpetuar su especie, lo que sucede con diversos cactus que por falta de agua o exceso de sol actúan de esta forma, tal como pasa con el San Pedro o *Trichocereus pachanoi*. Lo mismo hace el cannabis, razón por la que sus cultivadores intentan no estresarlas, para obtener florescencias sin semillas.

Conocer estos ejemplos ayuda a ampliar el estrecho entendimiento que se puede tener sobre las maneras que tiene el reino vegetal para existir, porque muestran que hay muchísimas más formas creativas —de las que alcanzamos a imaginar— que permiten el desarrollo de la vida. Plantas que se mueven con rapidez, o que se nutren sin raíces, o que tienen flores hermosas con repugnante olor a carroña, son algunos ejemplos de lo extraordinaria que es la Naturaleza, y nos enseña que algunas maneras de existir nos resultan inimaginables.

bles o impensadas. Estas ingeniosas características botánicas cumplen funciones específicas para esas plantas —como proteger, nutrir, polinizar—, lo que a la vez da cuenta de las estrategias evolutivas que ha desarrollado ese vegetal para perpetuar su existencia a través de las generaciones, teniendo cada atributo un rol fundamental en la vida de esa especie al mismo tiempo que le permite complementarse con su entorno de una manera perfecta.

Lo extraordinario de la Naturaleza también se aprecia en el Vegetalismo, porque cuenta con un sistema de vegetales medicinales que expresan formas impensadas de existir. Posee todo con un arsenal de plantas para el espíritu, que lo limpian, curan y fortalecen. Esto sólo se puede comprobar por medio de la experiencia, es decir, tomando vegetales que generan estos efectos, los que son inimaginables para nuestro estrecho entendimiento occidental. Al momento de comenzar a vincularme con este sistema médico amazónico, ya tenía claridad sobre varios usos medicinales de las plantas —desde nuestra ciencia—, porque conocía múltiples acciones benéficas sobre nuestros ámbitos físico y psíquico. Sabía que existían vegetales para restaurar al cuerpo contrarrestando la enfermedad, por ejemplo, para los problemas de la piel (lavanda, rosa mosqueta, aloe vera), para desinfectar y cicatrizar heridas (matico, caléndula) para limpiar órganos como el hígado (cardo mariano), para calmar dolores de todo tipo (orégano, manzanilla romana, hipérico), etcétera. También conocía los usos de algunas plantas para colaborar con nuestros ámbitos más intangibles, por ejemplo, actuando como tranquilizantes sobre nuestras emociones (melisa, lavanda), o como inductores del sueño (valeriana), o potenciando nuestra memoria (ginkgo biloba), o incluso modificando nuestro estado de consciencia como hace la ayahuasca y los psikedélicos. Por lo tanto, cuando conocí el Vegetalismo, ya había investigado bastante desde nuestra mirada occidental, había estudiado varios libros sobre el tema, había tomado un curso intensivo en 2012 en España sobre etnobotánica con Juan Plantas (Juan González Simonneau); y también conocía la práctica, es decir las formas de cultivo y reproducción de varias especies, porque me apasionaba verlas crecer y cuidarlas.

Cuando comencé a vincularme con el Vegetalismo en 2014, mi contacto con las plantas ya era estrecho, y ya había investigado sobre los usos medicinales de varios vegetales —tanto nativos chilenos como extranjeros—, por lo que estaba al tanto de la amplia variedad de beneficios terapéuticos que pueden ofrecer. Sin embargo, cuando tomé contacto con el Vegetalismo me fui dando cuenta de propiedades que no tenía registradas en mi memoria ni que mencionaban los libros de botánica, como la capacidad de expulsar los miedos, sacar la rabia, cortar con el pasado, sanar las memorias del corazón, encantarse con la vida, individuarse, adquirir voluntad, enraizar, quemar el pensamiento negativo, encontrar claridad, obtener fuerza espiritual, calmar el ruido mental, etcétera. Poco a poco fui conociendo plantas de las que se decían estas maravillas, y me fui dando cuenta al tomarlas que era cierto lo que se decía. Fui comprobando en carne propia que estos beneficios, que se señalaba que eran para el espíritu, tenían un efecto notorio sobre aquello que específicamente se decía que trabajaban.

Cuando ingería un vegetal que sacaba las rabia, al terminar el trabajo efectivamente me sentía sin los enojos que tenía, y muy calmada. Si tomaba una planta para acallar el ruido mental, era esto lo que pasaba, y notaba mi cabeza tranquila y silenciada. Igualmente, al beber una que te ayudaba a encantarte con la vida, terminaba enamorada de actividades que me revitalizaban y le agradecía a la existencia por estar viva. Y así me fui dando cuenta de que, a pesar de haber estudiado los usos medicinales promovidos por la botánica occidental, no conocía los chamánicos del Amazonas, ni mucho menos los denominados usos espirituales indígenas, que fui experimentando en carne propia con cada toma de plantas.

Además, tampoco había puesto tanta atención al estudio de la ayahuasca, ya que como mencioné, la había visto como inalcanzable en términos de poder vincularme con ella desde mi profesión, porque veía imposible acceder al conocimiento del chamanismo siendo psicóloga, razón por la que me había focalizado en el estudio de sustancias que se utilizaban en un entorno clínico para el desarrollo de

la psicoterapia asistida, la MDMA, LSD y psilocibina. Al empezar a relacionarme con el Vegetalismo, la verdad es que no tenía tantos conocimientos teóricos sobre ayahuasca, ni mucho menos sobre curanderismo o culturas indígenas del Amazonas. Hoy pienso que esto fue muy bueno, porque me permitió acceder a este sistema médico y a las culturas indígenas sin conceptos ni ideas previas, lo que permitió que desde la propia experiencia pudiera ir comprendiendo lo que acontecía cuando se ingerían estas plantas. No puedo dejar de reconocer que fue asombroso darme cuenta de que estos vegetales actuaban realmente sobre lo que se decía que influían, porque desde el entendimiento de la botánica occidental, eran usos claramente “extra-ordinarios”, que se salían de cualquier idea o posibilidad que nuestra mente pudiera comprender o imaginar.



## Psicoterapia asistida con plantas chamánicas

Al poco tiempo de haber probado algunas plantas, a inicios de 2015 me ofrecieron la posibilidad de ayudar a una persona que quería complementar sus tomas de vegetales con sesiones de psicoterapia, y acepté. En ese momento yo estaba concentrada en la búsqueda de alguna beca para materializar un doctorado en el extranjero, por lo que la verdad es que no me di cuenta de que colaborar de esta forma en concreto era ejercer la psicoterapia asistida con plantas. Y lo cierto es que no me percaté de ello como hasta estar atendiendo a tres personas, aunque suene risible. Estaba muy focalizada en las sustancias que había investigado —con las que podía desarrollar la psicoterapia en un contexto clínico—, y tenía muy excluida a la ayahuasca, razón por la que no la había estudiado. No advertí de inmediato el tipo de vínculo que estaba teniendo con este vegetal, no me di cuenta que de un momento a otro ya estaba realizando psicoterapia asistida no sólo con ayahuasca, sino que también con varias otras plantas amazónicas; encargándome yo de la psicoterapia mientras que los curanderos vegetalistas daban las plantas. Y tomar consciencia de esto fue uno de los impactos más grandes que he tenido en mi vida, fue algo asombroso e inesperado.

Mi felicidad fue indescriptible, pero mi sorpresa aún mayor, porque durante los años que llevaba estudiando los vínculos de las sustancias psicoactivas con la salud —desde la época universitaria— nunca imaginé que trabajaría con asistencia de la ayahuasca, ni mucho menos que me vincularía con el curanderismo como he llegado a hacerlo durante los últimos diez años de mi vida. Este tiempo he podido participar en varias dietas tradicionales (retiros) en la Amazonía peruana, para tomar plantas maestras que por medio de diversas experiencias ofrecen enseñanzas muy valiosas para aprender a vivir de mejor forma. Esto también ha enriquecido el trabajo psicoterapeu-

péutico que he realizado con los pacientes, porque los aprendizajes personales que se obtienen repercuten de forma directa en las relaciones, en las actividades y en definitiva en el entorno, pudiendo mejorar las capacidades y destrezas que se requieren en el desempeño de todo ámbito. Asimismo, la experiencia con los vegetales me ha ayudado a saber aplicar los conocimientos curanderiles del Vegetalismo en los tratamientos psicoterapéuticos que he realizado, pudiendo explicarles a los pacientes este universo chamánico tal como se enseña en la Amazonía. Esto les ha permitido incorporarlo en sus vidas de una forma respetuosa, clara y cercana al mundo indígena, y al mismo tiempo ha mantenido conectadas a estas prácticas vegetales con sus orígenes, que es la selva misma.

Muchas otras experiencias han surgido de esta cercanía con el universo terapéutico de los vegetales, como es la elaboración de fitofármacos (medicamentos que se hacen con plantas) con fines de investigación. Por medio de esta tarea he podido profundizar en mis estudios botánicos y científicos sobre los efectos benéficos y curativos que ofrecen algunos vegetales. En realidad, esto también forma parte del terreno del Vegetalismo, ya que este sistema médico trata malestares de todo tipo, y no sólo espirituales, sino que también físicos y emocionales.

Asimismo, he podido desplegar cursos sobre curanderismo indígena y Vegetalismo, dando a conocer el mundo espiritual amazónico, la psicoterapia asistida con ayahuasca y otros temas afines. Los conocimientos que he adquirido tanto en las tomas de plantas como en la investigación bibliográfica que vengo realizando hace algunos años sobre las culturas nativas de la selva, me han permitido entender con profundidad diversos aspectos de la cosmovisión de la Amazonía que resultan evidentes cuando se toman con seriedad y se estudian con rigor. En este recorrido, he notado que el uso tradicional de ayahuasca no se comprende si se descontextualiza de la selva y si se toma como una práctica aislable de su historia y contexto cultural. El ritual mismo en el que se administra es resultado de una conjunción de conocimientos sobre diversos aspectos de la realidad que se

fueron recabando en el tiempo y que dan cuenta del desarrollo de la ciencia indígena. De esta manera, la investigación sobre la ayahuasca obligatoriamente conlleva una comprensión sobre el carácter de los genios de las plantas y su relación cotidiana con los nativos, las fuerzas de la enfermedad y la curación que operan sobre el cuerpo y el espíritu, la sabiduría de las dietas (retiros tradicionales) que le permiten al curandero adquirir la energía vital de los vegetales, por mencionar algunos ejemplos. Tal como ocurre en todo sistema complejo y vivo, separar un elemento del territorio espiritual de selva para explicarlo sin origen y apartado de su medio, implica escindirlo y no poder llegar a comprenderlo. Esta es la base sobre la que organizo la información que transmito en los cursos que realizo sobre el mundo espiritual amazónico y la psicoterapia asistida con ayahuasca, no sólo porque de otra forma no se logra comprender a esta planta ni al mundo indígena, sino también porque es el respeto que estos saberes y sus pueblos descubridores se merecen. La decisión de enseñar sobre el mundo espiritual de la selva y transmitir los conocimientos amazónicos tal como son, como una ciencia, afianza el compromiso y la admiración que siento hacia las naciones indígenas y su hermoso universo.

Haber podido complementar mi trabajo clínico con el de curanderos que administran ayahuasca y otras plantas chamánicas, ha sido una experiencia maravillosa porque lo cierto es que la psicoterapia se enriquece con la sabiduría de las plantas, y viceversa. Ambas son herramientas que se ayudan mutuamente cuando se saben combinar, repercutiendo de forma positiva sobre los pacientes y su entorno. Los avances en sus procesos son notorios cuando las plantas ayudan a limpiar emociones negativas, o si colaboran en recordar memorias olvidadas —que requieren para sanar—, o en caso de mostrar un nuevo punto de vista sobre una situación que los tenía atrapados o paralizados. Del mismo modo, sus progresos en el tratamiento destacan cuando la psicoterapia colabora con interpretar y entender el contenido simbólico que expresan las plantas, o cuando ayuda al paciente a vincular e integrar ese contenido en su propia vida para beneficiarse con esa sabiduría, o también cuando desde la labor clínica

se ofrece soporte y contención en momentos difíciles del recorrido que propician los vegetales chamánicos. Cuando estas acciones se complementan y nutren mutuamente en un marco terapéutico, los pacientes resultan enormemente beneficiados y agradecidos de la bondad de las plantas. Se configura un trabajo de equipo entre el ámbito clínico y el vegetal, ya que tanto en la psicoterapia como en las tomas de plantas se van abordando los mismos objetivos terapéuticos, avanzando de forma coordinada entre un ámbito y otro, lo que no deja de ser sorprendente: porque algo que se habla en psicoterapia luego lo trabajan las plantas, y lo que surge con los vegetales después se profundiza en las sesiones de terapia. Entonces se aprecia que se produce un trabajo ordenado, que tiene un hilo conductor y siempre se dirige hacia la sanación. La psicoterapia y las plantas trabajan al unísono, y el paciente se beneficia de la potencia medicinal que genera la sinergia de ambas herramientas curativas cuando se combinan poniéndose al servicio de la mejora de su salud y calidad de vida.

Si bien jamás pensé que trabajaría con medicinas chamánicas, creo que es de las cosas más inesperadas y hermosas que me ha ocurrido, porque el Vegetalismo y el curanderismo indígena poseen una belleza única, que es difícil de plasmar en palabras. Su vocación por la salud, por despertar nuestra consciencia y revitalizar nuestro espíritu —a través de fuerzas invisibles de la Naturaleza—, desencadena una potencia medicinal que impacta en todos nuestros ámbitos, liberando al cuerpo, a la mente, al corazón y al espíritu del sufrimiento y de la enfermedad. Y esa es la mayor belleza que se puede alcanzar, el triunfo de la vida que se logra con cantos chamánicos que invocan a los espíritus vegetales por medio de pensamientos fuertes que se imploran desde la intimidad del corazón, acto en el que esas fuerzas curativas de la Naturaleza se reconocen y veneran como dioses.



## Recomendaciones bibliográficas

Aguilar, M. (2003). *Etnomedicina en Mesoamérica*. Arqueología Mexicana, vol. X (59), pp. 26-31, México.

Barrera, A. (1979). *La taxonomía botánica Maya*. Anales de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología. Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, vol. 5, pp. 21-34, México.

Berenguer, J. (2017). *Taira, el amanecer del arte en Atacama*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Chile.

Bonelli, C. (2013). *Ontological disorders: Nightmares, psychotropic drugs and evil spirits in southern Chile*. Anthropological Theory, vol. 12 (4), pp. 407-426.

Bouso, J. C. (2003). *Qué son las drogas de síntesis. El éxtasis (MDMA) y otras drogas sintéticas. Cómo pueden afectar al organismo. La cultura rave y la música electrónica*. RBA Editores, España.

Bouso, J. C. (2012). *Personalidad, psicopatología y rendimiento neuropsicológico de los consumidores rituales de ayahuasca* [Tesis Doctoral]. Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Bouso, J. C., Fábregas, J. M., Fondevila, S., González, D., Cutchet, M., Fernández, X., Alcázar, M. Á., & Gómez-Jarabo, G. (2013). *Efectos a largo plazo sobre la salud mental del consumo ritual de ayahuasca*. En: Labate, B. & Bouso, J.C. (editores), *Ayahuasca y salud*. Pp. 275-301. La liebre de marzo, España.

Bouso, J. C. & Farré, M. (2013). *Neurobiología de la psilocibina y potencialidades terapéuticas*. En: Bouso, J. C. (Ed), *Psilocibes -the mushrooms- Honguitos, setas, monguis, cucumelos...* Historia, farmacología, iconografía, usos terapéuticos, efectos, reflexiones, gestión de placeres y riesgos, identificación, referentes culturales y aspectos legales de los hongos visionarios. Pp. 45-66. Ultrarradio Ediciones, España.

Bouso, J. C., Guimarães, R., Sánchez, C., Oña, G., Grob, C., da Silveira, D., McKenna, D., Barros de Araujo, D., Riba, J., Ribeiro, P., Labate, B. (2021). *Informe Técnico sobre ayahuasca*. International Center for Ethnobotanical Education Research & Service (ICEERS), España.

Bouso, J. C. & Kohek, M. (2024). *Ayahuasca: nociones básicas*. Journal of Transpersonal Research. Vol. 16 (1), pp. 61-69.

Calvo, C. (1981). *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. Peisa, Perú.

Chávez, M. (2006). *El sol como fundamento curativo de las terapias mayas yucatecas en el período colonial*. Estudios de cultura Maya, Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Vol. 28, pp. 121-139. México.

Chirif, A. (2006). *Prólogo. A casi 40 años de «La sal de los cerros»*. En: Varese, S. *La sal de los cerros. Resistencia y utopía en la Amazonía Peruana*. Pp. xix-xlix. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Chirif, A. (2016). *Diccionario amazónico. Voces del castellano en la selva peruana*. Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) y Lluvia Editores SRL, Perú.

Chirif, A. (2017). *Después del caucho*. Lluvia editores, Perú.

Dobkin de Rios, M. (1984). *The vidente phenomenon in third world*

*traditional healing: An amazonian example*. Medical Anthropology, vol. 8 (1), pp. 60-70.

Dos Santos, R. G., Balthazar, F., Bouso, J. C., & Hallak, J. E. C. (2016). *The current state of research on ayahuasca: A systematic review of human studies assessing psychiatric symptoms, neuropsychological functioning, and neuroimaging*. Journal of Psychopharmacology, pp. 1-18.

Dos Santos, R. G., Osório, F. L., Crippa, J. A. S., & Hallak, J. E. C. (2015). *Research report: Study finds ayahuasca administration associated with antidepressant effects*. MAPS Bulletin Annual Report, Winter, pp. 42-45.

Escotado, A. (2008). *Historia general de las drogas: Completada por el apéndice Fenomenología de las drogas*. Espasa, España.

Favaron, P. (2011). *Llamando a los espíritus: Cantos sagrados de la Amazonía*. Tinkuy. Boletín de investigación y debate, N°16, pp. 149-167.

Favaron, P. (2016). *Los espíritus del agua: La importancia de los ríos para la medicina visionaria de los pueblos de la Amazonía Occidental*. Cultura Viva Amazónica. Revista de Investigación Científica, vol. 1 (3). Universidad Privada de Pucallpa, Perú.

Favaron, P. (2020). *Las visiones y los mundos. Sendas visionarias de la Amazonía occidental*. Ediciones Señor Litre, Chile.

Font Quer, P. (2014). *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Península, España.

Furst, P. T. (2002). *Los alucinógenos y la cultura*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Gusinde, M. (1936). *Plantas medicinales que los indios araucanos recomiendan*. Anthropos, vol. 31, pp. 850-873.

- Herreman, R. (1987). *Historia de la medicina*. Trillas, México.
- Kottow, M. (2000). *Intenciones y expectativas de la farmacoterapia. Historia del uso de sustancias exógenas para influir sobre el cuerpo humano*. Academia de Ciencias Farmacéuticas de Chile.
- Labate, B. & Bouso, J. C. (editores) (2013). *Ayahuasca y salud*. La liebre de marzo, España.
- Labate, B. & Cavnar, C. (2014). *The therapeutic use of ayahuasca*. Springer, Alemania.
- Lamb, F. B. (1998). *Un brujo del Alto Amazonas. La historia de Manuel Córdova-Ríos*. Terra Incógnita, España.
- Lamb, F. B. (2002). *Río Tigre y más allá. La medicina de la selva del Amazonas de Manuel Córdova*. Terra Incógnita, España.
- Lévi-Strauss, C. (1952). *The use of wild plants in tropical South America*. Economic Botany, vol. 6 (3), pp. 252-270.
- López Agustín, A. (1993). *Textos de medicina náhuatl*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.
- Luna, L. E. (1984). *The concept of plants as teachers among four mestizo shamans of Iquitos, Northeastern Peru*. The Journal of Ethnopharmacology, Elsevier Scientific Publishers Ireland, vol. 11, pp. 135-156.
- Luna, L. E. (1986). *Vegetalismo. Shamanism among the mestizo population of the peruvian amazon* [Doctoral dissertation for the doctor's degree in humanities]. University of Stockholm, Suecia.
- Mabit, J. (1988). *El cuerpo como instrumento de la iniciación shamánica*. II Congreso Internacional de Medicinas Tradicionales, Lima, Perú.

- Mabit, J. (2012). *Ayahuasca y su papel de facilitador en psicoterapia*. Centro Takiwasi. <http://www.takiwasi.com/esp/p-esp28.php>
- Matarredona, N. (2014). *La arquitectura del baño de vapor en la cultura maya*. Estudios de cultura Maya, Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), vol. 44, pp. 13-40. México.
- Montero, V. & Tartakowsky, I. (2016). *Sobre enteógenos, la química de la conciencia y el artilugio racional*. En: Borges, F. (Ed) Tecno-xamanismo, Goethe Institute Sao Paulo, Brasil, pp. 239-246.
- Muñoz, A. (2012). *Historia del veneno: De la cicuta al polonio*. Debate, España.
- Myers, T. (1983). *Redes de intercambio tempranas en la Hoya Amazónica*. Amazonía Peruana, vol. 8, pp. 61-76.
- Naranjo, P. (1970). *Ayahuasca: religión y medicina*. Editorial Universitaria, Ecuador.
- Naranjo, P. (1969). *Etnofarmacología de las plantas psicotrópicas de América*. Separata de: Revista Terapia, Año XXIV, N°1, pp. 5-63. Ecuador.
- Narby, J. & Chanchari, R. (2021). *Plantas maestras. Tabaco y ayahuasca*. Editorial Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP), Perú.
- Nunes, A. A., dos Santos, R. G., Osório, F. L., Sanches, R. F., Crippa, J. A. S., & Hallak, J. E. C. (2016). *Effects of Ayahuasca and its Alkaloids on Drug Dependence: A Systematic Literature Review of Quantitative Studies in Animals and Humans*. Journal of Psychoactive Drugs, vol. 48 (3), pp. 195-205.
- Oña, G., Ríos, F., Aguirre, C., Bouso, J. C., Tartakowsky, I., Maque-

da, A., Méndez, M., Carvalho, M. (2015). *Configuración de la psicoterapia asistida con psicodélicos*. Journal of Transpersonal Research. Vol. 7 (1), pp. 95-103.

Payaguaje, F. (1990). *El bebedor de yajé*. Vicariato Apostólico de Guarico. Ediciones CICAME, Ecuador.

Pijoan, M. (2003). *Medicina y etnobotánica aztecas*. Offarm: farmacia y sociedad, vol. 22 (9), pp. 128-136.

Politi, M., Friso, F., Saucedo, G., & Torres, J. (2021). *Traditional use of Banisteriopsis caapi alone and its application in a context of drug addiction therapy*. Journal of Psychoactive Drugs, vol. 53 (1), pp.76-84.

Rätsch, C. (2005). *The encyclopedia of psychoactive plants: Ethnopharmacology and its applications*. Park Street Press, Estados Unidos.

Riba, J., & Barbanoj, M. J. (2013). *Farmacología de la ayahuasca: Investigaciones con voluntarios mediante ensayos clínicos*. En: Labate, B. & Bouso J. C., Ayahuasca y salud, pp. 319-324. La Liebre de Marzo, España.

Riba, J., Valle, M., Urbano, G., Yritia, M., Morte, A., & Barbanoj, M. J. (2003). *Human pharmacology of Ayahuasca: Subjective and cardiovascular effects, monoamine metabolite excretion and pharmacokinetics*. The Journal of Pharmacology and Experimental Therapeutics, vol. 306 (1), pp. 73-83.

Samorini, G. (2001). *Los alucinógenos en el mito: Relatos sobre el origen de las plantas psicoactivas*. La Liebre de Marzo, España.

Spruce, R. (1908). *Chapter XXV. On indigenous narcotics and stimulants, with their uses by the indians*. En: Notes of a botanist on the Amazon and Andes, vol. II (Alfred Russel Wallace (Ed). Macmillan and Co. Limited, Inglaterra.

Tartakowsky, I. (2013). *Usos terapéuticos de sustancias prohibidas: LSD, MDMA, THC, GHB, DMT, Psilocybina y Mescalina*. Cuadernos Médicos Sociales, Revista de Salud Pública del Colegio Médico de Chile. ISSN 0716-1336. Vol. 53, N°2, pp. 127-134.

Tartakowsky, I. (2014). *Pasta base de cocaína y cannabis en el ámbito de la salud mental en Chile. Observaciones clínicas y evidencias científicas*. En: Reformas a las leyes de drogas en América Latina. Consumo de crack más seguro, Transnational Institute (TNI), Países Bajos.

Tartakowsky, I. (2014). *Psicoterapia asistida con LSD, psilocibina y MDMA. Descripciones realizadas por los terapeutas en torno a los procesos clínicos* [Tesis de Magister de Psicología Clínica] Universidad de Chile.

Tartakowsky, I. (2016). *Aprender a morir: El espíritu de la ayahuasca*. Fármakon. Periódico La diaria, Uruguay. En: <http://ingridtartakowsky.cl>

Torres, C. M. (2019). *The use of psychoactive plants by ancient indigenous populations of the North Andes*. Journal of Psychedelic Studies, vol. 3 (2), pp. 198-211.

Usó, J. C. (2023). *El sol salió anoche y me cantó. El Experimento de Viernes Santo. Espiritualidad, ciencia y consciencia expandida*. El Desvelo, España.

Varese, S. (2004). *La sal de los cerros. Resistencia y utopía en la Amazonía Peruana*. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Viegas, D. & Berlanda, N. (2012). *Ayahuasca medicina del alma*. Editorial Biblos, Argentina.

Viesca, C. (2010). *Medicina del México Antiguo*. Artículo en conferencia, Seminario sobre medicina y salud, Facultad de Medicina

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), pp. 1-45.

Wilhelm de Möesbach, E. (1992). *Botánica indígena de Chile*. Editorial Andrés Bello y Museo Chileno de Arte Precolombino.

## Índice de ilustraciones

Pag 10: *La purga*. Pastel sobre papel, 2022.

Pag 18 y 19: *Cuando la medicina se retira satisfecha de su trabajo*.  
Pastel sobre papel, 2022.

Pag 20: *Ingrid sosteniendo el libro del Dr. Juan Carlos Usó*.  
Fotografía, 2024.

Pag 28: *La cazadora de oscuridad*. Pastel sobre papel, 2021.

Pag 30: *De los cielos ayahuasca*. Pastel sobre papel, 2017.

Pag 44: *Flor de ayahuasca*. Pastel sobre papel, 2019.

Pag 54: *El espíritu del renaco*. Pastel sobre papel, 2016.

Pag 80: *Ayahuasca Cielo, Negra y Trueno*. Acuarela sobre papel,  
2025.

Pag 100: *Liana ayahuasca*. Pastel sobre papel, 2016.

Pag 102: *Colores de otoño*. Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 104: *Flores que me han animado*. Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 108: *Chiric sanango*. Pastel sobre papel, 2017.

Pag 114: *Flores que me han acompañado.*  
Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 122: *Caen bailando.* Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 130: *Cannabis.* Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 134: *Azucenas.* Pastel sobre papel, 2018.

Pag 138: *Psilocybe.* Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 142: *Abrir el corazón.* Pastel sobre papel, 2015.

Pag 146: *Suspiros.* Pastel sobre papel, 2015.

Pag 150: *De la chakra de Don Luis.* Pastel sobre papel, 2015.

Pag 160: *Wachuma.* Acuarela sobre papel, 2025.

Pag 166: *Ingrid y Don Luis Panduro Vásquez sosteniendo lianas de ayahuasca.* Fotografía, 2023.

# EL MUNDO ESPIRITUAL DE LA AYAHUASCA

Ingrid Tartakowsky

La procedencia de la mirada oblicua de Ingrid en el presente libro ya no es el de la psicóloga clínica. Ni le interesan más los ensayos clínicos porque, en el plano en el que ella está, como que son de otra época, están desfasados y en un nivel de conocimiento que se queda corto-comparado con el conocimiento indígena sobre cómo funcionan estas plantas. El conocimiento viene de otro lado, de quienes *saben*. Digamos que, en mi opinión y leyendo su libro, Ingrid se ha despojado de esa identidad cienticista (aunque no del todo, nadie puede desprenderse del todo de la influencia que le imprimió el lugar de donde viene y en el que se formó profesionalmente, y eso está bien), adoptando poco a poco otra mucho más peculiar y, por qué no decir (como ella misma cuenta en este libro), improbable por lo impredecible.

José Carlos Bouso

*Olise*

EDICIONES EXPANSIVAS